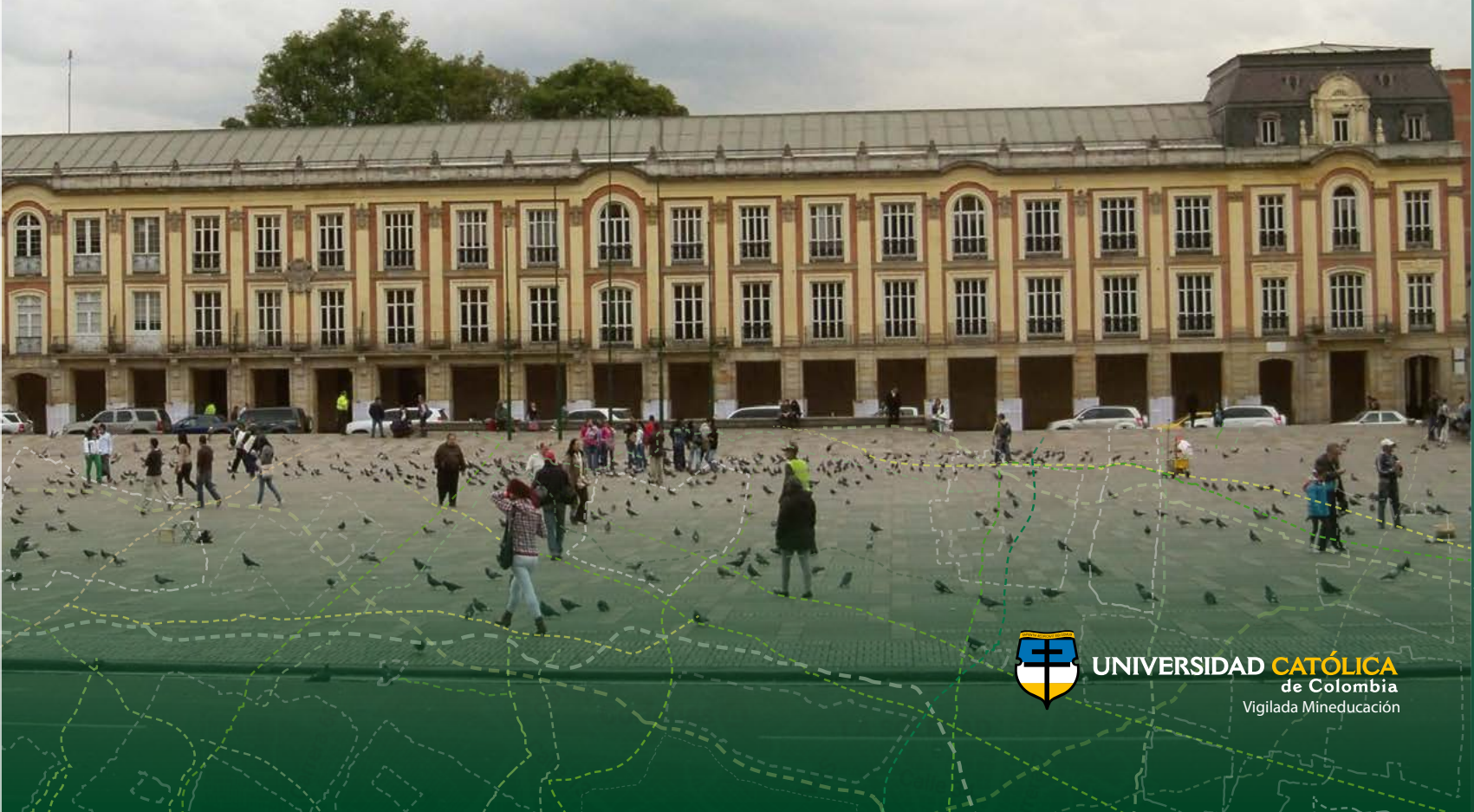


Aspectos para la comprensión de la ciudad

Imaginarios y representaciones, Bogotá: 1950-2000

Forma urbana y vida cotidiana

Juan Carlos Pérgolis ▪ Clara Inés Rodríguez-Ibarra



UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Juan Carlos Pérgolis

Arquitecto, Universidad Nacional de la Plata (UNLP), Argentina, Magíster en Teoría e Historia de la Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia. Docente de pregrado y posgrado, profesor invitado y conferencista en universidades de Colombia, América Latina y Europa.

Dirigió hasta el 2015 el Centro de Investigaciones de la Facultad de Arquitectura (CIFAR) de la Universidad Católica de Colombia y el grupo de investigación Cultura, espacio y medioambiente urbano (CEMA).

Investigador y par evaluador reconocido por Colciencias. Integrante activo del Grupo de Investigación ARUCO de la Universidad de la Costa, CUC.

Autor de numerosos artículos y libros en Colombia y otros países, sobre ciudad y semiótica cultural urbana, entre ellos: *Express: arquitectura, literatura y ciudad, Bogotá fragmentada, Estación Plaza de Bolívar, Ciudad deseada, La plaza: el centro de la ciudad, El libro de los buses de Bogotá* (1 ed-2007 y 2 ed-2011), *La capacidad comunicante del espacio y El deseo de modernidad en la ciudad republicana*.

pergolisjuancarlos@yahoo.com

pergolisjuancarlos@gmail.com

Clara Inés Rodríguez-Ibarra

Arquitecta, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Especialista en Gerencia de Construcciones, P.U.J, Bogotá. Magíster en Pedagogía, Universidad de La Sabana. Estudiante de Doctorado en Educación, Universidad Santo Tomás. Actualmente es integrante del Centro de Investigaciones de la Facultad de Diseño de la Universidad Católica de Colombia –CIFAR- Integrante del grupo de investigación Hábitat sustentable, diseño integrativo y complejidad de la Universidad Católica de Colombia.

Artículos publicados: “El espíritu del tiempo en las ciudades y en sus libros”, “El método en la investigación: imaginarios y representaciones de la forma urbana en la vida cotidiana”, “Tecnología sostenible y arquitectura”.

cirodriguez@ucatolica.edu.co

Aspectos para la comprensión de la ciudad

Imaginarios y representaciones, Bogotá: 1950-2000

Forma urbana y vida cotidiana

Juan Carlos Pérgolis • Clara Inés Rodríguez-Ibarra



UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Pérgolis, Juan Carlos

Imaginarios y representaciones, Bogotá: 1950-2000 / Juan Carlos Pérgolis,
Clara Inés Rodríguez-Ibarra .-- Bogotá : Universidad Católica de Colombia, 2017.

108 páginas; 22,5 x 22,5 cm.

ISBN: 978-958-8934-60-0 (impreso)

ISBN: 978-958-8934-61-7 (digital)

I. Título. II. Rodríguez-Ibarra, Clara Inés

1. ARQUITECTURA BOGOTANA-1950-2000 2. ARQUITECTURA BOGOTANA-HISTORIA-1950-2000
3. URBANISMO-BOGOTÁ-HISTORIA-1950-2000

Dewey 150.1 dc 2

PROCESO DE ARBITRAJE

Primer concepto de evaluación: 1ero de mayo de 2016

Segundo concepto de evaluación: 25 de julio de 2016

© Universidad Católica de Colombia

© Juan Carlos Pérgolis

Clara Inés Rodríguez-Ibarra

Primera edición, Bogotá, D. C.

Marzo de 2017

DIRECCIÓN EDITORIAL

Stella Valbuena García

COORDINACIÓN EDITORIAL

María Paula Godoy Casasbuenas

CORRECCIÓN DE ESTILO

Gustavo Patiño Díaz

DIAGRAMACIÓN

Juanita Isaza

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Palacio Liévano, Plaza de Bolívar: Bogotá D. C. Juan Carlos Pérgolis (s.f.)

Las fotografías y detalles no referenciados en el texto, fueron tomados de los siguientes libros editados por la Universidad Católica de Colombia:

Enlaces, ciudad y fiesta (2010)

El libro de los buses de Bogotá 2a ed. (2011)

El deseo de modernidad en la ciudad republicana (2013)

IMPRESIÓN

Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A.

www.xpress.com.co

Bogotá, D. C., Colombia

FACULTAD DE DISEÑO

Diagonal 46A # 15B-10

Sede El Claustro

Bogotá, D. C.

cifar@ucatolica.edu.co

EDITORIAL

Universidad Católica de Colombia

Avenida Caracas # 46-72, piso 5

Bogotá, D. C.

editorial@ucatolica.edu.co

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo del editor.

Hecho el depósito legal

©Derechos reservados

CONTENIDO

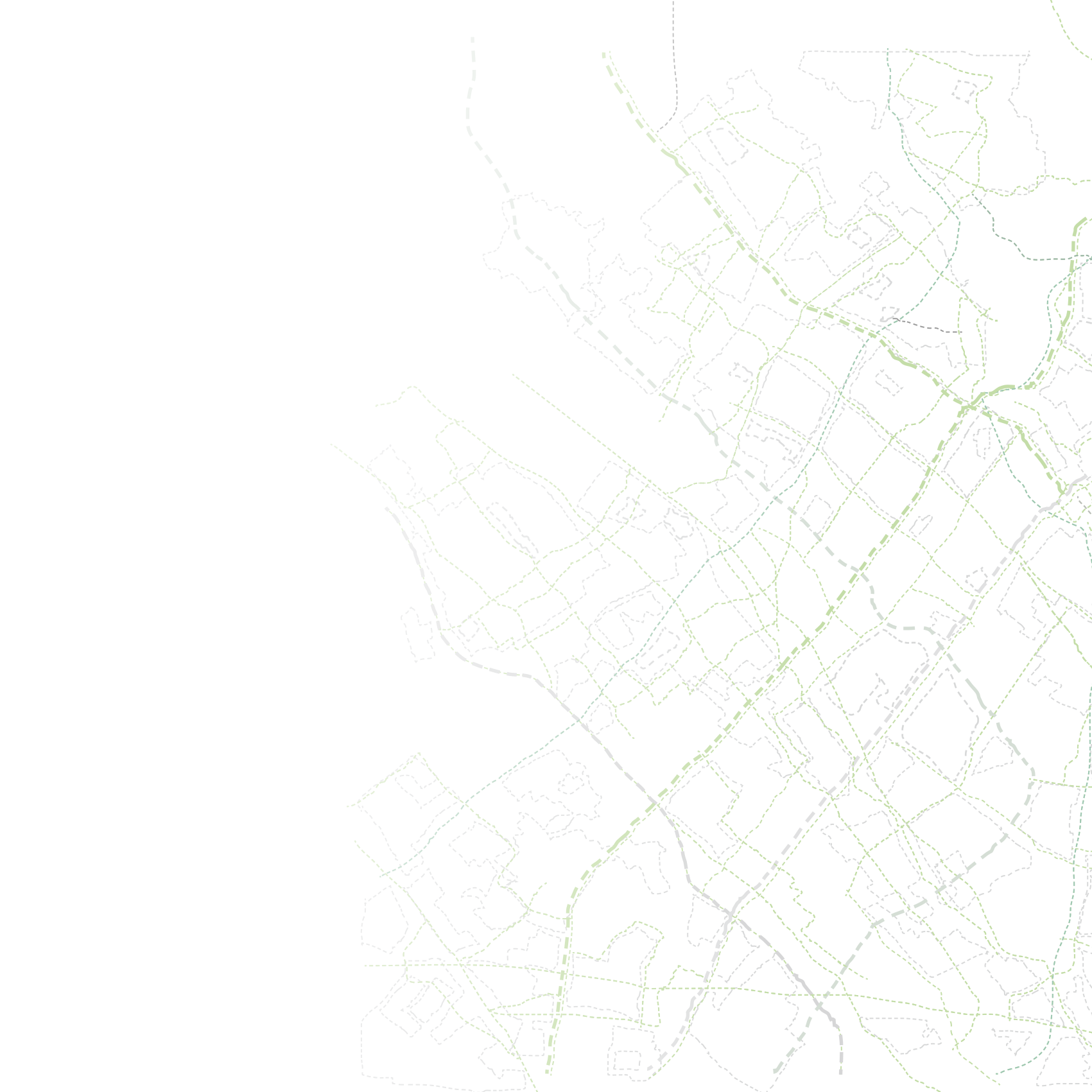


Prólogo	8
Introducción	12
Capítulo 1	
Marco teórico y selección de libros y autores.....	17
El método de la investigación implica la emoción de la ciudad y la objetividad en el análisis de textos	24
El método se refiere a la periodización y la observación del espíritu del tiempo.....	24
Primera observación: ciudad moderna (entre el 9 de abril de 1948 y 1980)	25
Segunda observación: debate sobre la ciudad moderna (entre 1980 y los primeros años de la década de los noventa)	28
Tercera observación: reflexión filosófica y acercamiento a la narrativa (entre la segunda mitad de la década de los noventa y los primeros años del nuevo siglo)	30
Capítulo 2	
Las condiciones de partida: la ciudad colombiana en años anteriores a 1980	39
Capítulo 3	
La reacción a la ciudad moderna en los años ochenta: una década de reflexión.....	61
Capítulo 4	
La madurez de la ciudad en la década de 1990: conceptos, formas, usos y significaciones de “lo público”	79
Conclusiones a partir de imágenes: ¿Por qué en Bogotá, a pesar de tantas propuestas teóricas, siguen vigentes la arquitectura y el urbanismo del movimiento moderno?	98
Referencias	104

Lista de figuras

Figura 1. La carta de Atenas. El urbanismo de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna CIAM	18
Figura 2. Portada del libro <i>Hacia una arquitectura</i>	18
Figura 3. Portada del libro <i>Muerte y vida de las grandes ciudades</i>	19
Figura 4. Portada del libro <i>El paisaje urbano</i>	26
Figura 5. Portada del libro <i>El espacio urbano – proyectos de Stuttgart</i>	27
Figura 6. Portada del libro <i>Aprendiendo de Las Vegas</i>	27
Figura 7. Portada de <i>Revista Escala</i>	29
Figura 8. Portada del libro <i>La condición posmoderna</i>	30
Figura 9. Portada del libro Serres, M. (1995a). <i>Atlas</i>	31
Figura 10. Portada del libro <i>Escenas de la vida posmoderna</i>	34
Figura 11. Crecimientos aislados y dispersos de Bogotá	42
Figura 12. Proyectos de grado, Universidad Nacional.....	46
Figura 13. Torres Blancas.....	50
Figura 14. Albert Speer: Plan para Berlín	63
Figura 15. Estampillas postales de ambas Alemanias, con imágenes de Berlín, 1957.	63
Figura 16. Planimetría de la avenida Stalin	64
Figura 17. Avenida Stalin: edificios de esquina en Frankfurter Tor y fachada de los edificios	64
Figura 18. a, b, c y d. Nueva Villa de Aburrá en Medellín	66
Figura 19. a y b. Ciudadela Real de Minas en Bucaramanga	67
Figura 20. a. Ciudadela Real de Minas. b. Edificaciones en conjuntos cerrados	67
Figura 21. a y b. Kreuzberg, la recuperación de un sector deprimido de la ciudad.....	68
Figura 22. Manzana de la Rauchstrasse.....	68
Figura 23. a. Entrada en la fachada principal. b. Vista desde el patio interior de esa entrada. c. Vista del edificio de Valentini y Hermann sobre la Rauchstrasse	68
Figura 24. Recuperación del espacio urbano en el barrio Egipto de Bogotá, 1986.....	70
Figura 25. Centro Comercial Bulevar Niza. a. Dibujo, elevación del Centro Comercial Bulevar Niza. b. Planta del primer nivel del Centro Comercial Bulevar Niza. c. Fachada lateral (avenida Suba)	70
Figura 26. a,b y c. Bulevar Niza	71
Figura 27. a y b. Conjunto Los Sauces.....	72
Figura 28. a y b. Agrupación Alicante	72
Figura 29. a. Afiche de la XVII Triennale di Milano (1986-1989) “Le città del mondo e il futuro delle metrópoli”. b y c. Imágenes del stand de Colombia en la Triennale di Milano....	74
Figura 30. Tarjetas ciudadanas de aprobación o desaprobación ante actitudes en el tránsito urbano	89
Figura 31. Pedagogía urbana por medio de mensajes performativos	90
Figura 32. El espacio: un significado, una identidad. Estadio Nemesio Camacho El Campín.....	91
Figura 33. El lugar, un sentido. Estadio Nemesio Camacho El Campín	91
Figura 34. Recuperación del espacio público en Bogotá: Parque El Renacimiento, Bogotá.....	94
Figura 35. Recuperación y construcción del espacio público: Parque Tercer Milenio, Bogotá.....	95
Figura 36. Biblioteca Virgilio Barco, Bogotá.....	95
Figura 37. Biblioteca El Tintal, Bogotá	95
Figura 38. Bogotá, portal de Suba, una de las estaciones terminales de TransMilenio	96

Figura 39. Bogotá, estación Suba-Av. Boyacá. Estación sobre puentes en intersecciones de vías.....	96
Figura 40. Bogotá, avenida Suba-Calle 129.....	96
Figura 41. TransMilenio en la av. Suba con calle 127.....	97
Figura 42. TransMilenio en la av. Suba con av. Boyacá.....	97
Figura 43. Vista general de la plaza de Bolívar en 1949.....	98
Figura 44. Carrera séptima en la década de 1970.....	98
Figura 45 a y b. Ciclovía dominical en la carrera séptima de Bogotá.....	99
Figura 46. a y b. Conjunto residencial Centro Urbano Antonio Nariño, Bogotá, 1952.....	100
Figura 47. Unicentro inauguró la era de los <i>malls</i> en Bogotá.....	101
Figura 48. Unicentro: fachada principal.....	101
Figura 49. Barranquilla, la ciudad del Caribe.....	102
Figura 50. Bogotá, la ciudad del altiplano: torres aisladas, espacios enrejados y estacionamientos.....	102
Figura 51. a y b. Medellín y Bucaramanga: torres aisladas y almacenes de grandes superficies.....	102





UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia

Vigilada Mineducación

Facultad de Diseño

Grupo de investigación:

Hábitat sustentable, diseño integrativo y complejidad

Línea de investigación:

Cultura y espacio urbano en Bogotá.
Siglos XX-XXI

Proyecto:

- *Imaginarios y representaciones de la forma urbana en la vida cotidiana en las ciudades colombianas. (2013)*
- *Imaginarios y representaciones de la forma urbana en la vida cotidiana en las ciudades colombianas. Década de 1990. (2014)*

Prólogo

Sin amor, no solo se seca la vida de las personas, sino también la de las ciudades.

Elena Ferrante, *La amiga estupenda*

Todo el que siente curiosidad por darle un significado a la vida se ha preguntado al menos una vez por el sentido del lugar y el momento en que ha nacido.

Orhan Pamuk, *Estambul*

En los últimos apartes de su libro *Marcovaldo* (1993), Italo Calvino propone que el acto de escribir se asemeja al de la cacería. Refiere el autor que un lobo negro, escondido en la oscuridad del bosque, acecha a una liebre blanca que avanza sobre la nieve. El lobo sigue a la liebre gracias a sus huellas, que de vez en cuando se detienen, momento en el cual el lobo salta sobre su presa. Pero ya es tarde, porque si hay huella, la liebre está un paso adelante, y el cazador solo “muerde al viento”. Investigar se parece también a escribir, y su ejercicio está determinado por la tozudez del investigador que insiste en seguir el rastro de una verdad que de alguna manera resulta siempre elusiva.

Por suerte, el terco nunca está solo. Y hay además muchas razones por las cuales insistir en esas búsquedas, a veces vitales, otras casi inútiles, que plantean exigencias superiores a la duración de la vida de un hombre: la necesidad y la urgencia, por ejemplo; o la curiosidad y el placer. O el amor.

Este *Imaginarios y representaciones, Bogotá: 1950-2000. Forma urbana y vida cotidiana* es, justamente, un resultado del amor. Del amor de sus dos autores por la ciudad en la que viven, y por su profesión, que los hace verla de dos maneras diferentes: primero como habitantes, como usuarios y cómplices de esta Bogotá que se expande y se contrae permanentemente, y después como estudiosos, como académicos, que intentan descifrar los códigos con los que conviven cotidianamente. Sin embargo, no hay evidencia de fraccionamiento alguno en su trabajo, entre el ser habitantes de Bogotá y estudiar la ciudad. Y probablemente sea porque lo que los impulsa epistemológicamente es justamente su experiencia como ciudadanos; sus vivencias en Bogotá y, en últimas, ese afecto que los vincula de manera íntima con la ciudad.

El propósito de su trabajo, que se corona con este libro pero que tiene antecedentes en otros trabajos académicos, es vincular las formas del espacio urbano con los usos que la comunidad les da y, sobre todo, analizar este encuentro a la luz de las significaciones que estos espacios bogotanos encuentran en el tiempo del tiempo. Parten del principio, pues, de que la piedra está viva, y que significa; de que los edificios son más que hierro, cemento y vidrio, y que las plazas y calles están habitadas por una intención peculiar, que es la que las constituye. Por eso la ciudad —el lugar donde cohabitan la carne y la piedra— dice, indica, y tiene un sentido para el que sepa leerlo.

El concepto del que se apropian para conseguir su objetivo —y que le da el título al volumen— es el de *imaginarios*, en estrecha relación con otro, el de las *representaciones*.

El estudio sobre imaginarios ha estado en boga durante la última década en Bogotá y en otras ciudades del país y del mundo. Ha sido estudiado por otros autores con métodos

cuantitativos, y calculado a través de estadísticas y medidas de percepción de la ciudad por parte de sus habitantes. No es esto, sin embargo, lo que se proponen Rodríguez y Pérgolis, que son animales académicos de sangre caliente. Su ambición, fundada en su sensibilidad de arquitectos, se propone, más bien, observar, saborear y analizar las diferentes representaciones que de la ciudad tienen sus habitantes... confrontarlas con las suyas propias y cruzarlas con lo que ha dicho la teoría. Pero dado que esta es una ambición fuera de los alcances de cualquier estudio, se dieron a la tarea de realizar una síntesis; de construir una representación que integrara los múltiples relatos que constituyeron las formas de vida de la ciudad durante los últimos cincuenta años del siglo XX. Y a partir de esta síntesis —a la que los autores llaman “imaginarios urbanos” o “imaginario colectivo”—, dan cuenta de las aspiraciones, de los deseos, de los sueños y de las frustraciones que tuvieron los bogotanos durante el periodo estudiado. Los investigadores persiguen (como lobos) las huellas del tiempo en la ciudad; van, en realidad, en busca de lo que ellos mismos han llamado “el espíritu del tiempo” a través de las huellas que este va dejando en las formas de habitar la ciudad.

Para ubicar al lector recién llegado a estos temas, un imaginario urbano es una construcción social de imágenes de la ciudad, resultado de las percepciones que sus habitantes tienen acerca de ella. Estas percepciones, lo mismo que las representaciones a las que dan lugar, pueden corresponder o no con los datos empíricos y comprobables que sobre la ciudad se tenga, de tal manera que constituyen, más que una presentación, una representación, con una carga simbólica específica y con importantes consecuencias en el concepto de ciudad (individual y colectivo), e incluso en las transformaciones físicas de la misma. Así, puede decirse que los

imaginarios urbanos funcionan en dos vías: por un lado, son consecuencia de la ciudad misma: de la forma en la que se vive y en la que se asumen sus dinámicas y sus transformaciones. Pero También funcionan en sentido contrario: la forma en la que se transforma la ciudad no es ajena a sus habitantes; sus transformaciones son resultado de la forma en la que estos la habitan, con lo que los imaginarios son también una forma de ser y una manera particular de comprenderla.

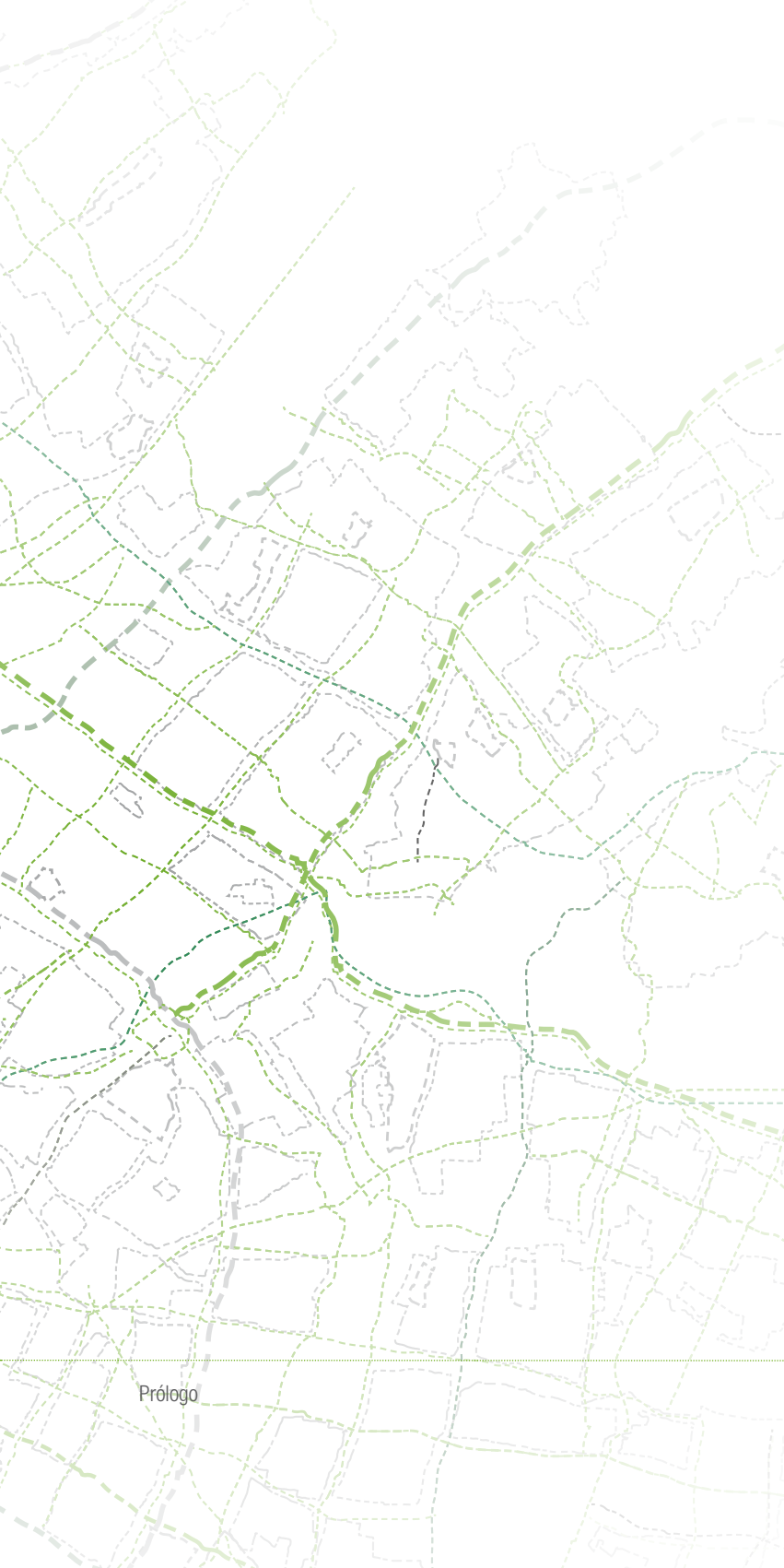
No de otra manera puede comprenderse, por ejemplo, ese particular bascular entre tradición y modernidad que caracteriza a Bogotá, resultado sin duda de la tensión permanente entre la identificación de los bogotanos con cierto pasado que es mirado con añoranza, y el movimiento perpetuo al que se ha visto abocada, cada vez con menos éxito, dadas las casi permanentes migraciones que han caminado sus calles desde mediados del siglo XIX. Es este precisamente, el del ir y venir de Bogotá de la tradición a la modernidad, uno de los motivos fundamentales del trabajo de Juan Carlos Pérgolis y Clara Inés Rodríguez Ibarra. Para ellos, el momento clave para comprenderlo es la segunda mitad del siglo XX, concretamente las décadas comprendidas entre 1980 y el año 2000.

El libro está compuesto por cuatro capítulos, que responden en realidad a dos partes diferentes. La primera —correspondiente al primer capítulo— es un diálogo con la literatura académica que lo contextualiza. Una conversación con los autores que propiciaron y permitieron las ideas que se desarrollan en el volumen, y que enmarcan la propuesta. La segunda parte se ocupa directamente del seguimiento de las representaciones urbanas en Bogotá, y lo hace a partir de un eje articulador: la *ciudad moderna*, o como se evidencia en el texto, la *ciudad que desea*.

Esta puede estudiarse, según los autores, en tres periodos distintos, que corresponden a los tres capítulos centrales del libro. El primero, entre el medio siglo y 1980, cuando el estilo moderno predominó y se sentaron las bases de la sobriedad y del *buen gusto* capitalino, a través de la limpieza y la discreción de las líneas características de este periodo. El segundo, entre 1980 y 1990, cuando desde la academia se puso en duda la validez universal que se le daba a la arquitectura y al urbanismo modernista, y se cuestionó la uniformidad muda de su propuesta, para resaltar los valores que le eran propios a la ciudad premoderna: la calle, la plaza, el barrio... Sin embargo, esta búsqueda se fracturó cuando los conjuntos cerrados confundieron la unidad con la separación, y la ciudad, por un imaginario de inseguridad seguramente apalancado por intereses económicos, se vio fracturada y dividida en múltiples fragmentos sin comunicación entre sí. Y el último, el tercero, el que se ocupa con lo ocurrido después de 1990, cuando tomó cuerpo un imaginario político específico —propuesto por dos alcaldías específicas—, a través del cual volvió a tener sentido el concepto de lo colectivo y del espacio público como un valor en Bogotá.

Este último parece ser el capítulo central del libro, no solamente porque es en él en donde se cierran las ideas que acerca de la ciudad tienen los autores, sino porque es entonces cuando tiene lugar lo que para ellos constituye el valor fundamental de lo urbano: el carácter inclusivo de la ciudad; el espacio donde prima el respeto por el otro y la convivencia. Es por esto que Pérgolis y Rodríguez proponen que es en este periodo en el que la ciudad encuentra su “mayoría de edad”. Este es un hallazgo de no poco valor si se tiene en cuenta que tradicionalmente Bogotá ha sido una ciudad más bien vertical en ese sentido; una en la que las élites no solamente han establecido fronteras muy claras en sus territorios, sino





que han hecho de sus valores y de sus propios imaginarios los valores y los imaginarios de toda la comunidad.

Hay una posición política clara en los autores. Imaginan y proponen, ellos mismos, una ciudad específica con su investigación y con su búsqueda (que queda abierta para que otros retomen el hilo con lo que ha corrido de siglo XXI), una deseada. Y al hacerlo, recuerdan el sentido original del término: política es lo que hacen los ciudadanos.

Llama la atención en el libro un bello epígrafe de Orhan Pamuk, tomado de *Estambul* (2007): “Todo el que siente curiosidad por darle un significado a la vida se ha preguntado al menos una vez por el sentido del lugar y el momento en que ha nacido.” Este fragmento del escritor turco evidencia, otra vez, la cercanía entre escritura e investigación, y que para el investigador, las grandes preguntas son aquellas que están relacionadas consigo mismo.

El libro que el lector tiene ahora en sus manos, como la novela de Pamuk, es un viaje por las calles de la ciudad que lleva en realidad al corazón de los autores.

Javier H. Murillo*

*Profesor y editor. Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana y Maestro en Literatura de la misma universidad. Actualmente profesor investigador asociado del Colegio de Estudios Superiores de Administración-CESA y candidato a doctor de la Universidad Externado de Colombia en el programa de Estudios Sociales. Adelanta una investigación acerca de imaginarios urbanos en la Bogotá de principios del siglo XX, en la que vincula la sociología urbana con la narrativa bogotana del periodo.

Introducción

Este texto es resultado de la investigación de dos proyectos desarrollados en la Universidad Católica de Colombia durante 2013 y 2014: *Imaginarios y representaciones de la forma urbana en la vida cotidiana en las ciudades colombianas* (2013) e *Imaginarios y representaciones de la forma urbana en la vida cotidiana en las ciudades colombianas —década de 1990—* (2014). Los proyectos están vinculados al grupo de investigación Hábitat Sustentable, Diseño Integrativo y Complejidad. El objetivo general de los proyectos se basó en conocer y reflexionar sobre la relación entre las formas del espacio urbano con los usos y significaciones que la comunidad establece en las ciudades colombianas.

Así, para cumplir el objetivo de las investigaciones, se profundizó en el conocimiento de los imaginarios urbanos; se analizó el problema en el contexto de la dualidad centro-periferia para evidenciar la contradicción entre el tipo de ciudad planteado por el urbanismo moderno y los agentes inmobiliarios

de la construcción, y el tipo de ciudad que responde a los imaginarios y representaciones de los habitantes.

El capítulo 1, “Marco teórico y selección de libros y autores”, tiene como objetivo principal mostrar los textos que en su momento fueron determinantes, y otros que aún lo son, en la construcción del marco teórico sobre imaginarios y representaciones de la forma urbana en la vida cotidiana de las ciudades colombianas. Es necesario aclarar que este capítulo se publicó como artículo científico en la *Revista de Arquitectura* (Pérgolis & Rodríguez-Ibarra, 2013), con el título “El espíritu del tiempo en las ciudades y en sus libros”.

El capítulo 2, “Las condiciones de partida: la ciudad colombiana en años anteriores a 1980”, y el capítulo 3, “La reacción a la ciudad moderna en los años ochenta: una década de reflexión”, hacen parte de los resultados, análisis, discusión y conclusiones de la investigación, iniciada en el 2012 y desarrollada para la Universidad Católica de Colombia durante el 2013. El capítulo 4, “La madurez de la ciudad en la década de 1990: conceptos, formas, usos y significaciones de ‘lo público’”, se deriva de la investigación iniciada a fines de 2013 y adelantada en el marco de la convocatoria hecha por la Universidad Católica de Colombia en el 2014.

Muchos teóricos de la ciudad, entre ellos los investigadores Kevin Lynch (1959) y Gordon Cullen (1978), de la psicología de la percepción, particularmente los pertenecientes a la escuela de Graz, en las primeras décadas del siglo XX afirmaron que la ciudad no es “como es”, sino como es vista por sus habitantes. ¿Cómo vemos y cómo han visto a Bogotá quienes vivimos o han vivido en ella? ¿Qué significan para

nosotros, o para otras personas, en otros momentos, sus espacios... sus calles y parques, sus edificios emblemáticos?

Averiguar qué pensaban los bogotanos de su ciudad, cómo la veían y cómo la representaban fue el objeto de este trabajo: ¿cómo representamos algo (por ejemplo, la ciudad)? Tal vez el único modo de conocerlo es observar cuidadosamente cómo se habla de ese “algo”, qué se escribe, qué lugares comunes se citan. Porque, no nos engañemos... la ciudad es como la vemos, pero también es como nos la cuentan. Una pregunta para cerrar este párrafo: ¿cómo vemos y cómo contamos Bogotá cada uno de nosotros?

La representación es el acto por el cual referimos o relatamos algo que se presenta ante nuestros ojos: lo contamos verbalmente o por medio de alguna gráfica u otra acción que permita comunicarnos; por eso decimos que es una segunda presentación (re-presentación). Volveremos varias veces sobre este concepto a lo largo del texto.

Cuando relatamos algo, ponemos en el relato lo que estamos contando, pero también ponemos algo sobre nosotros mismos; sin duda, en el relato se filtran nuestros deseos, nuestros anhelos. Tal vez se filtra tanto de nosotros mismos como de ese algo que estamos relatando.

¿Qué pasa, entonces, cuando contamos cómo es la ciudad? No podríamos sacar una conclusión —que fue el objeto de este trabajo— a partir de las innumerables representaciones de los incontables habitantes de la ciudad; pero sí podríamos hablar de una representación que sintetice los muchos relatos que narran la ciudad, y por medio de esa síntesis, hacer

algunos señalamientos sobre deseos, anhelos, expectativas o desencantos de la comunidad. A esa síntesis la llamamos “imaginario urbano” o “imaginario colectivo”. A ese *imaginario* se refiere este texto.

No podemos negar la emoción que encierra hablar de aquella Bogotá de los años treinta y cuarenta, la ciudad “cachaca”, la ciudad de gabardinas y paraguas, de tranvías y “septimazos”. Por ese motivo, iniciamos el texto con el imaginario de aquella Bogotá cachaca que todavía es patrimonio de la memoria bogotana, como lo son también las urbanizaciones de Karl Brunner, las cuadras de fachadas continuas del centro o la imagen de Chapinero desde la ventanilla del tranvía.

Algo parecido ocurre cuando miramos aquella ciudad de los años cincuenta, que, desde la publicidad y la arquitectura, les sugería a los bogotanos un nuevo modo de vida. En todos los momentos que observamos se cruzaron dos representaciones en el imaginario bogotano: la tradición y la modernidad. Los años cincuenta significaron una puesta al día con el resto del mundo: el centro internacional, el conjunto residencial Antonio Nariño, la autopista norte, la calle 26 y el aeropuerto El Dorado, las imágenes temblorosas y fascinantes de la televisión.

Las décadas de los sesenta y setenta fueron años de tranquilidad y estabilidad en las ciudades de Colombia, en especial en Bogotá, que consolidó su cercanía al movimiento moderno en arquitectura, abanderado por la frase de Mies van der Rohe “menos es más”, tan cercana a la sobriedad que Bogotá siempre consideró paradigma del buen gusto.

Pero con el movimiento moderno llegó también la especialización funcional de los sectores de la ciudad: aquí se habita,

allá se trabaja, más allá se recrea... esa mirada racionalista y la Gestalt¹, que proponía una ciudad de bloques sueltos, aislados unos de otros y apoyados cuidadosamente sobre un plano continuo, ya sea duro o verde, permitieron la satisfacción del deseo de modernidad de los bogotanos.

La reacción contra esta ciudad fue el debate entre los académicos del urbanismo occidental en los años ochenta; las ciudades colombianas no fueron ajenas a ese fuerte remezón teórico: se cuestionó el urbanismo del movimiento moderno, la falta de identidad de los espacios urbanos de las nuevas intervenciones y el imaginario se aproximó a la ciudad premoderna, al significado de los espacios tradicionales: la calle y la plaza, los parques.

Más allá de Bogotá, en casi todas las ciudades colombianas hubo importantes propuestas en este sentido: la Ciudadela Real de Minas, en Bucaramanga; la Nueva Villa de Aburrá, en Medellín; todos ejemplos de una Colombia que parecía —desde la teoría— rechazar las propuestas modernas, aunque el mercado de finca raíz continuaba apegado a dichas propuestas, tal vez basados en la economía y la facilidad de desarrollo de los emprendimientos: bloques aislados —cada vez más altos y densos—, en conjuntos cerrados que solo ofrecen a la ciudad la continuidad de sus cerramientos enrejados.

Dos alcaldías sucesivas en los años noventa crearon un nuevo imaginario de Bogotá: las propuestas de cultura ciudadana de Antanas Mockus y las obras de Enrique Peñalosa permitie-

ron la representación amable y optimista de la ciudad, resultado de una apropiación psicológica de la “ciudad deseada”.

Para ver y entender estos procesos partimos de una amplia bibliografía, que constituye el tema del primer capítulo. Esa selección de autores explica la mirada que realizamos sobre Bogotá y, tangencialmente, sobre otras ciudades en Colombia. No se trata de una bibliografía extraña o ajena a nuestro medio; por el contrario, trabajamos sobre los textos que se utilizaron en las universidades para tratar el tema urbano en los periodos observados, incluyendo publicaciones y autores nacionales que explican la mediación de discursos universales en la particularidad de nuestro país.

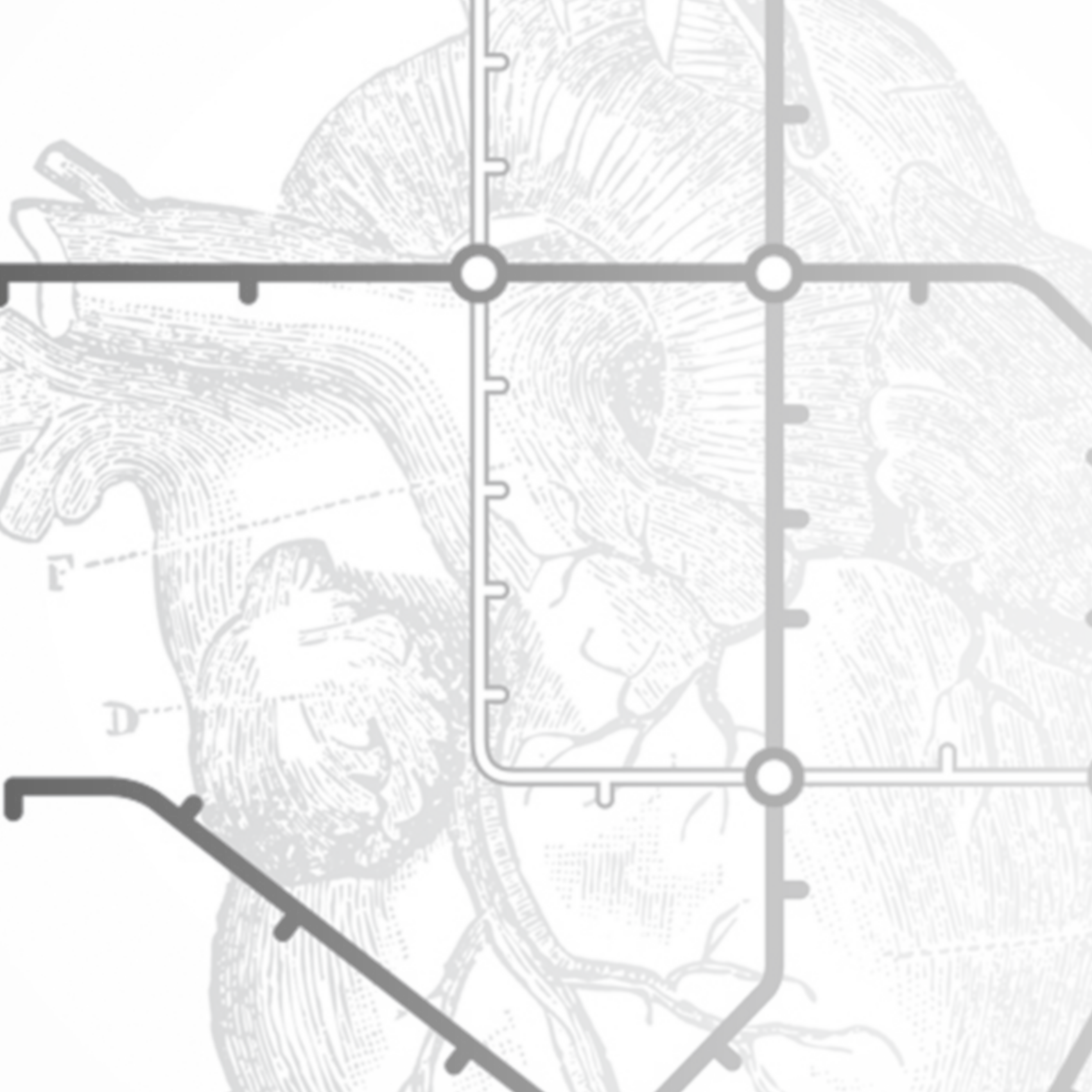
Los siguientes capítulos hacen un recorrido por el periodo comprendido entre 1950 y 2000. Cincuenta años de representaciones e imaginarios de Bogotá.

Los autores, Bogotá, 2016

1 *Gestalt*: palabra alemana usada por la psicología fenomenológica de la percepción para designar el significado de una forma (forma significante) a diferencia de la palabra “*Forme*”, que define sencillamente la forma de algo.



Introducción





Marco teórico y selección de libros y autores

La adopción de un nuevo patrón urbano toma tiempo en implantarse y solo se impone si las circunstancias sociales y económicas le son favorables.

G. Samper, *Recinto urbano: la humanización de la ciudad*

En 1961 se publicó *The Death and Life of Great American Cities*, el libro de Jane Jacobs. En 1967 se editó por primera vez en español, y en esa edición, curiosamente, desapareció la palabra *American* del título, que se convirtió simplemente en *Muerte y vida de las grandes ciudades*; hubo una segunda edición en español, en 1973, en Ediciones Península, tal vez la más difundida, y hasta 2011 —cincuenta años después de su aparición— no hubo una nueva reedición (Jacobs, 2011).

Aquella primera edición estaba rodeada de una aureola casi mágica y era tema de discusión en las facultades de arquitectura, en las que el urbanismo moderno, derivado de la Carta de Atenas (1957), hacía sentir su rigor por medio de las llamadas *cuatro funciones*: habitar, trabajar, recrearse y circular, de la zonificación funcional y del diseño de las áreas residenciales con bloques de viviendas que aparecían como objetos aterrizados sobre un plano verde continuo.

Así lo proponía Le Corbusier, que ubicaba cuidadosamente sus unidades habitacionales —como la paradigmática de Marsella— sobre impecables planos verdes; así se hizo el



Figura 1. La carta de Atenas. El urbanismo de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna CIAM

Fuente: La carta de Atenas (1957), portada.



Figura 2. Hacia una arquitectura

Fuente: Le Corbusier (1978), portada.

barrio Hansa de Berlín, ejemplo de la ciudad futura; así se construyeron conjuntos de bloques en casi todas las ciudades del mundo, y así también se construyó el Centro Urbano Antonio Nariño, y se diseñaron los espacios del Centro Internacional de Bogotá y del edificio administrativo del entonces Distrito Especial.

Ese era el mundo de la academia y esa era la ciudad que se enriquecería con nuestros proyectos como arquitectos de ese futuro para el que nos preparaban. Pero esa no era la ciudad que veíamos por la ventana, ni la que caminábamos todos los días; tampoco era la ciudad de la que hablaba Jane Jacobs en su *Muerte y vida de las grandes ciudades* (2011); ni la ciudad de los imaginarios o las representaciones, porque aunque todos representábamos la ciudad en nuestro pensamiento —obviamente— y teníamos imágenes urbanas, no reparábamos en ello, ni cabían reflexiones teóricas al respecto.

Tiempo después se evidenció que la ciudad que Jacobs criticaba respondía al urbanismo norteamericano de esos años: era la ciudad que veíamos dibujada en los cómics, con un centro o *downtown* administrativo, del que siempre se veía la silueta de edificios lejanos, mientras la acción ocurría en casas suburbanas en medio de pequeños antejardines. De esa ciudad sí teníamos representaciones, y sin reparar mucho en ello, teníamos un claro imaginario de esos continuos y aparentemente infinitos paisajes de casas repetidas.

Esa era la ciudad en la que años más tarde se ocultaría el extraterrestre Alf y en la que aún hoy vemos jugar a Calvin con su muñeco-tigre Hobbes; un paisaje de suburbios inacabables que poblaban las series de televisión, con casas muy parecidas, automóviles estacionados ante los garajes, vecinos casi idénticos e idénticas salas en todas las casas, con un sofá alrededor del cual se desarrollaban los acontecimientos familiares. Sin duda, la palabra *American* no debió suprimirse del título del libro de Jacobs, aunque, como ocurre habitualmente, la palabra se refiere a Estados Unidos, sin ver el resto de países de este continente llamado América.

Jacobs señalaba la importancia del espacio público y el uso que hacen de él los habitantes, hablaba de la manzana y, sobre todo, de la calle como eje de la vida; pero,

casualmente, la ciudad que ella señalaba como *tradición perdida* era la ciudad que veíamos por la ventana, con su comercio cercano, el paradero del bus, las vecinas conversando, el panadero en la puerta de su negocio y otras personas del barrio —todas conocidas— ocupadas en alguna actividad cotidiana. Esa era la ciudad que nos rodeaba, nuestro barrio, y a unas pocas cuadras de distancia estaba el centro, con el comercio especializado con sus vitrinas y carteles luminosos, las oficinas administrativas del Estado y de los profesionales particulares; allí también estaban los restaurantes, las confiterías y heladerías más elegantes, que se incorporaban en los paseos familiares: el cine del sábado por la noche o las salidas del domingo por la tarde. Parecía que la realidad, la representación y el imaginario coincidían.

En esa ciudad de nuestra vida diaria no tenía sentido la crítica de Jacobs, aunque nos hacía dudar de la ciudad que nos enseñaban en la universidad, la que sin duda construiríamos algún día y en la que viviríamos, que tampoco era la ciudad que Estados Unidos construía en aquellos años de la Guerra Fría, en los que se pensaba que la dispersión y la baja densidad protegerían a la población de algún hipotético ataque nuclear: los suburbios infinitos de casas iguales y anécdotas parecidas. Nuestra ciudad era variedad y diversidad, aunque no pensáramos en ello.

Ese fue el primer encuentro con Jane Jacobs. El segundo encuentro ocurrió más de cuarenta años después, cuando se reeditó el libro. Pero la misma ventana se abría a otro mundo, y aunque la ciudad que nos rodeaba era muy distinta de aquella del primer encuentro, el discurso de su libro parecía aún más apropiado para nuestro medio. ¿Qué pasó en las ciudades en esos cuarenta y pico años? ¿Qué había cambiado en nuestro medio? y ¿qué había pasado en cada uno de nosotros en ese tiempo? Por último, nos preguntamos, ¿qué ocurrió en Bogotá entre el 9 de abril de 1948 y hoy?

La representación (*re-presentación*) es una segunda presentación: la ciudad está ahí, se presenta ante nuestros ojos, la percibimos con nuestros sentidos, es el territorio de nuestras vivencias; pero esa ciudad con sus formas, sus usos y sus significaciones está en nuestro interior: es la representación que tenemos de ella, como vemos sus

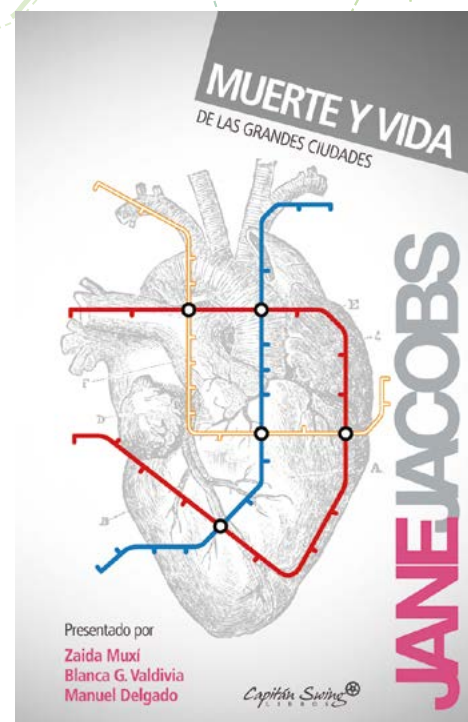


Figura 3. Muerte y vida de las grandes ciudades

Fuente: Jacobs (2011), portada.



formas, como usamos sus espacios y lo que estos significan para nosotros. La síntesis de esa ciudad conforma nuestro imaginario de ella.

Miremos a Bogotá y enfatizamos la observación en torno al 9 de abril de 1948, por su significado de ruptura entre la ciudad tradicional y la nueva, la ciudad de la reconstrucción, porque los hechos de esa fecha acabaron no solo con gran parte del centro de la ciudad, sino, también, con un modo de vida. La sociedad que se había forjado a través de la historia, de pronto, debió asumir otra vida, esa que llamaban “vida moderna”, en parte anhelada y en parte impuesta por los acontecimientos. Su expresión física será la arquitectura y el urbanismo del movimiento moderno, que serán los destinatarios de esta mirada, porque por medio de ellos se produjeron los cambios en la ciudad.

Fijar esa fecha como inicio de esta reflexión no invalida anteriores experiencias de *modernidad* que la sociedad bogotana vivió a lo largo de su historia, porque el sentimiento de modernidad estuvo (está y estará) presente como el deseo de sentirse parte del mundo, actuante y contemporáneo a los sucesos exteriores; es un impulso hacia algo que no se tiene o se cree no tener, cuya satisfacción reafirma la identidad y el sentido de pertenencia a una comunidad.

En el desarrollo de un anterior proceso de investigación (Pérgolis, 2013)² se evidenció el deseo de la sociedad bogotana del siglo XIX por “integrarse a un mundo que estaba más allá del altiplano que contenía la pequeña ciudad, más allá de la *tierra caliente* de las zonas bajas, del río Magdalena y del océano” (Pérgolis, 2013). La idea de modernidad de los bogotanos, que surgía de las imágenes y los relatos que llegaban del mundo exterior, se concretó lentamente desde el inicio de la construcción del Capitolio Nacional, a mediados del siglo XIX, hasta 1926, cuando la remodelación de la Plaza de Bolívar, obra de Alberto Manrique Martín, definió la imagen del centro de la ciudad. Así, en términos de Walter Benjamin (Buck-Morss 1995), el sueño modernista de la infancia de la sociedad bogotana se convirtió en un cuento de hadas que dio forma a la nueva ciudad.

² Se refiere a la investigación El deseo de modernidad en las ciudades republicanas: Bogotá, Medellín, Cartagena, Barranquilla y Ciénaga, publicado por la Universidad Católica de Colombia y la Universidad de la Costa (2013).

A partir de las preguntas sobre la reedición del texto base de Jane Jacobs se pretende descubrir cómo se han transformado los imaginarios y las representaciones de las ciudades colombianas, y para esto se escogen textos y escritos de cada época, desde 1948 hasta hoy. Miramos la historia por medio de los libros referidos a la ciudad de cada momento, es decir, los libros que narran y reflexionan sobre la ciudad y la problemática que vive al autor; allí tratamos de descubrir, entre líneas, el mundo que rodeaba a cada escritor a través de su mirada o, en otras palabras, descubrir en el escrito el “espíritu del tiempo”³.

Por ese motivo se revisan particularmente aquellos textos que se refieren a momentos de cambios en las reflexiones teóricas. La mirada se centrará, entonces, en los textos contemporáneos a los hechos, y en lo posible, se excluyen otros textos de contenido histórico, crítico o teórico escritos con posterioridad al momento estudiado. Experiencias anteriores en las que hemos analizado secuencias de autores y relaciones entre sus textos se pueden ver en la ponencia “Ideología y forma en la arquitectura del siglo XX” (Pérgolis, 1985) y en la investigación *Sobre lo clásico en la arquitectura* (Pérgolis, 1986a).

Este criterio define el primer concepto teórico que encierra esta investigación: *en el desarrollo de la historia hay momentos de articulación que modifican o cambian el espíritu del tiempo*; consecuentemente, cambian rasgos y aspectos de la cultura en sus diferentes manifestaciones. De ese concepto surge la primera hipótesis marco de este trabajo: *los momentos de articulación y cambio en la continuidad de la historia se pueden identificar por medio de determinados textos que impactaron sobre el espíritu del tiempo*.

Esta hipótesis resulta válida, también, si se plantea en forma inversa: *el espíritu del tiempo está presente en algunos textos propios de cada época*.

3 La expresión *espíritu del tiempo* se refiere al clima intelectual y cultural de un determinado momento; corresponde al concepto de *Zeitgeist*, palabra del idioma alemán (*Zeit*: tiempo; *Geist*: espíritu) utilizada a principios del siglo XX para observar los movimientos artísticos en el contexto de su época.

Una observación derivada de esta hipótesis deja ver —como una particularidad— el carácter paradigmático de algunos textos que impactaron sobre el contexto y muestran con nitidez los cambios en el espíritu del tiempo.

Teniendo en cuenta futuros aspectos metodológicos en el desarrollo de la investigación, y considerando experiencias anteriores en este sentido, los textos se organizaron de acuerdo con tres observaciones, que corresponden a tres momentos de articulación que marcaron y modificaron la idea de ciudad en Colombia: la primera observación se refiere a la *ciudad moderna*, y la situamos entre el 9 de abril de 1948 y el discurso teórico de la década de los ochenta.

Nos interesa detallar ese momento, porque contiene y muestra el paso de la primera modernidad que vivió Bogotá: la consolidación del centro como el lugar de la ciudad, con la Plaza de Bolívar de las cuatro fuentes y varias construcciones gubernamentales y privadas; hasta la llamada plena modernidad, que comprende la reconstrucción posterior a los daños del 9 de abril de 1948, la dispersión de las familias tradicionales que habitaban el centro hacia los nuevos barrios al norte de la ciudad y la llegada de un gran número de inmigrantes rurales desplazados por la violencia de los años cincuenta.

Esta ciudad que adquiere su fisonomía definitiva en los años sesenta y setenta, y también su identidad y modo de vida en esa misma época, es el contexto sobre el cual se apoya el debate de los años ochenta. Es importante observar los imaginarios que tenían los habitantes de Bogotá con anterioridad y posterioridad al 9 de abril; el paso de la ciudad “cachaca” tradicional a la Bogotá moderna.

La segunda observación corresponde al *debate sobre la ciudad moderna* y el planteamiento de nuevas alternativas que cuestionan la ciudad que se conformó a partir del 9 de abril, sus tipologías edilicias y las transformaciones del espacio público en favor de los ámbitos privados. Esta mirada comprende el periodo entre 1980 y los primeros años de la siguiente década, en los que se manifestó un fuerte debate teórico, tanto en la academia como en los sectores de la construcción y en la Sociedad

Colombiana de Arquitectos, aunque en la finca raíz se acentuaba la comercialización de proyectos que llevaron a la fragmentación de la ciudad por medio de conjuntos cerrados de vivienda que comprometían grandes áreas urbanas, centros comerciales que intentaban sustituir el espacio público en el imaginario de la comunidad, y otras tipologías basadas en el concepto de *fragmento*.

La tercera observación está referida a la nueva orientación de la mirada producida entre la segunda mitad de la década de los noventa y los primeros años del nuevo siglo. El discurso de esos últimos años del siglo XX estuvo basado en la *reflexión filosófica* y en la aplicación de los conceptos de esa disciplina a la ciudad, así como a un acercamiento a la narrativa en cuanto herramienta de aproximación al conocimiento de la ciudad. En ese contexto se debatieron los nuevos conceptos, algunos cercanos a la informática, como la idea de red, basada en la homogeneidad de relaciones horizontales entre nodos; otros se aproximaron a las estructuras literarias, como el concepto de ciudad conformada por fragmentos que juegan arbitrariamente sobre estructuras livianas.

Hacia los últimos años de este momento adquieren una gran relevancia las ideas de simulación y simulacro, también procedentes de otras disciplinas y apoyadas en textos filosóficos que acercarán el debate sobre la ciudad a terrenos de la modelación y la simulación; conceptos presentes hoy en el marco del discurso sobre sostenibilidad.

A partir de la hipótesis planteada que propone que *los momentos de articulación y cambio en la continuidad de la historia se pueden identificar por medio de determinados textos que impactaron sobre el espíritu del tiempo*, se definió la estructura metodológica de este proceso de investigación: el trabajo se basa fundamentalmente en aquellos textos que, por su contenido crítico, por sus señalamientos innovadores y por responder a alguna inquietud presente en el ambiente se convirtieron en paradigmas y fueron motores del cambio. Estas consideraciones, a su vez, estuvieron determinadas por las tres observaciones anteriormente mencionadas y que corresponden a tres momentos de articulación que marcaron y modificaron la idea de ciudad en Colombia, como vimos en la introducción.



El método de la investigación implica la emoción de la ciudad y la objetividad en el análisis de textos

La observación se refiere a textos del discurso académico internacional, su incidencia en la producción teórica nacional y su relación con la construcción de la ciudad colombiana, en particular de Bogotá. En todos los casos, más allá de los textos, se intentarán “lecturas entre líneas” como rasgo metodológico que permite acercarse a las representaciones del autor sobre momentos y lenguajes de la arquitectura, y a la vez acceder a sus imaginarios sobre la ciudad que conforman esos momentos y esos lenguajes.

Esto constituye una tarea de interpretación —base de las teorías del siglo XX— que completa el perfil del método de trabajo empleado, porque en el estudio de los procesos sociales (la historia y la teoría urbana lo son) el observador no queda por fuera ni es ajeno, mucho menos lo es el relato que haga de ellos, que será su representación de aquellos. El sujeto (investigador) es parte activa en cualquier proceso, es un productor de signos, y en cada observación proyecta sus deseos, que se agregan a los de la comunidad. Julia Kristeva (1969) define esa acción como “poner a rodar un significante por parte de un sujeto hablante”.

El citado texto de Jane Jacobs es el punto de partida de este trabajo, porque sus cuestionamientos, aunque referidos a un modelo de ciudad (el norteamericano de posguerra), son válidos para otros modelos (por ejemplo, la ciudad del movimiento moderno), y en la medida en que esos dos modelos han influenciado nuestro medio y siguen vigentes en la actualidad por medio de múltiples proyectos, la crítica de Jacobs es válida en nuestros días y en nuestro contexto.

El método se refiere a la periodización y la observación del espíritu del tiempo

Los autores seleccionados en la revisión bibliográfica corresponden a un grupo de libros que, por el impacto que produjeron en la academia y a partir de esta en toda la sociedad, lograron modificar rasgos del espíritu del tiempo. Estos libros han sido

ordenados de acuerdo con la periodización propuesta, y para cada momento se escogieron textos por su relevancia y su incidencia en el quehacer local; esto no excluye que otra selección pueda ser igualmente válida, aunque esta fue la más difundida en los medios académicos.

Primera observación: ciudad moderna (entre el 9 de abril de 1948 y 1980)

Textos internacionales referidos a la arquitectura moderna para situar y referir el contexto nacional

En este punto, que fue fundamental para entender los planteamientos del movimiento moderno y su incidencia en nuestro medio entre 1948 y fines de los años setenta, se trabajó una secuencia de tres textos referidos al movimiento moderno en arquitectura, que fueron escritos consecutivamente por autores relacionados en generaciones sucesivas, para ver la mirada del autor sobre su propio momento y sobre el momento inmediato anterior:

- Nikolaus Pevsner: *Esquema de la arquitectura europea* (1957).
- Reyner Banham: *Guía de la arquitectura moderna* (1979).
- Charles Jencks: *Movimientos modernos en arquitectura* (1980).

Sir Nikolaus Pevsner, uno de los más importantes historiadores y teóricos del movimiento moderno, escribió *Pioneros del diseño moderno* y *Esquema de la arquitectura europea* (1957), contemporáneos al desarrollo de ese movimiento entre las dos guerras mundiales. Pevsner fue maestro de Reyner Banham, teórico del movimiento moderno de la segunda posguerra y autor de *Guía de la arquitectura moderna* (1979), *El nuevo brutalismo* y *Teoría y diseño arquitectónico en la II edad de la máquina*. A su vez, Banham fue director de la tesis de doctorado de Charles Jencks, en Architectural Association en Londres, que está contenida en el libro *Movimientos modernos en arquitectura* (1980), en el que se insinúan las primeras dudas ante las actitudes del movimiento moderno y se enuncian intentos por ir más allá de este.

Textos referidos a la percepción del espacio y la forma urbana

Otros textos:

- Kevin Lynch: *La imagen de la ciudad* (1959).
- Gordon Cullen: *El paisaje urbano* (1978).
- Edmund Bacon: *Design of Cities* (1976).

Estos textos, producidos entre los años cincuenta y sesenta, mostraron que además de la actitud funcionalista de la urbanística moderna se podían lograr acercamientos a la ciudad, por medio del análisis de la percepción de la imagen o el paisaje urbano. La percepción como primer paso en un proceso de interiorización de la ciudad para el logro de su apropiación emocional por parte de los habitantes abrió el camino a la futura reflexión sobre el significado del espacio urbano y la identidad de la ciudad. No hay duda de que este fue el primer paso en un proceso que encontrará su mayor expresión en los siguientes años.

Estos tres textos han tenido una gran acogida en las facultades de arquitectura de Colombia y de otros países, por la facilidad con que permiten tener un acercamiento sensible a la ciudad. Kevin Lynch propone el concepto de “imaginabilidad” (1959); es decir, la capacidad que cada ciudad tiene para producir imágenes vívidas en el observador, y analiza esa capacidad por medio de elementos formales de la estructura urbana de fácil visibilidad y comprensión; estos dos rasgos, que son fundamentales para guardar las percepciones en el inconsciente, permiten también la conformación de imágenes ante cualquier estímulo exterior. De esta manera, la capacidad que tienen las ciudades para generar imágenes vívidas constituye el primer paso en la conformación del imaginario de ciudad.

Gordon Cullen, por su parte, analiza una infinidad de gestos urbanos desde la perspectiva de la visión serial; es decir, incorpora el recorrido como categoría de observación. Este señalamiento teórico evidencia que la representación de la ciudad y, en consecuencia, la conformación del imaginario, están íntimamente relacionados con los recorridos del observador por la urbe, y la capacidad de generar percepciones memorables de determinados puntos o gestos de la ciudad, según define Cullen.



Figura 4. El paisaje urbano

Fuente: Cullen (1978), portada.

Finalmente, Edmund Bacon señala puntos focales en el paisaje urbano, observa cómo la arquitectura se apoya en el suelo y cómo se recorta contra el cielo; de esta manera, la relaciona con su entorno, en una totalidad perceptiva que mediatiza la arquitectura con el paisaje que la rodea. Bacon analiza también las sensaciones de acogencia y rechazo a través de las formas cóncavas y convexas; el espacio que contiene o rechaza al observador.

Los tres autores se basan en experiencias que acercan la ciudad al sentimiento del ciudadano, más allá del discurso funcionalista de la urbanística moderna de esos años.

Textos teóricos que plantean aspectos de la ciudad más allá de los considerados por el movimiento moderno

Son textos de autores europeos y norteamericanos que aparecieron entre los últimos años de la década de los sesenta y los primeros años de la década siguiente, y tuvieron gran difusión por medio de sus editoriales, además de comentarios en revistas extranjeras. Estos textos se pueden ordenar en tres grandes grupos, por afinidades en sus miradas.

El primero comprende una reflexión que amplía la visión del urbanismo a la antropología cultural, a la historia urbana y a los procesos de reconocimiento de la ciudad. Por ejemplo:

- Aldo Rossi: *La arquitectura de la ciudad* (1976).
- Rob Krier: *El espacio urbano - Los proyectos de Stuttgart* (1981).
- Carlo Aymonino: *El significado de las ciudades* (1981).

El segundo grupo se refiere a los libros que conformaron la base de la llamada posmodernidad, con sus vertientes formales historicistas o de significación:

- Robert Venturi: *Complejidad y contradicción en arquitectura* (1974).
- Colin Rowe y Fred Koetter: *Ciudad Collage* (1981).
- Charles Jencks: *El lenguaje de la arquitectura posmoderna* (1980).

Los textos del tercer grupo van a abrir el discurso a las reflexiones de la siguiente década, ya que proponen los primeros intentos de relacionar la teoría arquitectónica con el pensamiento filosófico, la deconstrucción y la narrativa:

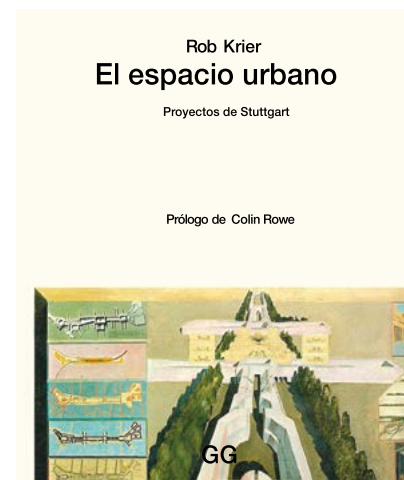


Figura 5. El espacio urbano

Fuente: Krier (1981), portada.

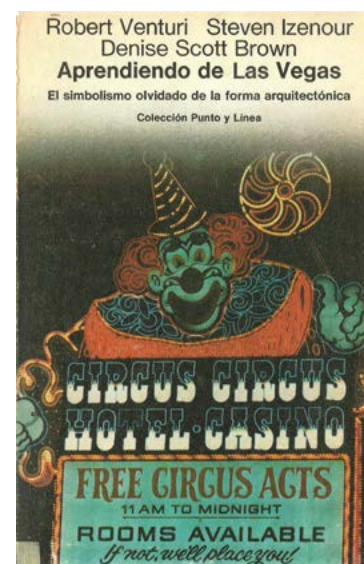


Figura 6. Aprendiendo de Las Vegas

Fuente: Venturi (1978), portada.

- Charles Gwathmey, Michael Graves, Peter Eisenman, John Hejduk, Richard Meier: *Five Architects* (1982).
- Bernard Tschumi: *Themes for the Manhattan Transcripts* (1982).
- Peter Eisenman: *El fin de lo clásico, el fin del comienzo, el fin del fin* (1984).

Esta selección se completa con los artículos aparecidos en revistas (*Casabella*, *AD*, *Architectural Record*, entre otras).

En nuestro medio, estos textos abrieron el discurso de la ciudad a nuevas miradas; muchos de ellos intentaron superar la arquitectura moderna por medio de acciones sobre el significado y la forma, sobre la percepción y sobre la memoria; en todos se evidenciaban sesgos historicistas, otros profundizaban en el lenguaje y proponían alternativas o *revivals* neorracionalistas o neoclásicos; un grupo muy grande de teóricos centró el análisis en el espacio urbano, ya sea en los elementos y espacios tradicionales (trama, tejido, etc.) o los elementos del lenguaje agregado (formas pretendidamente significativas, publicidad, ornamentos, etc.).

Segunda observación: debate sobre la ciudad moderna (entre 1980 y los primeros años de la década de los noventa)

Como vimos anteriormente, el debate sobre la ciudad moderna empezó a escala internacional, con anterioridad a los años ochenta, pero en nuestro país la reflexión crítica sobre la ciudad moderna se manifestó entre 1980 y los primeros años de la década de los noventa.

Escritos nacionales que reflexionaron sobre la ciudad moderna y criticaron sus formas, usos y significaciones

Esta es la parte de la investigación que permite una mayor profundización, por su cercanía temporal y por la importancia que adquirió el debate tanto en la academia, como en las bienales, exposiciones e, incluso, en la vida cotidiana.

Comprende dos grupos de escritos de relevancia, por su peso discursivo, por su difusión y por la aceptación y el reconocimiento académico de sus autores en el contexto colombiano en la década de los ochenta:

El discurso urbano de algunos arquitectos de marcada influencia en nuestro medio: Rogelio Salmona, Germán Samper, Laureano Forero y otros.

El discurso urbano de la nueva generación de teóricos en la academia y en los medios universitarios (particularmente, en Bogotá y Medellín), con los escritos de los arquitectos y la reflexión teórica, conferencias y catálogos de las bienales de arquitectura, las revistas *Escala*, *Proa* y *Umbral*. Finalmente, se observará la proyección de estos escritos en la construcción de la ciudad, por medio de obras paradigmáticas en Bogotá (por ejemplo, Ciudad Salitre, Ciudadela Colsubsidio, etc.), Bucaramanga (Ciudadela Real de Minas) y Medellín (la Nueva Villa de Aburrá).

El cambio del discurso urbano en la academia y en el contexto colombiano en la década de los ochenta fue notable: la sombra de duda que aparecía sobre la ciudad del movimiento moderno se acrecentó por el discurso y las obras de los arquitectos llamados “posmodernos”⁴ en la escena internacional; así, se generaron debates sobre los planes de Le Corbusier y los postulados de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM)⁵. Las nuevas propuestas rescataron imágenes de la ciudad preindustrial, rasgos neoclásicos o gestos vernáculos (por ejemplo, los proyectos de Rob Krier), y la mirada se dirigió a los ejemplos monumentales, hasta ese momento despreciados por sus connotaciones políticas en la historia (arquitectura de los regímenes totalitarios europeos). Al mismo tiempo, una arquitectura de consumo, de formas amaneradas y pretendidas justificaciones desde el campo

4 En el contexto norteamericano, la exposición *Five Architects* llevada cabo en Nueva York en 1980 generó una fuerte línea de pensamiento; en Europa, arquitectos de los diferentes países (Bofill, Portzamparc, Linazasoro, Ungers, Portoghesi, etc.) contribuyeron con obras y textos al discurso urbano; muchas veces con formas que por su “novedad” se convertían en moda más que por su contenido o aportes a la arquitectura de la ciudad.

5 Allí se generó en 1933 la Carta de Atenas, documento indiscutible de la ciudad moderna, cuestionado en los años ochenta en nuestro medio.

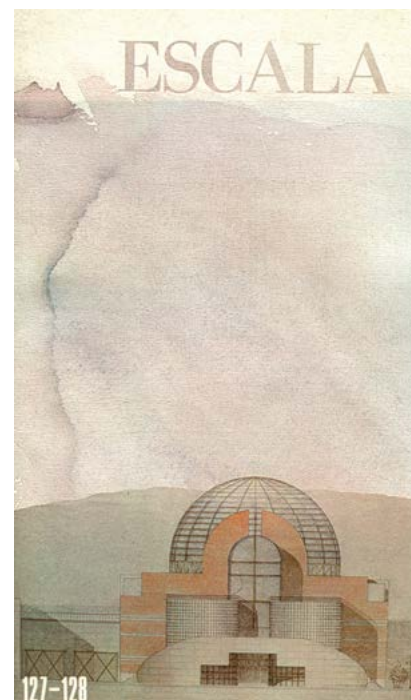


Figura 7. Revista Mensual Latinoamericana de Arquitectura, Arte e Ingeniería -Escala, N.º 127-128

Fuente: *Escala* (1985), portada.

LA CONDICION POSMODERNA

Jean-Francois Lyotard



Figura 8. La condición posmoderna
Fuente: Lyotard (1989), portada.

de la significación permeó el gusto y encontró un importante nicho en los sectores emergentes de nuestro medio.

Pero la calle y la plaza, los paramentos de fachadas continuas, los elementos de la ciudad tradicional, como contraparte de la asepsia de los espacios modernos, zonificados y funcionales, también estuvieron presentes en muchos ejemplos de esos años: en las Internationale Bauausstellung Berlin (IBA) de 1984 y 1987, en la XVII Trienal de Milán de 1988, en la que Bogotá mostró el Plan Centro que se adelantaba en ese momento y proponía el rescate de la ciudad y su centro.

Tercera observación: reflexión filosófica y acercamiento a la narrativa (entre la segunda mitad de la década de los noventa y los primeros años del nuevo siglo)

La Internationale Bauausstellung Berlin (IBA) de 1984 fue un claro ejemplo del rescate de la ciudad tradicional, por medio de la rehabilitación, frente al urbanismo moderno que tantos ejemplos desarrolló en esa misma ciudad, desde las *Siedlungen* de los primeros años treinta, hasta sectores como Hansaviertel en el entonces Berlín Occidental, o los muchos ejemplos del urbanismo socialista en la desaparecida República Democrática Alemana (RDA). Pero fue la IBA de 1987 la que plasmó la relación de igualdad de vida entre los habitantes de la ciudad y las formas urbanas.

En ese contexto, la exposición trajo a primer plano los discursos sobre la ciudad continua, en oposición a los bloques exentos del movimiento moderno, la calle y la plaza, como espacios sociales de la ciudad confrontados con las llamadas —en esos años— “tierras de nadie”, en referencia a los espacios verdes entre los bloques del urbanismo moderno. Estas actitudes se manifestaron por medio de la construcción de nuevas obras en los vacíos de la ciudad, con el fin de “coser” el espacio urbano y recuperar la continuidad de la trama y las estructuras edilicias: nuevamente la manzana fue la protagonista de la ciudad.

Sin embargo, otros modos de acercarse al espacio urbano comenzaban a manifestarse en esta exposición de Berlín y en la XVII Trienal de Milán, llamada “La ciudad del futuro y el futuro de la metrópoli” (*Le città del futuro e il futuro delle metropoli*). Allí, entre los ejemplos de diferentes ciudades del mundo, la reflexión a cargo de Serge Salat y Françoise Labbè (1987) sobre la periferia de París se presentaba en un *stand* dominado por el efecto lumínico de un haz de luz láser que evidenciaba un juego de tensiones sobre las masas construidas; lo llamaron: “Deconstruir París”.

Textos que desde otras disciplinas aportaron miradas al discurso urbano

A la luz del pensamiento del filósofo Derrida (1967), arquitectos como Peter Eisenman y Zaha Haddid llevaron el discurso al tema de las tensiones contra la tradicional observación de las masas. El filósofo Jean-François Lyotard propuso una nueva mirada, por medio de dos de sus obras más significativas: *La condición posmoderna* (1989) y *Discurso y figura* (1979), en las que se enfatiza el valor del vacío ante el lleno; así, concluye que si las palabras (lo lleno) portan el significado en una frase, es el vacío entre esas palabras o “encadenamiento”, el productor de sentido, concepto fácilmente asimilable a la estructura urbana, ya que es en esos espacios (de la ciudad) donde las múltiples relaciones que ocurren permiten acceder al sentido de la vida urbana.

En forma simultánea, la semióloga búlgara Julia Kristeva (1985) articuló la semiótica tradicional con el psicoanálisis; dio una nueva dimensión al deseo como categoría de análisis y propuso la práctica significativa o relación con un elemento significativo como portador del sentido, más allá del reconocimiento del significante que conduce a una identidad, concepto también asimilable a la ciudad, en la que ya no se buscarían significados formales que dieran la identidad, sino prácticas (relaciones) que permitieran acceder al sentido:

- Jean Françoise Lyotard, *Discurso y figura* (1979) (filosofía).
- Julia Kristeva, *Travesía de signos* (1985) (semiótica).
- Michel Serres, *Atlas* (1994a) (física).



Figura 9. Atlas

Fuente: Serres (1994), portada

Textos que articularon el concepto moderno (gestáltico) de totalidad

Por último, se incorporó al debate urbano el concepto de Jean Baudrillard sobre simulación, que plantea en su texto *Cultura y simulacro* (1981), en el que evidenció el juego de realidades y virtualidades en el territorio. El discurso urbano, que incorporó estas reflexiones, se completó con las miradas de Omar Calabrese (1989) sobre la fragmentación por medio de la confrontación de detalle y fragmento, como dos modos de entender las partes de la ciudad: la que explica la totalidad (detalle) y la que se explica solamente a sí misma (fragmento). Los conceptos de redes, nodos y crecimientos por propagación y prolongación propuestos por Michel Serres en su libro *Atlas* (1994a) se incorporaron, por último, a la visión de la ciudad contemporánea.

- Jacques Derrida: *La escritura y la diferencia* (1967).
- Omar Calabrese: *La era neobarroca* (1989).
- Jean Baudrillard: *Cultura y simulacro* (1981).

Ante estos textos, hay que reconocer que el discurso que indica las relaciones entre la totalidad y las partes fue el gran tema del siglo XX, desde sus inicios, con los postulados de la psicología fenomenológica de la percepción de la escuela de Graz, entre 1900 y 1910; a los debates de Koffka, Wertheimer, Köhler y Lewin, en el marco de la Gestalt; hasta Arnheim, y hacia fines del siglo, con los señalamientos sobre detalle y fragmento que propone Calabrese y la reflexión derivada del pensamiento de Derrida sobre masas y tensiones en la conformación espacial.

Textos que complementaron esta nueva visión de la ciudad

Libros:

- Gianni Vattimo: *La sociedad transparente* (1990).
- Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (1988).
- Marc Augé: *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (1993).
- Christian Norberg-Schulz: *El significado en la arquitectura occidental (Significato nell'architettura occidentale)* (1974).

Artículos:

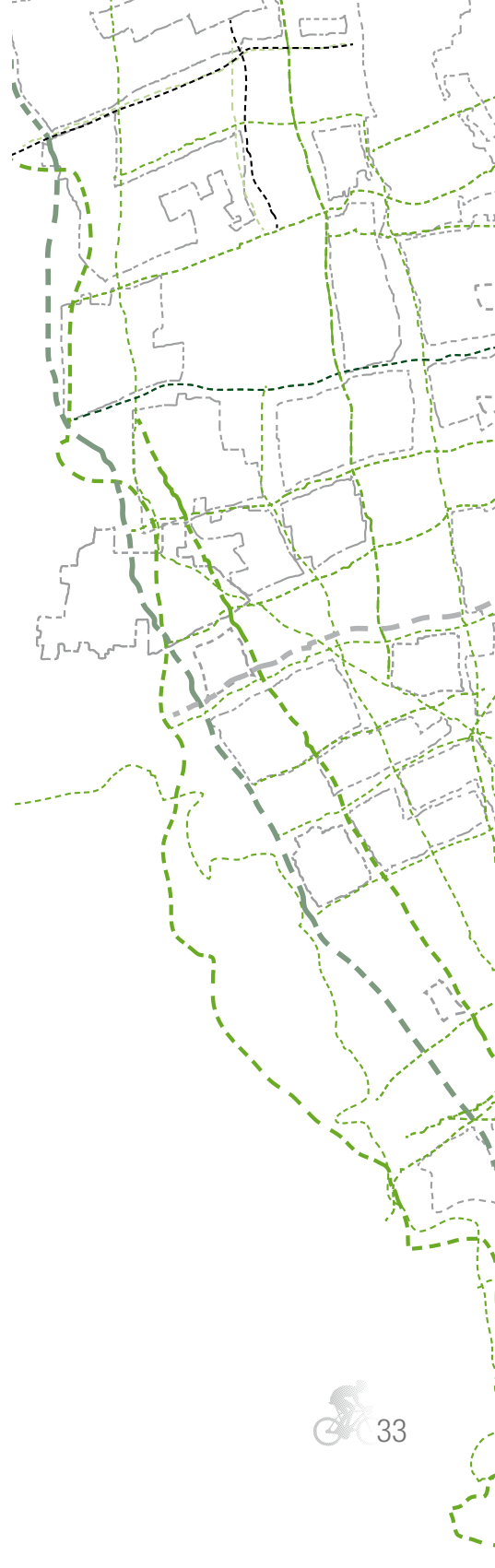
- En *Le città del mondo e il futuro delle metropoli*. Publicación de la XVII Trienal de Milán. Electa, Milán (1989).
- Giuseppe Dematteis, “La scomposizione metropolitana”.
- Marco Romano, “Cittadini senza città”.
- Serge Salat y Françoise Labbé, “Le strade del virtuale”.
- Serge Salat y Françoise Labbé, “Principi di scenografia”.

En otros medios:

- Vidal T. et al. “Un modelo de apropiación del espacio construido”, en *Medio Ambiente y Comportamiento Humano* (2004).
- Kristeva, Julia, “Lo Vreal”, en Seminario Verdad y verosimilitud del texto psicótico, *Hospital de la Ciudad Universitaria* (1976-1977).

Textos que incidieron en la incorporación del relato literario como categoría de investigación urbana

El cambio más notable en la mirada a la ciudad llegó por medio de la literatura y su capacidad para generar imágenes y, a través de ellas, entender contextos. La densidad del discurso de la arquitectura y el urbanismo dejó por fuera las imágenes visuales, la levedad del pensamiento y, como dijera Calvino (1990): “esa manera de ver el mundo fundada en la filosofía y en las ciencias; esa ligereza que se crea en la escritura con los medios lingüísticos del poeta”; de esta manera, la narrativa surgió como la alternativa que permite la levedad, porque es a la vez exacta e indeterminada, precisa y ambigua, todas ellas cualidades necesarias para significar. A estas conclusiones se llegó por medio del seminario “Ciudad escrita” (Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 1992), que permitió la articulación entre dos investigaciones, una referida a las formas en relación con los usos y las significaciones: *La plaza el centro de la ciudad* (2003), y la otra referida al relato como eje metodológico de la investigación: *Estación Plaza de Bolívar, una mirada a la ciudad y su plaza desde la semiótica del deseo* (2001).





Beatriz Sarlo Escenas de la vida posmoderna

Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina

Ariel

Figura 10. Escenas de la vida posmoderna

Fuente: Sarlo (1994), portada.

El seminario “Ciudad escrita” estuvo basado en los siguientes textos:

- Italo Calvino: *Seis propuestas para el próximo milenio* (1990).
- Beatriz Sarlo: *Escenas de la vida posmoderna* (1994).
- Constantino Cavafis: *Poemas* (1996).

Muchas veces hemos citado los versos de *Itaca*, del poeta de Alejandría Constantino Cavafis: “Cuando partas hacia Itaca, pide que tu camino sea largo y rico en aventuras y conocimientos”; después de narrar las aventuras y peligros del viaje, concluye: “A Itaca debes el maravilloso viaje. Sin ella no habrías emprendido el camino”, y cierra el maravilloso poema: “Hoy que eres sabio, y en experiencia rico, comprendes qué significan las Itacas”. Aunque se haya repetido muchas veces, es el ejemplo más adecuado —y más bello— para mostrar que, más importante que el punto de destino, es el recorrido que se hace para llegar a él; porque el recorrido es la experiencia de la vida.

Textos complementarios

- Italo Calvino: *Las ciudades invisibles* (1984).
- Julia Kristeva: *El texto de la novela* (1981).
- Walter Benjamin: *Infancia en Berlín, hacia 1900* (1987).

Más allá de estas reflexiones en torno a la ciudad y la literatura, por medio del citado texto *Travesía de signos*, de Julia Kristeva, y del artículo de la misma autora “Lo Vreal” (verdadero-real) publicado por el encuentro “Verdad y verosimilitud del texto psicótico”, desarrollado en el Hospital de la Ciudad Universitaria de París, en 1976, se pudo establecer una secuencia que, más allá de definir identidades urbanas, permitió reconocer rasgos del sentido de la vida en la ciudad; así, se partió del deseo como categoría de análisis y su satisfacción como acontecimiento que genera una narración o un relato. El camino inverso fue determinante para la metodología de trabajo en esos años, vigente aún hoy en algunas etapas del proceso de investigación: a partir de un relato se intenta determinar el acontecimiento que produce satisfacción, y desde esta, detectar el deseo urbano que desencadenó el proceso. A partir de dicha conclusión se ha trabajado con los libros expuestos a continuación.

Escritos que confirmaron la validez del relato literario como categoría de análisis

- Susan Buck-Morss: *Dialéctica de la mirada* (1995).
- Orhan Pamuk: *Estambul. Ciudad y recuerdos* (2006).
- Orhan Pamuk: *El museo de la inocencia* (2010).

El siguiente párrafo, tomado de las conclusiones “Espacio urbano, narrativas y comunicación”, del libro *La capacidad comunicante del espacio* (Pérgolis & Moreno, 2010, p. 94), explica la intención en la escogencia de estas dos novelas del nobel turco Orhan Pamuk:

La vida en la ciudad no surge de sus formas significantes por reconocidas y monumentales que sean sino de los acontecimientos que ocurren entre ellas: esta interacción de los habitantes con el espacio va más allá de la idea de identidad, alcanza al sentido de la vida en la ciudad, eso que Julia Kristeva señala como consecuente con la práctica significativa. La literatura teje trazos con palabras, describe detalles y a la vez da sentido a los escenarios a través de las escenas: “Yo soy el único espectador de esta calle, si dejara de verla se moriría”, señaló Borges en 1923 en el poema “Caminata” (1980). (Pérgolis & Moreno, 2010, p. 94)

La frase de Borges confirma la importancia del observador —y su mundo interior— en la definición del imaginario urbano; la mirada de Pamuk a su ciudad natal Estambul sitúa al observador en un lugar y en un momento. Ambos escritores cierran, de esta manera, dicho método de investigación, planteado a partir de las observaciones de Jane Jacobs en *Muerte y vida de las grandes ciudades*, y desarrollado a través de los cambios en el modo de hacer la ciudad que generaron los diferentes imaginarios de sus habitantes.

Sabemos, y como hemos señalado otras veces, lo sabemos por razones afectivas, que la arquitectura y la ciudad son más complejas que las muchas definiciones que se han intentado de ellas; la metodología de revisión de textos utilizada para esta

investigación es un intento de interpretación “de leer entre líneas” para situar los momentos de articulación y descubrir por medio de los relatos el espíritu del tiempo, y el deseo que generan los cambios en los imaginarios y las representaciones de la forma urbana de las ciudades colombianas.

De acuerdo con lo anterior, se hizo un recorrido por medio de tres observaciones o momentos:

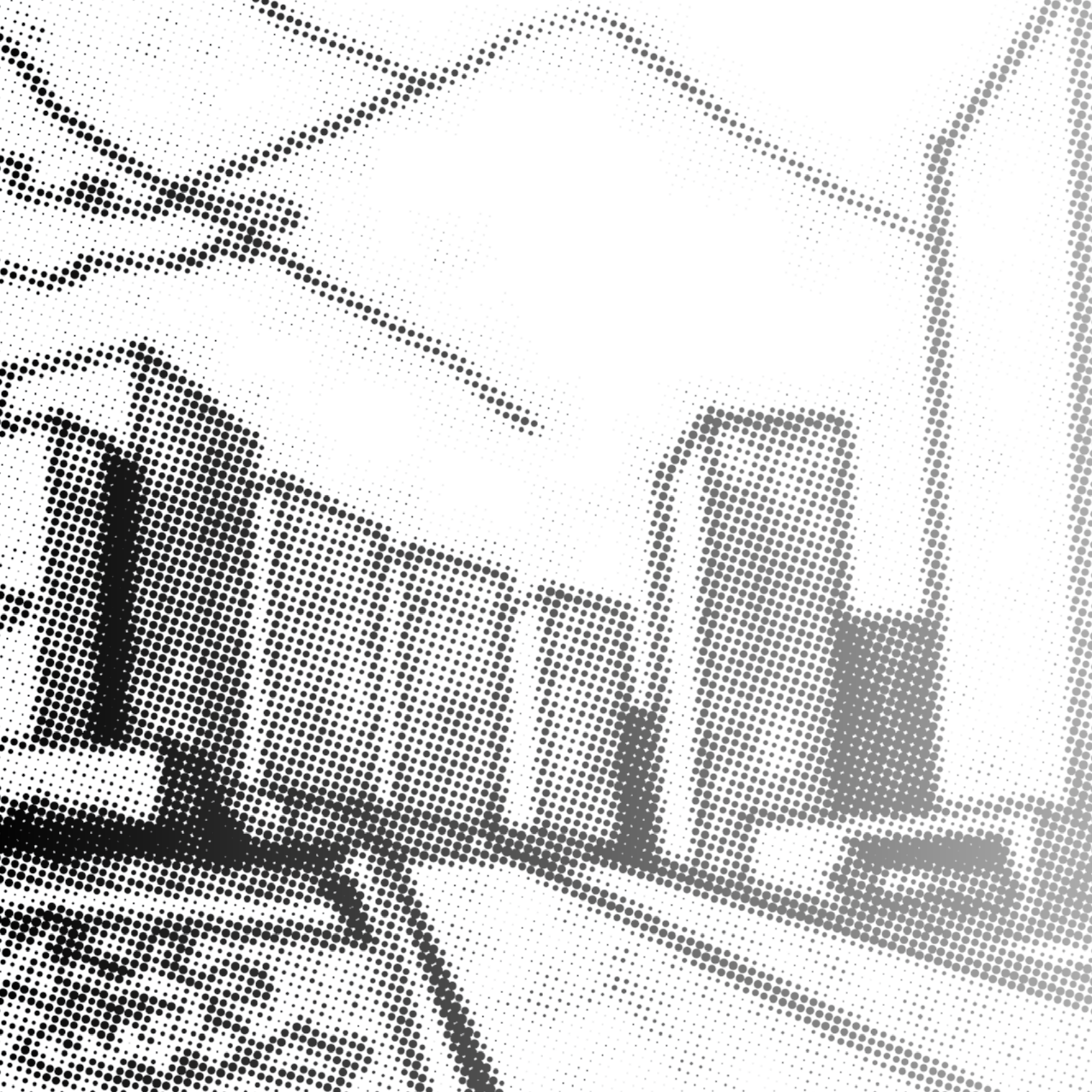
- Ciudad moderna: entre el 9 de abril de 1948 y 1980.
- Debate sobre la ciudad moderna: entre 1980 y los primeros años de la década de los noventa.
- Reflexión filosófica y acercamiento a la narrativa: entre la segunda mitad de la década de los noventa y los primeros años del nuevo siglo.

Por medio de estas miradas se revela que el discurso urbano es “pesado”, palabra que Italo Calvino utiliza como antónimo de “leve”, a la vez que es limitado para entender el sentido de la vida en la ciudad, y que gracias a la filosofía y la literatura, vistas en la última de las tres observaciones, se descubre que en la “levedad”, en la vida cotidiana de las personas y sus relatos, se puede encontrar este sentido. Como Borges o Pamuk, Jane Jacobs estaba convencida de esto, por eso creemos que su libro es vigente aún con cincuenta años de vida; además, deja ver la coincidencia con su frase: “El camino que conduce a dilucidar el aparentemente misterioso y perverso comportamiento de las ciudades, creo que comienza, observando atentamente, con las mínimas expectativas posibles, las escenas más cotidianas, los acontecimientos más corrientes, e intentando ver qué significan y si entre ellos afloran las hebras de un principio” (Jacobs, 2011, p. 40).

Para concluir, se citan las palabras de Orhan Pamuk en *Estambul*, para evidenciar el sentido de ciudad que queremos configurar por medio de la escogencia de esas lecturas: “Todo el que siente curiosidad por darle un significado a la vida se ha preguntado al menos una vez por el sentido del lugar y el momento en que ha nacido” (2006). Nos preguntamos, entonces, por las características de nuestra época e indagamos por las particularidades del territorio, es decir: nos introducimos

en el espíritu de la época, como entendemos —por medio de sus lecturas— que lo hizo Walter Benjamin en *Calle de sentido único* o en *Infancia en Berlín*, o como nos lo muestra en *Los pasajes de París*, texto que además permitió la interpretación de Buck-Morss en *Dialéctica de la mirada*, el texto que nos abrió una nueva y gigantesca perspectiva de la visión de la ciudad.

Podemos concluir diciendo que los textos escogidos influyeron, cada uno en su momento, en la reflexión sobre la ciudad en Colombia; pero la investigación a partir de esos libros en el marco de la hipótesis propuesta se media con una segunda hipótesis que explica el sentido de la investigación y sus objetivos: la conclusión del proceso de investigación surge de la interpretación de los textos a la luz del espíritu del tiempo y las particularidades del lugar.





Las condiciones de partida: la ciudad colombiana en años anteriores a 1980

“Las condiciones de partida” es el título de uno de los capítulos de *Historia de la arquitectura moderna*, el libro de Leonardo Benevolo (1974a), el historiador italiano que todos leímos —y estudiamos— en la universidad, al tiempo que en las clases de diseño nos enseñaban los métodos de la arquitectura moderna, cuyos resultados fueron tan cuestionados —en esos mismos años— por Jane Jacobs (2011).

Bajo el título “Condiciones de partida”, Benevolo presenta el ambiente en el que se generó el movimiento moderno; la intención de parafrasear el título es mostrar el ambiente arquitectónico y urbanístico en Bogotá en las décadas anteriores al discurso teórico de los años ochenta, apogeo de la arquitectura moderna, y mostrar aquellos aspectos a los que apuntó la crítica.

Pero en el siguiente capítulo, el historiador italiano observa que el movimiento moderno no es una nueva tendencia, sino que este movimiento es “un cambio mucho más profundo que actúa sobre el conjunto de tendencias, expresando una nueva dirección para un mundo radicalmente

transformado” (Benevolo, 1974b). ¿En qué momento el imaginario de las ciudades colombianas estuvo abierto a recibir las transformaciones que la arquitectura moderna proponía para lograr ese mundo transformado?

¿Cómo es Bogotá?, preguntan quienes no conocen esta ciudad. Hace unos años, la respuesta trataba de acercarse a la definición de Aglaura, una de las ciudades invisibles que describe Italo Calvino (1984, p. 79) y que, al igual que Bogotá, es una ciudad difícil, que no se ofrece fácilmente, sino que hay que descubrirla en sus pequeños gestos. “Si la quieres describir tienes que repetir lo que ya se ha dicho de ella: pero cuando puedes hablar de Bogotá, la ciudad-mujer sin repetir lo que han dicho, accedes a un mundo que está más allá de los relatos de la intolerancia, del odio y de las frases que se refieren a la incompreensión y la violencia” (Pérgolis, 1998, p. 148). Si nos atenemos a esta idea de “descubrir la ciudad”, esa cita de *Bogotá fragmentada* intentaba no repetir lo que muestra el imaginario, sino leer entre líneas lo que sugiere.

Sin duda, aquel comentario correspondía a alguien que estaba descubriendo una ciudad entre montañas, acompañado por una prensa implacable, de gran incidencia en el imaginario y en las representaciones de la ciudad, y en la que —además— todo es nuevo para quien tiene una idea de ciudad asociada con la planicie, y encuentra que también se llama así a otra muy diferente, situada en un terreno montañoso y accidentado. Una ciudad en la que el borde lo marcan los cerros y no la costa, donde las montañas obligan a mirar cerca, a descubrir lo pequeño, el detalle, y no a perder la vista en la llanura infinita.

Pero, ¿cómo se describiría hoy a Bogotá? Después de vivir muchos años en una ciudad se pueden entender los cambios en las representaciones, cada una de ellas acompañada de sus imaginarios: la ciudad que la comunidad lleva en su inconsciente, una ciudad hecha de deseos y desencantos, de expectativas y realidades, de centro y periferias. Las realidades de la historia vistas desde las (no menos reales) representaciones que la comunidad tuvo de su ciudad en el tiempo.

“El punto focal en la organización territorial de la comunidad es su centro, porque es allí donde las interdependencias se integran y administran [...] el centro es la

clave más valiosa para un entendimiento de las pautas especiales de la vida colectiva”, señala Amos Hawley (1966). Bogotá fue centralizada, como todas las ciudades iberoamericanas. Todo lo que ocurría en la pequeña ciudad, sucedía en el centro: allí estaba la gran plaza y las grandes avenidas con el mejor comercio, la administración pública y el esparcimiento, los cines y los restaurantes, el paseo y la contemplación. Pero el centro era mucho más para sus habitantes; era la representación de la ciudad toda, un rasgo de identidad tan válido como sus cerros, y era el imaginario de protección que daba la ciudad en su espacio contenido.

En ese centro nació y desde allí creció Bogotá en sus primeros siglos de vida; las calles se prolongaron y se formaron nuevos sectores cercanos a ese centro, porque la relación con él era una determinante de la vida urbana: al sur, el barrio Las Cruces; al norte, Teusaquillo. Pero ya en el siglo XX, la ciudad creció por propagaciones de la trama y aparecieron nuevos barrios, aislados en un entorno casi rural, en potreros que algún día se llenarían con construcciones (Serres, 1995b); son los barrios cuyas tramas independientes y, en muchos casos, arbitrarias se integraron, años después y con mucha dificultad, a la estructura de la ciudad.

Pero también —y lo hizo desde un comienzo— la mancha urbana se derramó sobre las vías que salen a la Sabana, y lentamente Bogotá insinuó una forma radial, como media estrella sobre la planicie y limitada por los cerros al occidente. Pasarían muchos años antes de que se rellenaran los vacíos entre los brazos de esa media estrella y la ciudad definiera la forma de semicírculo sobre el altiplano al pie de los cerros.

En la década de 1930 se produjo una importante articulación en ese proceso y en la forma como los ciudadanos ven y asumen su ciudad; con los gobiernos liberales que se iniciaron en esos años, se consolidó el modo de hacer ciudad. Para ese fin fue fundamental el Departamento de Urbanismo, dependiente de la Secretaría de Obras públicas Municipales, creado a fines de la década anterior. En 1934 se nombró director al arquitecto austriaco Karl Brunner, quien inició un reordenamiento de la ciudad y logró que las nuevas urbanizaciones definieran su trazado en concordancia con lo ya construido. El concepto de crecimiento como ensanche de lo



Figura 11. Entre 1930 y 1947 los crecimientos aislados y dispersos de Bogotá se integraron en una mancha urbana continua

Fuente: Bogotá, estructura y principales servicios públicos. Cámara de Comercio de Bogotá. (1978). p. 216.

existente —es decir, como *prolongaciones*— fue el principal aporte de Brunner para el pensamiento urbano posterior, en una ciudad que así pudo superar la idea de crecimiento por propagaciones arbitrarias por medio de urbanizaciones aisladas y desarticuladas del tejido existente (figura 11).

A fines de esa década, la Segunda Guerra Mundial privó a Colombia de muchos productos importados para la construcción y fomentó la industria nacional. El zinc y el metal galvanizado se convirtieron en materiales estratégicos que ya no se podían utilizar en la fabricación de las láminas que el país importaba para techos. En 1943 se inauguró la primera planta de la firma suiza Eternit, que suplió esa carencia a partir de los excedentes en la producción de cemento nacional y del encuentro, en Chile, del ingeniero colombiano Hernando Gómez Tanco con la tecnología del fibrocemento de esta firma.

En los años cuarenta, las intervenciones del Estado en materia de vivienda masiva se canalizaron por medio del Instituto de Crédito Territorial para los sectores populares en la periferia, y del Banco Central Hipotecario para los grupos medios de la sociedad urbana. Por medio de estas intervenciones del Estado, se creó un paisaje continuo, de techos casi planos y unificados en el gris del fibrocemento. Estas transformaciones fueron asumidas por la comunidad como crecimiento de la ciudad, aunque este desarrollo no se identifica con la idea de “modernidad”, ya que esta, como representación, sigue referida a las construcciones simbolizantes en el centro. Por primera vez se conforma un imaginario basado en los conceptos de centro y periferia, a diferencia de la tradicional representación dicotómica basada en las identidades de ciudad y campo.

Sin embargo, fue en el medio rural donde el nuevo material produjo los mayores cambios en el imaginario de modernidad, al amparo de la publicidad y, en particular, de las emisiones de la radio comercial que llegaban de la ciudad. Los muros de adobe o ladrillos fueron remplazados por los bloques cerámicos, y las cubiertas de paja —o teja de barro, donde la economía así lo permitía—, por las de fibrocemento o de placa de concreto.

Con la producción nacional de tubería de presión para redes hidráulicas se afianzó el crecimiento de las ciudades colombianas; sin embargo, una vez más se cruzó la realidad político-social del país, que generó urgencias y obligó a desarrollar programas inéditos. El 9 de abril de 1948 se partió en dos la historia de Bogotá: el lento y constante crecimiento de la ciudad a partir de su centro se interrumpió repentinamente; la violencia de los sucesos de ese día destruyó no solamente la historia, sino que acabó, también, con un modo de vida, un pensamiento y una concepción y uso del espacio urbano. Mientras tanto, en el campo se acentuó la violencia partidista, que produjo desplazamientos masivos a las ciudades.

Esos migrantes del campo conformaron nuevos barrios: así se desarrollaron San Cristóbal, el Veinte de Julio, el Olaya, el Quiroga, Santa Isabel y otros sectores hacia el sur y el occidente, algunos originados en invasiones, otros asentados en nuevas urbanizaciones. La pequeña y tradicional capital, fundada en un recodo del altiplano, entre los ríos San Francisco y San Cristóbal, después de cuatro siglos encontró su vocación de metrópoli; pero, junto con los cambios de tamaño y forma, comenzaron las transformaciones en el modo de vida en esa ciudad, que cada diez años duplicaba su población (Pérgolis, 2005).

En los años de la segunda posguerra se produjeron cambios notables en Colombia. A finales de la década de 1940 sucedió una actualización histórica sin igual, que exaltó el proceso de urbanización; sin embargo, no hay que olvidar que las intervenciones más importantes para el logro de la modernización del país siempre han estado referidas al medio rural: vías de comunicación que integraron el



territorio, organismos para la financiación del agro (Caja Agraria, Banco Cafetero, etc.) y la posterior configuración de los distritos de riego que estructuraron regiones comerciales e introdujeron nuevas tecnologías. Así, la modernización del campo y el crecimiento de la población urbana por la migración campesina convirtieron a la Colombia rural en el llamado “país de ciudades”, donde la industria hizo presencia por medio de la sustitución de importaciones⁶.

Junto con la necesidad de reconstrucción de Bogotá, posterior al 9 de abril, se reconoció y exaltó el valor del suelo; el centro creció en altura y el concreto fue el material rector de la nueva ciudad, de sus intereses económicos y de sus imaginarios de modernidad; pero aquellos sectores sociales que abandonaron el viejo —y arrasado— centro fueron a vivir en los nuevos barrios de la ciudad: El Lago, El Chicó y otros similares.

También motivados por el valor de la tierra, los centros de otras ciudades colombianas crecieron en altura y se especializaron en comercio y funciones financieras. Los vecinos de estos sectores se dispersaron para buscar la tradición que representaba en el imaginario la casa individual rodeada de jardín, en sectores residenciales; ya no la gran casa de patio y solar en el centro. Así se conformaron los barrios más allá de El Prado, en Barranquilla; los de Cali, en su crecimiento al sur o los de Medellín, más allá de Laureles.

En todos los casos, se tuvo como modelo el paisaje de las urbanizaciones en Estados Unidos y el lenguaje de sus construcciones. La casa baja y extendida, con grandes planos vidriados, tan desarrollada en aquel país por el arquitecto Richard Neutra, fue el modelo que nutrió los nuevos barrios de los estratos medios y altos en Bogotá; ello cambió el imaginario de confort y estatus social de la casa “inglesa” de la década anterior. Pero en forma simultánea con estos nuevos desarrollos basados en viviendas individuales se presentaron grandes proyectos urbano-arquitectónicos, con el objetivo de aumentar las densidades en forma puntual.

⁶ “Ciudad Colombiana” (1986) Exposición itinerante Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes.

La Bogotá de los años cincuenta era un magnífico campo de aplicación de todo lo nuevo que traían las teorías de la ciudad: la Carta de Atenas, el urbanismo moderno, la experiencia de reconstrucción europea y la expansión de los Estados Unidos, con sus nuevos barrios en extensas y dispersas periferias⁷; también, la presencia —ahora cercana— de los maestros europeos emigrados a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial⁸. Todo hacía dudar del sobrio ideal de modernidad cachaca, representada en la remodelación, que en 1926 hizo Alberto Manrique Martín a la Plaza de Bolívar: una visión más neoclásica que moderna de la ciudad, la que día a día se alejaba de la imagen traqueteante de los tranvías, los vestidos oscuros y el *beige* pálido de las gabardinas.

En 1948 llegó Le Corbusier a Bogotá, y con él, su propuesta urbanística de 1951 basada en los conceptos del urbanismo moderno, la zonificación y las cuatro funciones señaladas en la Carta de Atenas de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM). Reviste un particular interés observar la propuesta de Le Corbusier para el centro de Bogotá, eje de los significados y representaciones que la comunidad tiene de la ciudad, a la vez que depositario de sus sentimientos de identidad. Esta propuesta, basada en la demolición del espacio tradicional, se fundamenta en la construcción de bloques de vivienda en medio del verde, y un centro administrativo, a partir del Capitolio Nacional, con grandes edificios en altura en torno a una gran plaza cívica, desarrollada en un gran plano duro como ampliación de la Plaza de Bolívar.

Silvia Arango (1989) se refiere a los grandes proyectos urbano-arquitectónicos y compara el proyecto para la Universidad Industrial de Santander⁹ (1945-1948) con el realizado años antes para la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá; así, señala la diferencia de concepción entre ambos, aunque los dos responden a la idea de “campus”: en el proyecto bogotano, el espacio libre entre los edificios es resultado del diseño en

7 Esa ciudad homogénea, de casas iguales y vidas parecidas, criticada por Jacobs.

8 Los maestros de la Bauhaus en Estados Unidos: Gropius y Mies van der Rohe.

9 Proyecto de Jorge Gaitán Cortés, Álvaro Ortega y Gabriel Solano.

sí mismo y en relación con lo construido; en el proyecto para la UIS, el espacio libre, en cambio, es el resultado aleatorio de la distribución compositiva de los edificios.

Esto evidencia la transformación en el proceso de diseño que se produjo en la década de los cuarenta, en la que se pasó del diseño como resultado de intenciones y determinantes, a la actitud “compositiva” que se concretaba en la distribución equilibrada de los volúmenes. Esta última intención muestra una gran cercanía con la frase de Le Corbusier que define la arquitectura como “el juego sabio y correcto de los volúmenes bajo la luz” (Le Corbusier, 1978).

El nuevo planteamiento urbanístico se expresó, en la morfología de la ciudad, en las llamadas *supermanzanas*, de dimensiones mucho mayores que las manzanas tradicionales. Dentro de estas, según precisas composiciones geométricas, se ubicaron las nuevas tipologías de la arquitectura: los *bloques sueltos* o edificios exentos, solos o en grupos, que integraron sectores especializados de vivienda u otra actividad.

Este lenguaje urbano, basado en la dispersión, responde a una intención compositiva a partir de elementos sueltos, a diferencia de la continuidad de la ciudad tradicional que era resultado del diseño del espacio. De esta manera, estos mensajes abstractos que la nueva ciudad expresa por medio de códigos geométricos cambiaron las concepciones espaciales concretas y los códigos orgánicos de la ciudad continua.

En este caso, vale la pena señalar la importancia de la palabra “orgánico” en la conformación del imaginario de ciudad, entendido desde las teorías de la comunicación, ya que limitar el mensaje de la arquitectura a sus formas y no dar cabida a la proyección de los significados del observador sobre esas formas crea un código cerrado. Este tipo de códigos conduce a la abstracción de la arquitectura del *movimiento moderno*, cuyas formas expresan simplemente “modernidad”, aun por encima de los destinos funcionales o tipológicos de cada obra. Esto queda claramente explicado con la referencia que Piaget hace en su *Epistemología del espacio* (1971), cuando observa que en un código de tipo geométrico (cerrado en sí mismo), los significantes son coincidentes con los significados y el mensaje se limita a lo que denota la forma.

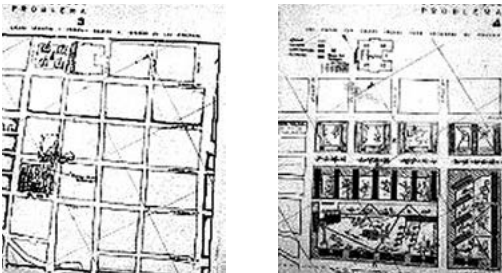
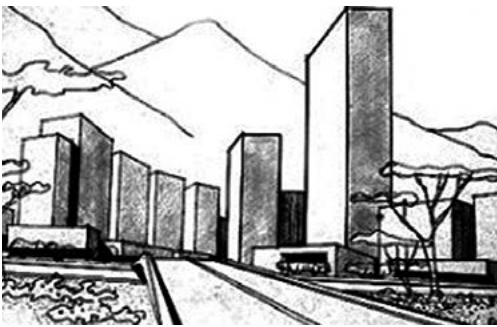


Figura 12. Proyectos de grado, Universidad Nacional

Fuente: Revista Proa N° 3. (1946).

Es notable el cambio que esta actitud produce en el imaginario de ciudad en esos años: de pronto, las representaciones tradicionales del espacio urbano son remplazadas por el nuevo y abstracto imaginario de “modernidad”; la ciudad discontinua, los grandes planos verdes y los bloques sueltos cuidadosamente apoyados sobre ese plano expresan “la ciudad moderna”, representación que idealiza no solamente los espacios de la ciudad, sino, también, la identidad y al deseo de sus habitantes. No solamente se produce ese reconocimiento del urbanismo moderno en los ciudadanos comunes; también en los medios culturales y académicos se destacan las virtudes higienistas de estas propuestas y se atacan los planes anteriores (se los identifica como apogeo del desorden y el desatino), y la crítica se ensaña, en particular, con las intervenciones de Karl Brunner.

En la introducción al artículo “Bogotá puede ser una ciudad moderna”, en la revista *Proa* (1946), de los arquitectos Luz Amorocho, Enrique García, José J. Angulo y Carlos Martínez podemos leer: “[...] Urbanismo es economía, es alegría, es vivir con anhelos, es luz y es higiene, pero en Bogotá el Manual del perfecto urbanista ha hecho estragos [...]”. En ese escrito, los autores sintetizan el “planteo del problema” en un dibujo que muestra el sector del centro donde está ubicada la vieja plaza de mercado y la acompañan de la frase: “calles angostas y terrenos baldíos al interior de las manzanas”. La solución al problema aparece dibujada en una planta de manzanas con bloques de edificios paralelos, que recuerda los dibujos de Hilberseimer y la frase: “una ciudad con calles anchas tiene asegurado su porvenir”; luego, una perspectiva —que recuerda aún más los dibujos de Hilberseimer— se completa con la frase “Edificios para vivir colectivamente con alegría, con higiene y con optimismo”. A continuación de este artículo, una *dama parisienne* que firma como *La Plaideuse* expresa su opinión sobre los mercados bogotanos y contrasta su falta de orden e higiene con los mercados europeos; la autora termina con una exhortación a las amas de casa a “iniciar una revolución” en favor de estas pautas de orden e higiene, que concuerdan con el espíritu de la revista *Proa* de esos años, enmarcada en la arquitectura y el urbanismo modernos, y en la confianza que estos generaban hacia un futuro mejor, con alegría y optimismo.

El origen de este proceso de abstracción del código de la arquitectura en función de un único significado (el de modernidad) se encuentra en dos postulados de la psicología fenomenológica de la percepción, propuestos por la escuela de Graz en los primeros años de nuestro siglo: uno, referido a la organización autónoma de las percepciones y a su capacidad para constituir en forma independiente —cada una de ellas— una estructura formal isomórfica; el otro, en relación con los estudios sobre la significación como resultado de procesos de descomposición del todo en partes, tema desarrollado ampliamente por la Gestalt y base de las propuestas de los artistas plásticos del cubismo, el elementalismo y otras vanguardias, cuyas imágenes aportaron también a la representación de la modernidad en el imaginario urbano.

Entre los ejemplos más representativos de ese ideal de modernidad en Bogotá está el Centro Antonio Nariño¹⁰, inaugurado en 1952, un conjunto de 960 apartamentos en 23 edificios, promovido y emprendido por Jorge Leyva, ministro de Obras Públicas del gobierno de Laureano Gómez. Sin embargo, llama la atención que este tipo de soluciones que tuvieron buena aceptación por parte de los usuarios no haya proliferado, aunque generaron algunas polémicas por lo novedoso que significaba vivir en este tipo de conjuntos con apartamentos en altura. Silvia Arango observa que el motivo por el cual no se realizaron más propuestas de este tipo no fue por la falta de aceptación de los usuarios, sino por los bajos precios del suelo urbano más allá del centro, que no justificaba la inversión que requería la construcción de edificios en altura (Arango, 1989).

Estas nuevas intervenciones habitacionales en la ciudad se acompañan de otra actitud, también herencia del urbanismo moderno y expresión viva de las propuestas de la Carta de Atenas, el citado texto de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), liderados por la figura de Le Corbusier: la zonificación o especialización funcional de los diferentes sectores de la ciudad, que fue la esencia de los planes urbanos o planes reguladores, que sin duda trajeron orden e higiene

¹⁰ El Centro Antonio Nariño fue proyectado por los arquitectos Rafael Esguerra, Enrique García Merlano, Daniel Suárez, Juan Meléndez y Néstor Gutiérrez.

al espacio urbano, pero que actuaron en detrimento de la variedad, característica esencial del paisaje y la vida en la ciudad.

La revista *Anales de la Ingeniería* no fue un vocero publicitario del urbanismo moderno, como lo fue *Proa*; sin embargo, mirar la imagen y los mensajes desde esta revista a la ciudad inédita que se construía en la década de los años cincuenta nos muestra rasgos del nuevo modo de vida en las ciudades. En 1956, la publicidad comercial en *Anales de la Ingeniería* estaba dirigida al propietario individual, y el marco del mensaje era la arquitectura: “No gaste usted más y obtenga una verdadera economía”¹¹; pero apenas dos años más tarde, en 1958¹², el mensaje estaba dirigido a la construcción masiva, a los planes del Banco Central Hipotecario y del Instituto de Crédito Territorial, que aseguraban al Estado como comprador de los productos de construcción. Este es un claro indicador de que en Colombia comenzaba a perderse la arquitectura del cliente individual en favor de las construcciones colectivas. Con este énfasis en las construcciones masivas terminó la década de 1950.

El mundo cambió en los años sesenta. La Segunda Guerra Mundial era un recuerdo cada día más lejano, opacado por el Technicolor en las grandes pantallas del Cinemascope, o por el borroso blanco y negro del profundo cine europeo. Colombia accedió a la regularidad de los años del Frente Nacional, y con la calma, en Bogotá brilló la vida entre el Cream de la 63 y el Cream-Helado de la 32. Cartagena confirmó la vocación turística de la avenida San Martín, en Bocagrande, y el estatus residencial de Castillo Grande. En Barranquilla, más allá de El Prado, se oían, tímidos y dispersos, los primeros acordeones que anticipaban la euforia que en años venideros despertarían los cantos vallenatos.

La arquitectura de clientes individuales produjo sus últimos —pero igualmente excelentes— ejemplos en el Chicó y el Country, en Bogotá, y en otros sectores igualmente puntuales de otras ciudades colombianas. Las grandes obras cambiaron la imagen de

11 Publicidad de tubos Eternit en *Anales de Ingeniería*, Bogotá. 1956.

12 Publicidad de tubos Eternit en *Anales de Ingeniería*, Bogotá. 1958.





Figura 13. Torres Blancas. “La calle más triste, desolada y peligrosa del sector”, según observa Carlos Eduardo Hernández Rodríguez en “Leyendo a Jane Jacobs: escuchando al centro de la ciudad”

Fuente: Foto de Juan Carlos Pérgolis. (2016).

la capital: con el Centro Internacional, iniciado con la construcción del Hotel Tequendama y relacionado con el nuevo aeropuerto Eldorado a través de la calle 26, ahora convertida en avenida Eldorado; se hacían paseos domingueros *al norte* por la nueva *autopista* o se bajaba al calor ardiente de Melgar. De pronto el mundo se extendió más allá de las estribaciones de la Sabana, y la *tierra caliente* se volvió cercana en el sentir cotidiano y en el destino de los paseos, ahora independientes de las lentas travesías en tren.

“En este veraneo mejore su finca de recreo”, dice la publicidad de Eternit en *El Espectador* del 16 de enero de 1961, en la que muestra a una pareja urbana feliz realizando labores “de finca”. El campo de los campesinos comenzaba a ser el campo de los ciudadanos. Por su parte, la pauta publicitaria de Renault muestra su pequeño automóvil Dauphine: el exclusivo mundo de los grandes automóviles norteamericanos cedía ante los pequeños coches europeos para las ahora cada vez más pequeñas familias colombianas.

La Colombia de los años sesenta se ve lejana —y muy diferente— de aquella de los primeros años de la década de 1940, porque el mayor cambio estaba en la representación del territorio nacional; si en los años cuarenta había dificultades para asumir la integración de un territorio rural con asentamientos urbanos dispersos, veinte años después nadie dudaba del país de ciudades integrado por incontables flujos económicos y culturales. Por último, la televisión extendió su red, cubrió el territorio nacional y la cultura encontró un horizonte común, mediado por pautas locales, pero unificado en los gustos, los personajes, los dichos y la moda que las temblorosas imágenes en blanco y negro desparramaban por el país, cuando toda Colombia canturreaba las ingenuas baladas del *Club del Clan*, se agitaba con el rítmico bamboleo del *twist* o se emocionaba con los avatares de la familia en *Yo y tú*.

En el artículo “Leyendo a Jane Jacobs” (2013), el arquitecto Carlos Eduardo Hernández realiza un ejercicio sobre Las Torres Blancas, un conjunto conformado por tres torres altas de apartamentos montadas sobre una plataforma, construido

en 1970 dentro del plan de densificación del centro. El autor señala esta obra como partícipe de la destrucción de la diversidad propia del centro y la configuración de calles desapacibles, insulsas e inseguras, curiosamente en una de las manzanas de mayor densidad de habitantes en el sector. Ante esta evidencia, vale la pena preguntarse: ¿qué visión de ciudad tuvieron los arquitectos de esa obra? y ¿qué enseñanzas dejaron sobre ellos las pautas del urbanismo moderno referidas a la especialización funcional de la ciudad?

Ante las imágenes del sector, en las que vemos el muro ciego que ofrece la obra a la ciudad entendemos el motivo por el que no aparecieron comercios de servicios (tiendas, bares, misceláneas, etc.) ante el gran número de clientes que aportarían Las Torres, y entendemos también por qué no se generó un proceso de renovación urbana en los alrededores de la obra, que, por el contrario, acentuaron su deterioro.

Sin embargo, contemporáneas a esta obra y también con la intención de aumentar la densidad de habitantes en el sector, se cuentan las construcciones de la avenida 19, también en el centro de la ciudad, que en su momento hicieron de esta calle un magnífico eje multifuncional que convirtió en un núcleo el más exclusivo comercio del centro, junto con viviendas y oficinas. También de estos años es la conformación del Centro Internacional, el espacio multifuncional más atractivo de la ciudad durante muchos años.

Transcurrían los años setenta, y a pesar de estas intervenciones, ya se advertían signos del deterioro; no era difícil advertir que en poco tiempo, el centro, el corazón de la ciudad, dejaría de serlo. En Bogotá, como en todas las ciudades latinoamericanas, el centro fue el gran emisor y receptor de los flujos culturales, afectivos y económicos que conforman la vida urbana, una herencia de la fundación española y de los primeros habitantes que acuñaron la frase “vivir en el marco de la plaza”, es decir: vivir en el marco del *centro del centro*: el entorno de la plaza fundacional.

El posterior crecimiento de las ciudades convirtió a los centros en el vértice de un sistema radial que se extendía sobre las vías que conectan con el entorno rural.



Cada crecimiento, como un nuevo anillo alrededor del centro, llevó más lejos la periferia, los arrabales.

En los primeros años de la década de los setenta, en las ciudades colombianas aún existía ese sentimiento de arraigo al lugar y al tiempo. Así lo sintieron las empresas comerciales, que construyeron sus edificios como hitos en el paisaje urbano, desde los primeros ejemplos a finales de los años sesenta: Avianca, Coltejer e innumerables compañías de seguros, instituciones financieras, entre otros. Sin duda, el inicio de la década de los setenta fue un momento en que Colombia —y los colombianos— tenían muy claro qué señales dejarían en sus ciudades para las generaciones futuras, así como las generaciones anteriores dejaron los grandes edificios institucionales o los parques urbanos.

Conforme avanza la década, y al amparo de las financiaciones que permite el nuevo sistema de unidad de poder adquisitivo constante (UPAC), el sentido de ciudadanía se afianza en la vivienda; las ciudades crecen nuevamente, ahora en el marco de las periferias “del UPAC”, y las señales que dejó esta generación son huellas individuales, atomizadas en cientos —o miles— de pequeños edificios y “conjuntos” a donde van a vivir los individuos, o en el mejor de los casos, las familias; pero la comunidad como tal, como un todo social, queda huérfana de sus espacios, de sus monumentos o señales colectivas en el paisaje urbano. Se pudo concluir esta observación con una frase del teórico italiano Marco Romano: “Jamás la sociedad dispuso de tantas posibilidades para construir viviendas y nunca los miembros de esa sociedad tuvieron tantas facilidades para acceder a la casa propia, pero al mismo tiempo, nunca la sociedad tuvo menos ciudad” (1987); si por *ciudad* entendemos el ámbito público donde se encuentra la comunidad. Finalmente, hay que observar que el texto de Romano deja ver una luz de esperanza en el futuro de la ciudad; es la misma luz que, en el discurso teórico de los años ochenta, iluminó a Bogotá y a otras ciudades colombianas: “Pero vendrán los hijos y los hijos de los hijos, los tiempos de la ciudad no son los de los individuos, sino los de las generaciones”, concluye el teórico italiano.

A inicios de los años sesenta, la firma Currea, Aya y Uribe Holguín comenzó a desarrollar las urbanizaciones Santa Margarita, para estrato alto, en la autopista Norte con la calle 100; Santa Matilde, para estratos medios, y La Bonanza, con dos mil lotes, para sectores medio y medio-bajo. Otras firmas constructoras también iniciaron proyectos masivos. La ciudad comenzó a crecer por medio de grandes urbanizaciones o “conjuntos”; sectores de vivienda basados en la repetición de unos pocos “modelos” de casas que mostraban una nueva imagen de ciudad, ya no los paramentos continuos de la ciudad tradicional y diversa, sino la repetición de casas; ya no la mezcla de funciones que definía la variedad como principal atributo urbano, sino la monotonía de la especialización funcional. La habilidad de las campañas publicitarias logró introducir estas pautas en el gusto ciudadano, al crear un nuevo imaginario de inseguridad y peligro que inducía al deseo de encierro y exclusividad; la ciudad no solamente se especializa por medio de sus actividades, sino que, también, se vuelve excluyente y enfatiza —desde el temor al “otro”— el concepto de *diferencia*.

El urbanismo de la dispersión territorial no era nuevo en Bogotá, se había experimentado en los años treinta, hasta el reordenamiento propuesto por Karl Brunner, el cual logró que las nuevas urbanizaciones definieran su trazado en concordancia con lo ya construido, para darle continuidad a la ciudad. Ahora Bogotá atendía a un nuevo discurso teórico: la idea de *ciudades dentro de la ciudad*, que se le atribuye al economista canadiense Lauchlin Currie, asesor en varias oportunidades del Gobierno nacional y la Alcaldía de Bogotá, y quien enfatizó en la descentralización de actividades y la densificación. La propuesta de Currie se encaminaba a desarrollar áreas autosuficientes dentro de una ciudad; así, se crearían enclaves habitacionales con servicios, factores que reorganizarían las relaciones entre los sectores de la ciudad y el centro, intención que cambió sustancialmente el patrón de habitación y transformó la construcción de viviendas unifamiliares en desarrollos multifamiliares de alta densidad, a la vez que se producía un nuevo golpe a la supervivencia del centro como corazón —físico y *significacional*— de la ciudad, y como imaginario de identidad en las representaciones de los habitantes.



Los años setenta fueron un periodo de calma en el devenir de Colombia, particularmente en Bogotá, donde a diario la vida de la ciudad ofrecía alternativas nuevas e inducía a los habitantes a otras formas de participación y relación con la ciudad. La alcaldía de Virgilio Barco confirmaba, con nuevos proyectos, la vocación de metrópoli de la ciudad, y las corporaciones de ahorro y vivienda del sistema UPAC, creado en 1972, facilitaban la construcción de nuevas viviendas en pequeños edificios, factor que se acentuó con la aparición de las compañías de financiamiento comercial, en 1979.

Todo esto significó grandes cambios en la ciudad: el primero, en relación con la forma urbana, que extendía su superficie en nuevos barrios habitacionales, a la vez que consolidaba los existentes con una mayor densidad, resultado de la incorporación de edificios de apartamentos en sectores de casas de uno o dos pisos y la citada construcción de grandes urbanizaciones. El segundo gran cambio apareció en la modalidad de la construcción: tradicionalmente, la ciudad se construyó casa a casa en los estratos medio y alto, por medio de la obra de arquitectos, y en los sectores de menores recursos, mediante urbanizaciones o planes que proponían *lotes con servicios*. La experiencia en la construcción de viviendas en serie para los sectores de menores ingresos, y la idea de “ciudades dentro de la ciudad”, definieron un nuevo modo de intervención urbana y arquitectónica.

Pero también crearon nuevos modos de contacto entre los habitantes, nuevas relaciones de vecindad que trascendían el espacio arquitectónico del edificio tradicional de apartamentos e insinuaban una vecindad “casi urbana” en el espacio privado, el cual reproducía plazuelas, calles y parques en la escala propia del conjunto, como parodias de la ciudad en el espacio privado; obviamente, sin la multiplicidad, la variedad y la convivencia social, que son los rasgos inherentes a “lo público”.

La misma transformación se produjo en la concepción de la actividad comercial. Las ideas de zonificación y especialización heredadas de la Carta de Atenas y las imágenes

de los centros comerciales especializados, periféricos a la ciudad y rodeados de estacionamientos —los *malls* norteamericanos— coincidieron en el gusto bogotano, al amparo de los temores urbanos reales e inducidos. “Unicentro cuida de sus hijos en su guardería infantil”, decía una publicidad; “Unicentro cuida de su carro en parqueaderos para 2.000 vehículos”, señalaba otra; “Cuida de usted con circuito cerrado de televisión y guardias especializados”; “Cuida de su bienestar con avenidas cubiertas, que lo protegen de las inclemencias del clima”, anunciaban otras.

En abril de 1976 se inauguró Unicentro, el primer centro comercial con el concepto de *mall* en la ciudad. Pero lo que vieron los asombrados bogotanos esa noche de abril de 1976 superó todas las expectativas, porque estaban presenciando una nueva forma de vida urbana, y al igual que en marzo de 1918, cuando se inauguró el Pasaje Comercial Hernández en el centro de Bogotá y la revista *Cromos* señaló: “Un ejemplo de la nueva estética del confort, de la higiene y del goce de vivir en la ciudad”, se repitió la historia y aquella frase de *Cromos* volvió a tener vigencia. Esta vez en una obra que por sus características no enfatizaba la “vida urbana”, sino que creaba otra vida con rasgos urbanos, en un espacio privado, que al igual que los conjuntos cerrados, también repetía el esquema de calles (aquí, corredores o pasillos) y plazas (aquí, plazoletas o patios). La desaparición del centro, el espacio público por excelencia, se acompañó con la transformación de lo público en privado.

Nunca se supo si Bogotá era insegura o se sentía insegura, quizá nunca fue más insegura que cualquier otra gran capital, pero en el imaginario de los ciudadanos el centro comercial satisfizo un deseo de protección, hábilmente inducido —además— por la publicidad. Por último, la fascinación por el consumo que se había iniciado tímidamente a principios del siglo XX, con los comercios de ultramarinos en el andén del edificio Liévano, frente a la Plaza de Bolívar, y que se prolongó en el pasaje Hernández en 1918, encontró una nueva alternativa en la exposición simultánea de todos los objetos soñados —como señala Buck-Morss (1995) en *Diálectica de la mirada*, en relación con los pasajes de París que observó Walter Benjamin—.



Tanto las ideas del economista Currie como los proyectos de las empresas urbanizadoras crearon una nueva forma de ciudad en la que el centro perdió su significado. ¿Qué pasa, entonces, cuando ese centro se rompe y estalla en numerosos puntos sobre los que actúan infinidad de redes, y cuando la cultura, los afectos y la economía de la ciudad se desplazan a una cantidad de nodos dispersos en un territorio sin límites? Se perdió el punto central donde la Conquista apoyó el compás y luego la Colonia trazó un arco imaginario para organizar el territorio —como lo hizo en toda América para poblar y gobernar—. Pero, más allá de perder un lugar, la comunidad perdió una identidad.

Sesenta años después nos preguntamos si fue la reacción al pánico que produjo la violencia de aquel 9 de abril de 1948 el motivo que alejó del centro a la burguesía tradicional, o si fue el entusiasmo por la arquitectura de los nuevos barrios, que proponía un modo de vida distinto para una sociedad que siempre ansió la modernidad y en ese momento podía concretar en su vida diaria las imágenes de confort que mostraban las revistas extranjeras, en particular las publicidades de *Life* y *Selecciones*, del *Reader's Digest*. Quizá ocurrió sin que nadie reparara en ello, hasta que un día la nueva ciudad sin centro asombró a los desprevenidos bogotanos.

Desde la visión del pensamiento moderno se trató de explicar la existencia de la ciudad por medio de la dicotomía territorial *ciudad-campo*, que presentó como antagónicos los medios urbano y rural: uno consumidor, el otro productor; uno progresista, el otro tradicional. Consecuente con esa dicotomía, apareció otra: *centro-periferia*, que mostró la estructura interna de la ciudad y su crecimiento como el juego de dos sistemas de ondas expansivas sobre el territorio antagónico, uno centrífugo, que irradia las pautas urbanas hacia el medio rural, y otro centrípeto, que atrae el entorno hacia la ciudad, específicamente, *hacia el centro de la ciudad*, expresado por la imagen histórica de la *Plaza Mayor*, el centro de todos los poderes.

En la dicotomía ciudad-campo, la *periferia* fue el deslinde, el lugar en el que los llegados del campo se *arriman* a la ciudad y los desplazados de la ciudad se mantienen

cercanos a ella, pero no *en ella*: arrabal, deslinde, borde, periferia, distintos nombres en cada rincón de América Latina. Porque en el modelo dicotómico, la ciudad se entendió simplemente como su centro; es decir, la plaza, el lugar de la fundación y la sede de los poderes, allí donde *vivir en el marco de la plaza* connotaba el prestigio de estar cerca del poder, de participar de él.

Centro y periferia, dos palabras que, en Bogotá, significaron mucho más que dos calidades de espacio urbano: el centro era “la ciudad”, la misma que aún hoy encierra el significado de destino de la migración rural, el lugar de las oportunidades, del cambio de vida y del “futuro”; así, en Colombia, la capital, Bogotá, es el último nombre, el destino final en el peregrinar de los desplazados que recorren el territorio nacional desde sus lugares en el campo a través de una secuencia de asentamientos, pueblos y ciudades, hasta la capital. Aunque deberíamos decir, hasta la periferia de la capital, donde son recibidos por otros migrantes que los antecedieron; donde pueden mantener algunas pautas de la vida rural, y donde el territorio pierde el nombre de Bogotá y se le reconoce sencillamente por el del sector de la periferia donde cada uno habita¹³.

Así creció Bogotá y así crecieron muchas ciudades colombianas en los años cincuenta, cuando la violencia los arrancó de sus campos o de sus pequeños poblados, donde la vida mantenía costumbres campesinas.

Una mirada histórica a este modelo nos remite a la ciudad medieval amurallada, con los referentes significacionales y culturales de una vida *intramuros* y otra marginal, *extramuros*, algo que la Conquista y la Colonia trajeron a América. No en vano, en el texto de fundación de ciudades de las Leyes de Indias se indicaban las manzanas que rodeaban la plaza fundacional como el lugar para la vivienda de los notables de

¹³ Entre las comunidades que habitan los sectores periféricos en los cerros de Bogotá, desde donde la ciudad se ve como un tejido continuo, erizado de edificios, se utiliza la expresión “bajar a Bogotá”, como si el lugar en el que se encuentran no fuera parte de la misma ciudad.

la Conquista, y progresivamente más alejados, los personajes de menor rango en la campaña, hasta donde alcanzaban las calles que llegaban “a puertas de la ciudad”¹⁴.

En las ciudades del sur del continente, en el Río de la Plata, la música, y en particular el tango, mostró la diferencia que existía entre los barrios, de costumbres pueblerinas, pero “virtuosas”, y el centro, rico y luminoso, aunque también territorio de “lujos y placeres costosos” que exigían denigrar la condición humana para satisfacerlos. En la tradición de Bogotá y de la mayoría de ciudades colombianas, la música no mostró la escisión entre centro y periferia; siempre mantuvo su raíz campesina, hasta los años recientes, cuando la llamada globalización desparramó por las periferias de las ciudades del mundo ritmos foráneos que les permitieron expresar su vida y sus identidades, y el discurso se adornó con nuevas palabras: *tribus urbanas*, esa expresión que nos remite a los textos de Michel Maffesoli (2004) de tanta aceptación en nuestro medio. En ese contexto, las palabras *parche*, *combo*, etc. que se difundieron en la última década del siglo pasado hoy son de uso corriente.

Sin embargo, lo que marcó la mayor diferencia entre el centro y los barrios fue el acceso a la información, a la moda. Tradicionalmente, el centro definía el gusto, las últimas tendencias, las palabras de moda que identificaban a los grupos, las costumbres, aquello que está bien y aquello que no lo está, según los arbitrarios parámetros de la aceptación social. Porque en el centro ocurría todo lo que tiene que ocurrir en la gran ciudad, los barrios lo imitaban, pero las modas llegaban a ellos cuando ya el centro las había descartado y creado otras nuevas en su afán de exclusividad. El barrio no podía ocultar su cercanía al deslinde de la ciudad y su arraigo rural: en él, la moda iba un paso atrás... Porque la moda y los consumos culturales viven a través de la información. Con el crecimiento de las ciudades y la especialización de los centros en comercio y oficinas (privadas y del Estado), las familias de

14 A su llegada a la Sabana de Bogotá, los conquistadores encontraron el centro de la vida indígena, el mercado, en el lugar donde hoy se encuentra el Parque de Santander, a unas pocas cuadras de la plaza fundacional. Para muchos de ellos, este era “el centro”, el lugar para vivir, y obligados tuvieron que ir a vivir al marco de la nueva plaza, que, para ellos, no tenía las connotaciones de “centro”.

mayor poder económico se mudaron a los nuevos sectores “exclusivos”. Bogotá se extendió hacia el norte, en una sucesión de barrios que ocupó la burguesía que abandonó el centro, mientras que hacia el sur y el occidente crecieron los barrios para los desplazados por la violencia de los años cincuenta. Esa ocupación de los barrios al norte de la ciudad por las clases burguesas tradicionales cambió la referencia a las modas, que ya no eran dictadas por el centro, sino por estos nuevos barrios, y la concurrencia de sus habitantes a uno u otro lugar de la ciudad los ponía de moda, los volvía “in”. Los parques de Lourdes y de los Híppies en el Chapinero de los años sesenta, la carrera 15 en los años setenta, los centros comerciales después de los años ochenta. Progresivamente, el gusto lo dictó una clase socioeconómica que tenía acceso a la información: la moda de Londres, la discoteca de Nueva York, un determinado paso de baile o ciertas palabras que definían la identidad de clase. El gusto ya no era patrimonio de un lugar —el centro— que lo diferenciaba del resto de la ciudad; el gusto y la exclusividad los señalaba el poder económico que permitía el acceso a la información, ese poder que ya no estaba en el centro. Después de más de cuatrocientos años, la frase “vivir en el marco de la plaza” perdió vigencia, dejó de tener sentido en la vida urbana.

Desde hace más de dos décadas, la moda, que es información, llega a todos simultáneamente. La televisión internacional, la Internet y las redes sociales difunden la información. Si en algún momento el territorio fue quien definió las exclusividades, hoy dejó de serlo. El gusto que señalaron primero el centro y después los sectores “exclusivos” ya no es excluyente, lo trae la televisión internacional, las repeticiones en los canales nacionales y la web.







La reacción a la ciudad moderna en los años ochenta: una década de reflexión

Hemos de constatar que la capacidad de recordar, por más imperfecta que sea, es la que hace que el ser humano sea ser humano.

Aleida Assmann

En los años ochenta, las revistas *Proa* y *Escala* eran una referencia imprescindible para la consulta arquitectónica; la primera mantenía la cercanía con el movimiento moderno que la acompañó desde su nacimiento, a finales de la década de los cuarenta. *Escala*, en cambio, era una revista más joven —se inició en 1962-1963— y más distante de la ortodoxia de la arquitectura moderna, que publicaba gran cantidad de proyectos nacionales e internacionales¹⁵ y mantenía al día a la comunidad de arquitectos y estudiantes colombianos.

Pero, junto con la publicación de proyectos, poco a poco aparecieron artículos sobre historia y teoría de la arquitectura que mostraban la reflexión internacional y la cada día más presente crítica nacional. En 1985, *Escala* publicó el texto de Léon Krier: “Krier sobre Speer”¹⁶, y luego “Un futuro para cuál pasado: la Stalinallee y el Hansaviertel”¹⁷, de Christian Borngreber.

¹⁵ El número 200 de *Escala* fue una edición especial que conmemoró los 40 años de la publicación. Allí, el arquitecto Germán Téllez, en el artículo “Un insólito quehacer”, narra la facilidad de copia que ofrecía la modalidad editorial de hojas sueltas de la revista y la famosa frase del vendedor “Mire qué cantidad de planos para fusilar”.

¹⁶ Revista *Escala* N° 123. Bogotá. 1985.

¹⁷ Revista *Escala* N° 124. Bogotá. 1985.

El texto de Krier, traducido para el seminario *El significado del orden clásico*¹⁸ que se dictaba en la Universidad Nacional en 1983, fue escrito originalmente en 1980 para el periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, en el que no fue aceptado; tampoco en el más liberal *Die Zeit*; finalmente se publicó en *Die Welt*.

Arquitectos y estudiantes de las universidades colombianas vieron con asombro cómo Krier rescataba las obras neoclásicas de Speer para el Tercer Reich y las contraponía a las nuevas construcciones —modernas— del entonces Berlín Occidental, y señalaba también que el afán de los Aliados por suprimir cualquier símbolo que connotara nazismo los llevó a destruir la poca arquitectura de Speer que sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, como si en las columnas o en los capiteles habitara el germen del nazismo, al mismo tiempo que sin prejuicios rescataban para su beneficio las fábricas de elementos bélicos con los que los nazis asolaron a Europa, y se llevaron a los científicos que, bajo órdenes del Tercer Reich, diseñaron las armas mortíferas.

Finalmente, Krier terminó el artículo con la frase “La arquitectura no es política, es tan solo un instrumento de ella”. Pero la lectura del artículo fue más allá; dio un nuevo valor a la palabra “clásico”, que trajo a primer plano de la discusión sus principios de solidez, permanencia, confort y belleza, asociados entre sí, pero alejados de los principios de la arquitectura moderna.

También el artículo de Borngräber, en el siguiente número de *Escala*, traducido de la revista italiana *Casabella*¹⁹, se refería a la arquitectura en Berlín; ya no a las obras de Speer para el Tercer Reich, sino a una confrontación entre dos obras de los años cincuenta: la avenida Stalin (Stalinallee), antigua avenida Frankfurt hoy avenida Karl Marx (Karl-Marx Allee), en Berlín Oriental, y los edificios modernos del sector Hansaviertel

¹⁸ El seminario *El significado del orden clásico* lo dictó Juan Carlos Pérgolis, entre 1983 y 1986, en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, para alumnos de las carreras de Arquitectura y Bellas Artes.

¹⁹ El artículo se publicó en los números 474 y 475 de la revista *Casabella*, de noviembre y diciembre de 1985.

promocionados en la exposición de arquitectura Interbau de 1957. Al igual que en el artículo de Léon Krier, aquí también se hablaba de desprecio por la herencia cultural y se objetaban los postulados de la Carta de Atenas y los CIAM. Pero lo que más asombraba a los lectores —arquitectos y estudiantes— es que, más allá del término *funcionalidad*, base de la arquitectura y el urbanismo modernos, se hablara de *belleza*.

Los edificios de la Stalinallee, realizados por autoconstrucción, con sus fachadas ornamentadas y sus referencias al lenguaje clásico, se presentaban como la contraparte a la falta de identidad de las obras de la arquitectura moderna, que a su vez criticaba los edificios de la Stalinallee “como de repostería”. Así lo podemos leer, incluso en García Márquez, en *De viaje por los países socialistas* (1978).

Pero lo que más asombraba en el artículo de Borngräver era ver que el proyecto urbano no estaba referido a la circulación, a la zonificación o a alguna de las funciones urbanas, sino a un esquema de inserción en la ciudad: una estructura tensional que amarraba, a lo largo de una amplia avenida paramentada por edificios de 7 a 9 pisos, dos puntos significativos de la ciudad: la Straussbergerplatz y Frankfurter Tor, referencias históricas enfatizadas por el diseño de la arquitectura de Hermann Henselmann y Richard Paulick en la dirección del equipo. En palabras de Henselmann “La torre, reconocida por el pueblo alemán como expresión de durabilidad y energía, y la puerta como símbolo del inicio de todo lo nuevo”²⁰.

²⁰ Revista *Umbra* 90 N.º 8 (1991). Bogotá.



Figura 14. Albert Speer: Plan para Berlín. La ciudad tradicional expresada a una insólita escala monumental

Fuente: Bundesarchiv, Bild 146III-373 / CC-BY-SA 3.0 [CC BY-SA 3.0 de (<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/de/deed.en>)], Wikimedia Commons.



Figura 15. Estampillas postales de ambas Alemanias, con imágenes de Berlín, 1957. La primera corresponde a la República Democrática de Alemania y deja ver una perspectiva de la Stalinallee detrás del círculo con Carlos Marx. Las otras dos conmemoran la exposición de arquitectura Interbau y muestran el edificio de los congresos y el barrio Hansa

Fuente: Revista *Escala* N.º 124. (Año 17).

Significativamente, la Karl-Marx Allee (ex Stalinallee), después de la reunificación, fue uno de los sitios de mayor reconocimiento y valorización de Berlín, algo que no se intuía en 1985, en el artículo de Borngräber y en las facultades de arquitectura de Colombia se señalaba la importancia de rescatar las estructuras urbanas continuas que acompañaban y guiaban los recorridos en la ciudad, como alternativa a las nuevas áreas de arquitectura dispersa que rompían la trama urbana y poco aportaban al espacio público.

Pero con anterioridad a los textos de Krier y al descubrimiento de los valores urbanos de la Stalinallee, hubo otro acontecimiento en Bogotá que trajo una nueva visión de la ciudad: en 1981, en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Los Andes, se realizó el *Primer Foro Internacional* sobre el espacio público urbano, con la participación de los arquitectos extranjeros Aldo Rossi, Oriol Bohigas y Fernando Montes.

Este evento trajo a primer plano la discusión sobre la ciudad a partir de los señalamientos de Rossi (1976) en *La arquitectura de la ciudad*. Aunque el libro data de fines de los años sesenta, su discurso parecía actual en la Bogotá de los años ochenta, una ciudad en la que la reconstrucción posterior al 9 de abril hizo perder la memoria de sus espacios e identidades. Rossi habla del tiempo, de las permanencias y de las continuidades; lo evidencia en su arquitectura y lo refiere al contexto, rescata también el valor de la historia de la arquitectura, que la euforia de la modernidad había ocultado en nuestro medio, y además observa: “La forma de la ciudad siempre es la forma de un tiempo de la ciudad; y hay muchos tiempos en la forma de la ciudad” (1976, p. 104).

Los ejemplos en la arquitectura de Rossi confirman su pensamiento; el cementerio de San Cataldo en Módena se convirtió en un ícono de la llamada *tendenza*²¹ y el pensamiento de este grupo condujo a búsquedas y discusiones *contextualistas* en nuestra academia. Esta actitud complementó el pensamiento que se desarrolló en Bogotá en torno a la exposición *Architectures Colombiennes* que en 1981 llevó a Francia un conjunto de proyectos arquitectónicos en los que se intentaba expresar la identidad

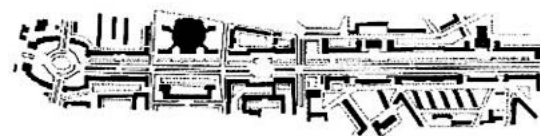


Figura 16. Planimetría de la avenida Stalin

Fuente: Revista *Umbral* 90 N.º 8. (1991).

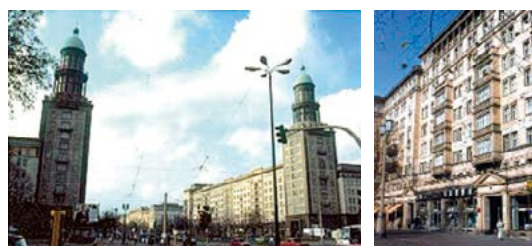


Figura 17. Avenida Stalin: edificios de esquina en Frankfurter Tor y fachada de los edificios

Fuente: Fotos de Juan Carlos Pérgolis. (1991).

²¹ La *tendenza* (tendencia) estuvo conformada por Giorgio Grassi, Massimo Scolari, Ezio Bonfanti y Carlo Aymonino, guiados por el funcionalismo de Rossi y su expresión neorracionalista.

nacional por medio de rasgos formales, materiales y calidades espaciales propios del lugar. Sin embargo, como indican Hugo Mondragón y Felipe Lanusa en el artículo "El intrincado juego de la identidad. Para una arqueología de la arquitectura colombiana" (2008), este discurso reduce la diversidad de la producción arquitectónica de una zona geográfica a una imagen tranquilizadora de homogeneidad, que oculta sus tensiones internas.

Así, mientras la discusión se centraba en el lenguaje de la arquitectura y el uso del ladrillo como expresión de identidad, la ciudad crecía por medio de la construcción de conjuntos cerrados de vivienda, algunos en pequeños lotes urbanos, como "edificios de apartamentos en altura, pero acostados", con las viviendas alrededor de un espacio común, por lo general una calle o estacionamiento vehicular; además de otros de gran tamaño, que bloquearon sectores de la ciudad e impidieron la continuidad de las calles.

Por otra parte, el paisaje urbano resultante distaba mucho del tradicional. Tal vez en esta novedad radicó su éxito en el gusto de los compradores o quizá en la publicidad que señalaba las virtudes del encierro como protección ante una ciudad aparentemente más insegura cada día.

Pero no hay dudas de que el resultado social urbano de estos conjuntos segregaba a la comunidad en pequeños grupos que encontraban su identidad en la particularidad de cada conjunto y convertían el espacio público en desoladas calles rodeadas por las rejas y las porterías de los conjuntos: ambientes peligrosos por la falta de la tradicional cercanía protectora de los vecinos.

El complemento de esta tipología de vivienda urbana fue el centro comercial, sitio de compras y encuentros sociales, especialmente entre los jóvenes que encontraron su lugar en los múltiples entretenimientos que ofrecen estos centros. Mucho se habló y escribió sobre los centros comerciales; sin embargo, la publicidad dirigida y su inevitable presencia los convirtió en parte de la vida de una ciudad cada día más



a



b



c



d

fragmentada social y espacialmente, porque antes de romperse la ciudad en incontables partes, se rompió la ciudad en incontables individualidades (Pérgolis, 1998).

Mientras eso ocurría en la ciudad, desde el Viejo Continente llegaban voces que invitaban a la reflexión: los textos de los hermanos Krier, que intentaban rescatar los valores de la ciudad preindustrial y centraban el discurso en la recuperación de los espacios urbanos tradicionales: la calle y la plaza como lugares para el recorrido y la permanencia; el tejido de viviendas expresado en largos paramentos continuos, con el acento puntual de los edificios singulares: administrativos, religiosos o de encuentro social. Sin embargo, parecería que nuestro medio se acercó más a las formas propuestas por los Krier en su arquitectura que a las intenciones urbanas, ya que se utilizaron esas formas como un lenguaje “de moda” en construcciones evidentemente lejanas de la ciudad tradicional y de las intenciones de los Krier.

La discusión teórica de los años ochenta, basada en el cuestionamiento a los postulados de la ciudad moderna, tuvo su centro en la academia sin llegar a formar parte de un imaginario urbano en las ciudades colombianas, cuyos habitantes representaban el deseo de modernidad con las formas del movimiento moderno o, en años recientes, con los conjuntos cerrados de vivienda. Las propuestas por recuperar aspectos de la ciudad tradicional fueron el eje de conferencias y seminarios en el ámbito de las universidades, y de incontables artículos en revistas de

Figura 18. a, b, c y d. La Nueva Villa de Aburrá en Medellín: las calles, plazoletas y la plaza central con comercios y servicios. Un proyecto accesible a la ciudad, sin rejas

Fuente: Fotos de Clara Inés Rodríguez-Ibarra. (2014).

Figura 19. a y b. Ciudadela Real de Minas en Bucaramanga: un importante intento en la obra de Germán Samper por la recuperación de los espacios públicos tradicionales: la calle y la plaza

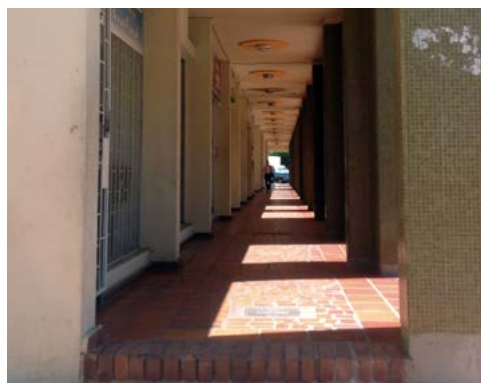
Fuente: Fotos de Clara Inés Rodríguez-Ibarra. (2014).



a



b



a



b

arquitectura; todo ello, mientras en la ciudad se construían más y más conjuntos cerrados de vivienda, centros comerciales y una arquitectura que solo ofrecía rejas o muros ciegos al espacio urbano, como expresión de un extraño imaginario “ciudad-modernidad-seguridad”.

Llama la atención esta situación en la que diseñadores y constructores parecen haber pasado —sin ver— los textos de Jane Jacobs, Gordon Cullen o Kevin Lynch, quienes desde años antes reflexionaban sobre los espacios de la ciudad como lugares para la existencia de la sociedad.

Figura 20. a. Ciudadela Real de Minas. Los edificios que conforman Plaza Mayor, abiertos y caminables hacia la calle, contrastan con la fotografía b, en la que se observan las edificaciones en conjuntos cerrados que rodean el proyecto del arquitecto Germán Samper, y que finalmente desvirtuaron su idea original de ciudad sin rejas

Fuente: Fotos de Clara Inés Rodríguez-Ibarra. (2014).



Figura 21. a y b. Kreuzberg, la recuperación de un sector deprimido de la ciudad

Fuente: a y b. Revista *Escala* N.º 133. (1987). pp.10-11.

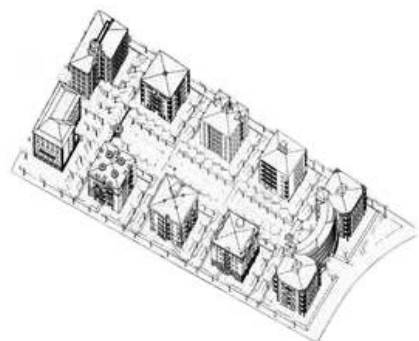


Figura 22. Manzana de la Rauchstrasse (Rob Krier, Huber Herman, Aldo Rossi, Henry Nieleblock y asociado, Klaus-Theo Brennen, Benedict Tonon, Giorgio Grassi, Hans Hollein)

Fuente: Revista *Escala* N.º 133. (1987). p. 17

Figura 23. a. Entrada en la fachada principal.
b. Vista desde el patio interior de esa entrada (Rob Krier). **c.** Vista del edificio de Valentini y Hermann sobre la Rauchstrasse

Fuente: a y b. Fotos de Juan Carlos Pérgolis.
c. Revista *Escala* N.º 133. (1987). p. 19



Sin embargo, entre las propuestas arquitectónico-urbanísticas de los años ochenta hay que señalar dos proyectos que respondieron con claridad a la discusión académica de ese momento, por medio de la recreación de espacios tradicionales que lograron ir más allá de las propuestas de bloques sueltos del movimiento moderno y de la especulación inmobiliaria con propuestas facilistas: la Nueva Villa de Aburrá, de los arquitectos Nagui Sabet, Beatriz de Nova y Jorge Mario Gómez, en Medellín, y la Ciudadela Real de Minas, del arquitecto Germán Samper, en Bucaramanga. En ambos proyectos, el espacio público como lugar para el encuentro y la identidad de la comunidad adquiere un papel preponderante; pero esta intención no encontró eco en otros desarrollos que continuaron repitiendo conjuntos cerrados de casas o de edificios aislados, sin tener en cuenta el espacio urbano como ámbito de la comunidad.

En 1984 se llevó a cabo la Exposición Internacional de Arquitectura (IBA-84) en Berlín, que centró la muestra en el viejo barrio de Kreuzberg de esa ciudad. Los afiches de la exposición indicaban que ese sector resultó mucho más afectado por los planes de remodelación urbana de los años sesenta y setenta que por la guerra o la construcción del muro, y proponía la *rehabilitación cautelosa* o *paso a paso*; es decir, trabajar predio a predio en la reconstrucción o restauración de cada uno de los inmuebles. Esta propuesta era la evidente contraparte de los grandes planes de ordenamiento que se llevaban a cabo mediante la demolición y nueva construcción de grandes sectores.

Para ese fin, la organización de la IBA-84 propuso los siguientes puntos: 1. *Acuerdo con los habitantes*, ya que el sector estaba ocupado principalmente por talleres y casas de prostitución, que acordaron colaborar con las instituciones oficiales en la recuperación del barrio. 2. *Conservación de estructuras*, evitar la demolición y preservar muchas de las estructuras aún utilizables, con pequeñas intervenciones. 3. *Trabajos por etapas*, para facilitar la dinámica del sector y mantener el flujo económico de esa dinámica y de la inversión. 4. *Completar los servicios públicos indispensables*. 5. *Participación y representación vecinal*. 6. *Financiaciones aseguradas*, ya que se trataba de comunidades de difícil acceso a las líneas de crédito y los préstamos bancarios.

El exitoso resultado de la IBA-84 motivó a ejercicios similares en otros países, ya que en poco tiempo, Kreuzberg se convirtió en un sector cuidado y valorizado en la ciudad, sin perder su imagen histórica y su carácter.

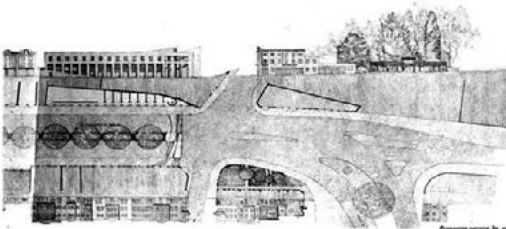
En 1987 se celebró una nueva exposición internacional de arquitectura en Berlín (IBA-87), destinada ya no a la rehabilitación de un sector determinado, sino a la construcción en lotes vacíos dispersos por la ciudad, algo que en Colombia se definió como: relleno de vacíos urbanos. A la IBA-87 concurrieron los arquitectos más prestigiosos del momento y sus lineamientos tuvieron una amplia repercusión en el quehacer urbanístico en la segunda mitad de la década de los ochenta.

El urbanista Fernando Cortés señaló en una entrevista con la revista *Escala*²² los siguientes puntos de la convocatoria de esta IBA, con el fin de realizar una evaluación de las formas de análisis y proyecto urbano que se desarrollaban en Colombia en ese momento: 1. Reconstrucción de la ciudad en lugar de la construcción y expansión. 2. La ciudad compuesta por fragmentos heterogéneos y no la monotonía de una totalidad homogénea. 3. Vivir en la ciudad como cambio de la actitud de vivir en los nuevos barrios periféricos. 4. Reconstrucción del centro y, con ello, la recuperación de su memoria. 5. Intervenciones concretas en lugar de la formulación de planes y normativas abstractas. 6. La construcción de la ciudad como obra colectiva y de diversos profesionales. 7. La construcción de la ciudad como una empresa pública, con la

²² Revista *Escala* N° 133. 1987.



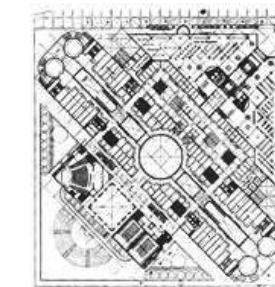
a



b

Figura 24. a y b. Recuperación del espacio urbano en el barrio Egipto de Bogotá, 1986 (Taller de la Ciudad, Carlos Hernández, Eduardo Samper y Fernando Cortés)

Fuente: Página web del arquitecto Carlos Hernández Correa, imágenes Recuperación del espacio público Barrio Egipto Bogotá, Colombia 1986-1987 *Team:* Carlos Hernández, Taller de la Ciudad, Eduardo Samper, Fernando Cortés.



a



b

Figura 25. Centro Comercial Bulevar Niza. **a.** Dibujo, elevación del Centro Comercial Bulevar Niza (Taller de la Ciudad). **b.** Planta del primer nivel del Centro Comercial Bulevar Niza. **c.** Fachada lateral (avenida Suba)

Fuente: a y b. Revista *Escala* N.º 127-128. (Año 17). p. 64.
c. Foto de Juan Carlos Pérgolis.



c

dinámica de gestión de las entidades privadas. 8. La ciudad entendida como problema arquitectónico entrelazado con la problemática de la calidad del espacio urbano.

En 1986, el Taller de la Ciudad, con los arquitectos Carlos Hernández, Eduardo Samper y Fernando Cortés, presentó un proyecto para la recuperación del espacio urbano en el barrio Egipto en Bogotá, que evidencia un método para la reconstrucción de espacios públicos destruidos por el ensanche o construcción de nuevas vías. El proyecto, como alternativa a la árida acción de ensanchar calles y dejar a la vista culatas de edificios o vacíos sin sentido, propuso la recuperación de la plaza como punto de origen del barrio, escenario de fiestas populares y lugar de reunión; a la vez que la calle, con sus fachadas mutiladas por el ensanche, intenta recuperar su carácter de paseo, mediante la inserción de construcciones en los vacíos resultantes de las demoliciones para el ensanche de la vía. Esto se logró mediante una tipología de fachadas capaces de conformar un espacio urbano, logrado por concertación con la comunidad, que acentúe la permanencia histórica del barrio.

El concurso para el proyecto urbanístico-arquitectónico del Centro Comercial Bulevar Niza, en Bogotá, promovido por el BCH y la Sociedad Colombiana de Arquitectos en 1984, marcó un hito en la historia de los concursos arquitectónicos en Colombia. Las bases de la convocatoria proponían que el proyecto “deberá ser abierto e integrado al sector, no como una estructura aislada y accesible solo vehicularmente”²³.

Motivado por el concurso, la revista *Escala* organizó dos mesas redondas con conocidos arquitectos colombianos, en Bogotá y Medellín²⁴. En ambas, la discusión giró en torno las diferencias en la concepción urbanística: ¿la ciudad se puede construir a partir de un centro comercial? o ¿el centro comercial es simplemente una máquina para vender? Finalmente, y también en ambas, se trajo a la mesa la confrontación entre la idea de “centro” (comercial, administrativo, residencial, etc.) como algo aislado y la ciudad tradicional de calles y plazas.

23 BCH, bases para el concurso de méritos del proyecto Centro Comercial Bulevar Niza.

24 “Mesa redonda en Bogotá” y “Mesa redonda en Medellín”. Revista *Escala* N.º 127-128. (1985). Bogotá.

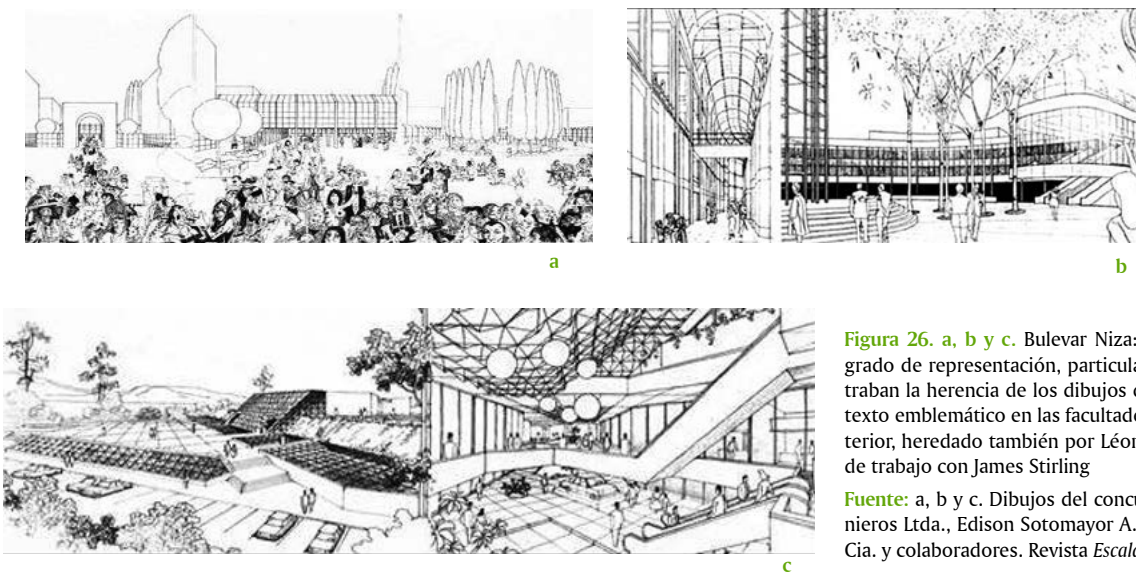


Figura 26. a, b y c. Bulevar Niza: el concurso dejó ver un interesante grado de representación, particularmente en las perspectivas que mostraban la herencia de los dibujos de Gordon Cullen en *El paisaje urbano*, texto emblemático en las facultades de arquitectura desde la década anterior, heredado también por Léon Krier, particularmente en su periodo de trabajo con James Stirling

Fuente: a, b y c. Dibujos del concurso Bulevar Niza. Arquitectos e Ingenieros Ltda., Edison Sotomayor A. y colaboradores, y Madera Laminar y Cia. y colaboradores. Revista *Escala* N.º 127-128. (1985). Bogotá.



a



b

Figura 27. a y b. Conjunto Los Sauces, arquitectos Alfonso García Galvis y Juan Carlos Tafur. La elaborada volumetría del conjunto se desarrolla a lado y lado de una calle peatonal con escalones, terrazas y niveles que se articulan con plazoletas y sitios de encuentro

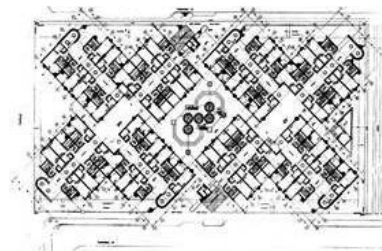
Fuente: a. *Testimonio, X Bienal Colombiana de Arquitectura*. Sociedad Colombiana de Arquitectos. 29 de julio de 1986. *Escala* p. 42. b. Foto de Antonio Castañeda, en *Testimonio X Bienal Colombiana de Arquitectura*. Sociedad Colombiana de Arquitectos. 29 de julio de 1986. *Escala* p. 43.

Figura 28. a y b. Agrupación Alicante, arquitectos Juan A. Brando Pradilla, Nicolás Rueda García, Diego Suárez Betancur y Juan Guillermo Cleves. Las hileras de viviendas del conjunto, ubicadas a 45 grados respecto de las vías públicas, se articulan a través de calles peatonales cubiertas intermitentemente por los segundos pisos que cruzan sobre ellas. Se crea así una agradable alternancia de luz y sombras en los recorridos que concurren al espacio central

Fuente: a y b. *Testimonio X Bienal Colombiana de Arquitectura*. Sociedad Colombiana de Arquitectos. 29 de julio de 1986. *Escala* p. 46.



a



b

Interesa señalar que estas discusiones no se hubieran planteado años atrás, cuando no existían dudas sobre la inserción de estas tipologías exentas y cerradas en la ciudad y se construían varias edificaciones: el Conjunto Residencial Antonio Nariño, el Centro Administrativo Nacional (CAN) o el Centro Internacional, todos presentes en la representación que conducía al imaginario de “Bogotá moderna”.

La X Bienal de Arquitectura Colombiana comprendió 1985 y 1986. En el libro *Testimonio*²⁵, catálogo de la muestra, se puede leer en la introducción:

²⁵ *Testimonio, X Bienal Colombiana de Arquitectura* (1986) Pérgolis, Juan Carlos en “Marco teórico” (p. 7 y sig.) Bogotá. Ed. Escala.

[...] Mucho más notorio que en la vivienda unifamiliar, el actual fenómeno de migración o localización en la periferia de las ciudades, se entiende a través de la enorme cantidad de conjuntos cerrados construidos en los últimos años, auspiciados por la imagen de “seguridad”. Es un fenómeno reciente que mezcla la tipología de “villa” con la de “vivienda colectiva” y tiene una incidencia realmente peligrosa en la estructura urbana existente ya que crea sectores cerrados, islotes inaccesibles dentro de la ciudad, a la vez que los centros de las ciudades pierden su base poblacional y el tradicional control social sobre el espacio público [...] Nos duele ver la actual dispersión, herencia de los postulados del urbanismo moderno. Nos duele ver que la imagen de la ciudad, producida por el paramento continuo de las cuadras con sus casas subordinadas —como las letras a la palabra—[.] hoy se pierde ante la desarticulación de los bloques sueltos y los sectores cerrados [...] “La ciudad que vemos ya no existe”, escribió Borges, los procesos de cambio son más rápidos que nuestra capacidad para asimilarlos y vemos aquellas imágenes en las que la evocación dialoga con la nostalgia. ¿Estaremos defendiendo un recuerdo, una ciudad que ya no existe? (Pérgolis, 1986b, p. 7)

La XVII Trienal de Milán, entre 1986 y 1989, estuvo dedicada a las ciudades del mundo y el futuro de las metrópolis; allí se mostraron las particularidades de las diferentes ciudades en el contexto de la sociedad urbana global y se mostraron los proyectos más significativos de cada una de ellas.

Colombia participó por medio de la Universidad Nacional, con el Instituto Italiano de Cultura, y presentó el Plan Centro, que entonces se estaba desarrollando en Bogotá con la intención de exponer un urbanismo no basado en grandes planes, sino en pequeñas intervenciones puntuales, casi todas realizadas (o en vías de realización) por medio de la Alcaldía de la ciudad: una respuesta a la planificación tradicional que tuvo Bogotá desde los años treinta y que exigía un esfuerzo económico, político y de gestión insostenible, que dejó inconclusa la mayor parte de los planes, incluyendo el de Le Corbusier de 1951.

Plan Centro fue un importante esfuerzo con el objetivo de crear un imaginario favorable del deteriorado —y olvidado— centro de la ciudad. La idea principal del plan era atraer nuevamente habitantes al sector, con la intención de mejorar la seguridad (factor importante en el imaginario), por medio del control social y la ocupación



a



b



c

Figura 29. a. Afiche de la XVII Triennale di Milano (1986-1989) “Le città del mondo e il futuro delle metropoli”. b y c. Imágenes del stand de Colombia en la Triennale di Milano, diseñado por el arquitecto Pedro Juan Jaramillo

Fuente: a. Portada del libro *Partecipazioni Internazionali Le Città del Mondo* (1988). b y c. Foto de Juan Carlos Pérgolis.

del espacio a distintas horas, con distintos flujos poblacionales, que permitieran la representación social de un espacio ocupado, con múltiples actividades que rompieran el imaginario “tierra de nadie” que se tenía del centro después del cierre de comercio y la salida de los empleados de las oficinas; por lo tanto, la esencia del plan era contrarrestar la especialización funcional que el urbanismo moderno y la dispersión establecían para los centros de las ciudades.

Consecuente con esa idea urbanística, la organización de la sección asignada al país fue concebida por el arquitecto Pedro Juan Jaramillo como un objeto dentro de un espacio dado, y se conformó mediante una serie de planos que explicaban una teoría de la percepción según la cual, las culturas precolombinas de la Sabana de Bogotá interpretaban la totalidad, mediante una descomposición en planos secuenciales en el tiempo, evidente desde el diseño de los objetos precolombinos hasta las actuales expresiones del arte religioso popular.

Pero en la Trienal ya se anunciaba el que sería el discurso teórico dominante en la siguiente década: la sección de Francia, llamada “Organizar París”, a cargo de los arquitectos Serge Salat y Françoise Labbé, confrontaba las ideas de una ciudad conformada por masas con otra conformada por tensiones; en otras palabras, la deconstrucción del todo masa en función de un esquema de tensiones y flujos.

En coincidencia con otras posiciones teóricas (Ungers, Tschumi, Eisenman, Hadid, etc.), Salat y Labbé señalaban los siguientes puntos en un texto que llamaron “El camino de la virtualidad” (1988): La ciudad está formada por las trazas de su elaboración, es objeto e imagen, real y virtual; es envoltorio de todas las memorias y los instantes; contiene una legibilidad secreta, dada por los órdenes y desórdenes del pasado. Está constituida por fragmentos de antiguas trazas y cubierta de tramas ordenadoras. La ciudad es palimpsesto y es laberinto, en los vacíos de las nuevas tramas aparecen fragmentos desarticulantes de tramas del pasado. El presente es fragmento de memoria paradójica: en su instantaneidad contiene todas las memorias pasadas y futuras.

Luego señalan tres puntos para concebir la ciudad: 1. *Velocidad y metrópoli*, en el que definen la arquitectura como el envoltorio del movimiento acelerado, y la aceleración de la velocidad o el vacío metropolitano como aspectos de la “derrealidad”,

en una ciudad futura, que se encamina hacia una inexorable ausencia de densidad. 2. *Monumentos de lo inmaterial*, en el que juegan con la conocida fórmula que relaciona la masa con la energía y concluyen al observar que cuando la velocidad frena, la arquitectura cristaliza la masa, los nuevos objetos urbanos se deslizan hacia la interfase, hacia una grilla abstracta que evidencia la desaparición de la trama. 3. Con *disfunción y colisión* concluyen que a la estética de la utopía le sigue la no-estética de la heterotopía, y la hiperartificialidad coincide con la naturaleza.

Esta reflexión sobre la ciudad permite entenderla como un escenario con la escenografía en la que se desarrolla la vida urbana y está basada en los siguientes principios: 1. de lo natural a lo artificial, 2. del pasado al futuro, 3. del espacio al tiempo, 4. de la estabilidad a la velocidad, 5. del lleno al vacío, 6. de lo real a lo virtual, 7. de la monumentalidad a la inmaterialidad y 8. de la utopía de la totalidad a la heterotopía del fragmento.

En 1967 se realizó en el MOMA de Nueva York la exposición *Five Architects*, que reunía trabajos y teorías de Peter Eisenman, Michael Graves, John Hejduk, Charles Gwathmey y Richard Meier. Si bien los cinco arquitectos nunca constituyeron un grupo homogéneo, en esa exposición se podía ver un común denominador cercano a las formas puras del racionalismo.

El catálogo de la exposición y las reflexiones de Arthur Drexler tuvieron una gran acogida en el ambiente académico colombiano de los años ochenta; en particular la obra de Peter Eisenman, de fuerte imagen racionalista, cuyos planos y volúmenes se articulaban mediante transparencias literales (inherentes al material) o fenomenales (consecuentes con la organización de volúmenes y planos), ambas referidas a efectos de la pintura cubista. En la mitad de esa década, una visita de Peter Eisenman a Bogotá²⁶ evidenció la existencia de dos líneas de pensamiento en la academia, en torno a la arquitectura clásica: una, referida al lenguaje, reflexionaba sobre aspectos del orden clásico, y la otra, cercana al discurso de Eisenman, en su escrito “El fin de los clásicos: el fin del comienzo, el fin del fin”, conducía al discurso “deconstructivista” presente en la academia en el siguiente decenio.

²⁶ El encuentro organizado por la Universidad Nacional de Colombia en el año 1986 se denominó “La ciudad: continuidad o ruptura” y reunió a los arquitectos Peter Eisenman, Carlo Aymonino y Manolo Núñez con profesionales y estudiantes locales en varias jornadas de trabajo.



Significativamente, ambas líneas de pensamiento conducen a la ciudad: los primeros por medio de los escritos de Rob Krier, en los que confronta lo vernáculo con lo clásico y enfatiza los valores de la ciudad preindustrial, y los segundos por medio del filósofo franco-argelino Jacques Derrida (al que acceden mediante los escritos de Eisenman), cuyo concepto de deconstrucción relacionaron con juegos arquitectónicos o urbanísticos entre los conceptos de masas y tensiones, acercándose así a las reflexiones de Salat y Labbé en el ya referido texto de la Trienal de Milán: “El camino de la virtualidad”.

También por medio de la obra de Eisenman el discurso urbano se acercó al pensamiento del físico Michel Serres, de gran incidencia teórica en las facultades de arquitectura y urbanismo en la siguiente década. Eisenman, en su proyecto para el Parque Rebstock (Frankfurt, 1990)²⁷, señala que el elemento más pequeño no es el punto, sino el *pliegue*, concepto espacial fundamental para el trabajo arquitectónico o urbanístico, ya que el pliegue implica el volumen y construye el lugar, define un *en*, una preposición, un operador que indica las relaciones de posición, el “estar ahí” y sus relaciones con el exterior. Michel Serres, por su parte, indicó: “Hacia lo pequeño o en lo grande el pliegue permite pasar del lugar al espacio” (Serres, 1995a), lo que le facilitó a Eisenman concluir que la topología es la base de los mapas y de los planos, porque se ciñe al espacio.

Serres profundizó en el concepto de *pliegue* como elemento generador de forma y espacio: “Un pliegue es un germen de forma. Pero, ¿qué es un germen sino un conjunto de pliegues? El pliegue es el elemento de la forma [...] Pero ¿qué es una forma? Respuesta: algo liso con pliegues”.

La idea de pliegue cambia la noción de borde; ya no es un límite abrupto, sino un mediador entre lo nuevo y lo viejo, el transporte y la llegada, la habitación y el comercio, concluye Eisenman. Luego cierra la referencia teórica con una alusión explícita a Derrida: “La escritura arquitectónica implica una lectura inventiva, es decir, la lectura de un sujeto que no se contenta con moverse dentro de la arquitectura, sino que transforma esas emociones en lo que Derrida llama *spacing*”²⁸.

27 P. Eisenman. (1990-1997). Revista *El Cróquis* (83). Madrid.

28 P. Eisenman. (1990-1997). Revista *El Cróquis* (83). Madrid.

La mirada a la discusión académica sobre la ciudad en Colombia en la década de 1980 muestra el paso del urbanismo moderno, sobre el cual no había dudas, y respondía a un imaginario de progreso y modernidad frente al cual no había oposición ni en la comunidad ni —menos aún— en la academia, a una instancia de cuestionamiento a la ciudad moderna, en la que se ponen en tela de juicio tanto los principios de ese urbanismo como los nombres más representativos, incluyendo el de Le Corbusier en su plan para Bogotá.

Esta actitud de cuestionamiento a la ciudad moderna, en los años ochenta, generó un imaginario de bienestar en la ciudad “premoderna”, es decir, anterior a los postulados de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) y del urbanismo moderno, al que se señaló como limitante de la vida urbana. Ese imaginario se expresaba por medio de representaciones de ciudad con calles y plazas, espacios de recorridos y permanencias; una ciudad con paramentos continuos, en lugar de los bloques aislados de la arquitectura moderna; una ciudad en la que el espacio permitiera la participación, el encuentro y el control social que provee seguridad.

Sin embargo, las experiencias que se llevaron a cabo en este sentido no tuvieron el suficiente eco en la comunidad ni en el ámbito inmobiliario, que encontró en los conjuntos cerrados y en los centros comerciales una alternativa que respondía a sus afanes económicos y al gusto de los diferentes estratos sociales que podía proyectar en esas tipologías sus imaginarios de seguridad y confort. Progresivamente, y en la dirección contraria al discurso académico, se reemplazó el imaginario de ciudad como espacio colectivo y social, por otro de peligro e inseguridad, también enfatizado por la publicidad de finca raíz.

No es de extrañar, entonces, que el golpe de péndulo en la teoría de la ciudad pase en la siguiente década a cuestionar un urbanismo estático que trate de objetos y no de acontecimientos, a señalar que los eventos significan más que los objetos y que la dimensión temporal del presente —como indicó Eisenman— proviene del pasado y del futuro. Los temas en la siguiente década serán “lo público” y “lo colectivo”, tanto en los gobiernos de Antanas Mockus como de Enrique Peñalosa.





La madurez de la ciudad en la década de 1990: conceptos, formas, usos y significaciones de “lo público”

Los años noventa fueron decisivos en la historia de Bogotá, no solo por los grandes cambios que se produjeron en la ciudad, en particular en las formas, usos y significaciones del concepto de “lo público” como categoría fundamental del espacio urbano, sino también por las representaciones que conformaron el imaginario de la ciudad en sus habitantes.

El 13 de marzo de 1988 se realizó en Colombia la primera elección popular de alcaldes, y en 1995, Antanas Mockus, filósofo y matemático, exrector de la Universidad Nacional de Colombia, asumió la Alcaldía de Bogotá con una alta votación, a pesar de haber realizado la campaña electoral por fuera de los partidos políticos tradicionales y con una mínima inversión económica. La reflexión que acompañó a esta Alcaldía, basada en la discusión filosófica, logró concretar, por medio de acciones pedagógicas, dos aspectos que en la historia de la ciudad se habían desfigurado hasta casi perderse: los conceptos de “público” y “colectivo”.

También por voto popular fue elegido como alcalde de Bogotá, en 1997, Enrique Peñalosa, economista y administrador,

cuyo gobierno se centró en la construcción de obras que representaban esos conceptos de público y colectivo, discutidos y definidos en la administración anterior, e interiorizados por la comunidad mediante la pedagogía.

En la tesis de maestría del arquitecto Camilo Ramírez (2015), desarrollada en el Programa de Planificación Urbana (PROPUR) de la Universidad de Buenos Aires, Argentina²⁹, se propone la siguiente hipótesis de investigación: “La representación que los habitantes tienen de su ciudad opera sobre las formas de la ciudad”. Esta *hipótesis* relaciona coherentemente los conceptos de imaginario y forma de la ciudad, por medio de la observación de los cambios que se produjeron en la representación que los habitantes tuvieron de Bogotá durante la administración de Antanas Mockus. También planteada en la citada tesis: *la espacialidad y las formas de la ciudad operan sobre el imaginario*. Esto permite entender las propuestas y las obras que realizó la siguiente administración, la de Enrique Peñalosa, que también modificó el modo como los habitantes vieron y representaron la ciudad.

Si en la primera hipótesis se partió de las representaciones que tienen los habitantes; en esta segunda hipótesis, que deriva de la primera, se parte de las obras físicas que se realizaron, para entender de qué manera se transformó el modo de ver y representar la ciudad.

En este momento del desarrollo del texto, resulta imprescindible señalar algunos aspectos de la mirada con que el habitante se acerca a su ciudad, ya que esta es la base de la representación que hará de ella y del imaginario. El psicoanalista Claudio Mangifesta (1998) señala: “el hombre mira primero hacia aquello que le concierne, le atrae y lo atrae, podríamos decir que es él quien se ha dejado mirar por eso”. Así, el habitante que se cree observador de su ciudad resulta ser —en cambio— mirado por la ciudad. Este señalamiento coincide con lo expresado en *Bogotá fragmentada*,

29 Ramírez Cely, Camilo (2015): *Las transformaciones urbanas de Bogotá: sentido e identidad en la década de 1990*. Tesis de maestría por sustentarse en el 2016, en la Universidad de Buenos Aires, dirigida por el arquitecto Juan Carlos Pérgolis, por solicitud del director del Programa de Planeamiento Urbano de esa universidad, el arquitecto David Kullock.

cultura y espacio urbano a fines del siglo XX (Pérgolis, 1998), cuando se observa que la escogencia de imágenes de la ciudad resulta de la selección que hace el observador entre aquellos estímulos que lo atraen por su capacidad simbolizante (“lo miran”) a lo largo de un recorrido.

El observador conforma las imágenes urbanas a partir de los estímulos que le produce la ciudad y que actúan sobre las percepciones (miradas) que guarda en el inconsciente; por lo tanto, en la imagen hay un faltante, un vacío que corresponde al deseo urbano, ya que este (en tanto es un deseo) mora en el inconsciente y se expresa como un impulso hacia algo externo a él: es una pulsión, una atracción hacia aquello que evidencia satisfacer ese deseo.

Así, con los conceptos de mirada e imagen, se puede plantear el concepto de “representación” y, por medio de este, observar los cambios producidos en el imaginario de los habitantes de Bogotá en los años noventa.

Se define como “representación” (re-presentación o segunda presentación) una imagen que sustituye a la realidad en el relato o la descripción: la realidad (en este caso, la ciudad) “se presenta”, y la narración que la representa aparece teñida por los deseos existentes en el inconsciente de quien la re-presenta (Pérgolis, 2000). El conjunto de representaciones entre los habitantes constituye el *imaginario colectivo*, ya que es el modo como la comunidad representa a su ciudad en un momento dado.

Para entender las transformaciones en el imaginario de Bogotá en la década de 1990 tiene un particular interés la primera de las hipótesis propuestas en la tesis señalada, ya que evidencia la importancia que adquirió el imaginario urbano en la administración Mockus. En ese periodo, la comunidad bogotana pasó de las representaciones negativas de la ciudad (sucio, peligroso, etc.) a la idea de *Bogotá coqueta*, eslogan del gobierno de Antanas Mockus que proponía una ciudad que, como una adolescente inexperta, podía tener errores dada su juventud, pero al mismo tiempo, y por esa misma juventud, resultaba tan atractiva y agradable en su coquetería, que permitía perdonar —o por lo menos comprender— los errores.



Este eslogan encierra un importante rasgo de tolerancia hacia la ciudad, que en Bogotá había sido reemplazado por una creciente intolerancia que se manifestaba entre los ciudadanos y hacia la ciudad. Esto permite anticipar la política que desarrollará la administración Mockus.

Dos libros del filósofo alemán Jürgen Habermas deben ser observados para entender la posición inicial y del primer tiempo del gobierno Mockus: *Historia y crítica de la opinión pública* (1994), y *Teoría y crítica de la acción comunicativa* (1999). Sin embargo, en *Representar y disponer* (Mockus, 1988), libro que recoge su tesis³⁰ en la Maestría en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, Mockus inicia el prólogo citando el texto de Heidegger *La época de la imagen del mundo*, con la siguiente referencia: “[...] una época puede caracterizarse por la comprensión previa del ser y de la verdad que en ella impera”, y agrega a renglón seguido otra referencia al mismo autor: “la comprensión previa del ser y de la verdad correspondiente a la época moderna puede abordarse —y tal vez caracterizarse— [...] mediante el privilegio cartesiano de la noción de representación” (Mockus, 1988, p. 11).

Pero la observación sobre la ciudad se basará en la aproximación que hace Habermas al concepto de “público”, ya que el imaginario más fuerte que la comunidad bogotana tuvo y tiene aún hoy respecto a la administración Mockus se centra en *la cultura ciudadana*, que a su vez se basa en el concepto de “lo público”, y este a su vez se localiza en las representaciones del espacio público como ámbito de participación.

Muchos autores teóricos y urbanistas, como Rob y Leon Krier, Aldo Rossi, Ricardo Bofill, que permeaban el discurso nacional en la década anterior, señalaron las dificultades que ocasionó el urbanismo moderno, el cual desvirtuó los espacios tradicionales de la ciudad: la calle y la plaza, como ámbitos para el recorrido y para la permanencia, en función de otros tipos de espacios que la comunidad no entendió ni asumió. Así, aquel urbanismo de grandes planos neutros que creaban un espacio

³⁰ Tesis elaborada bajo la dirección del Dr. Carlos H. Gutiérrez, presentada para optar por el título de Magister en Filosofía en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia y laureada por recomendación del jurado al Consejo Académico de esa universidad.

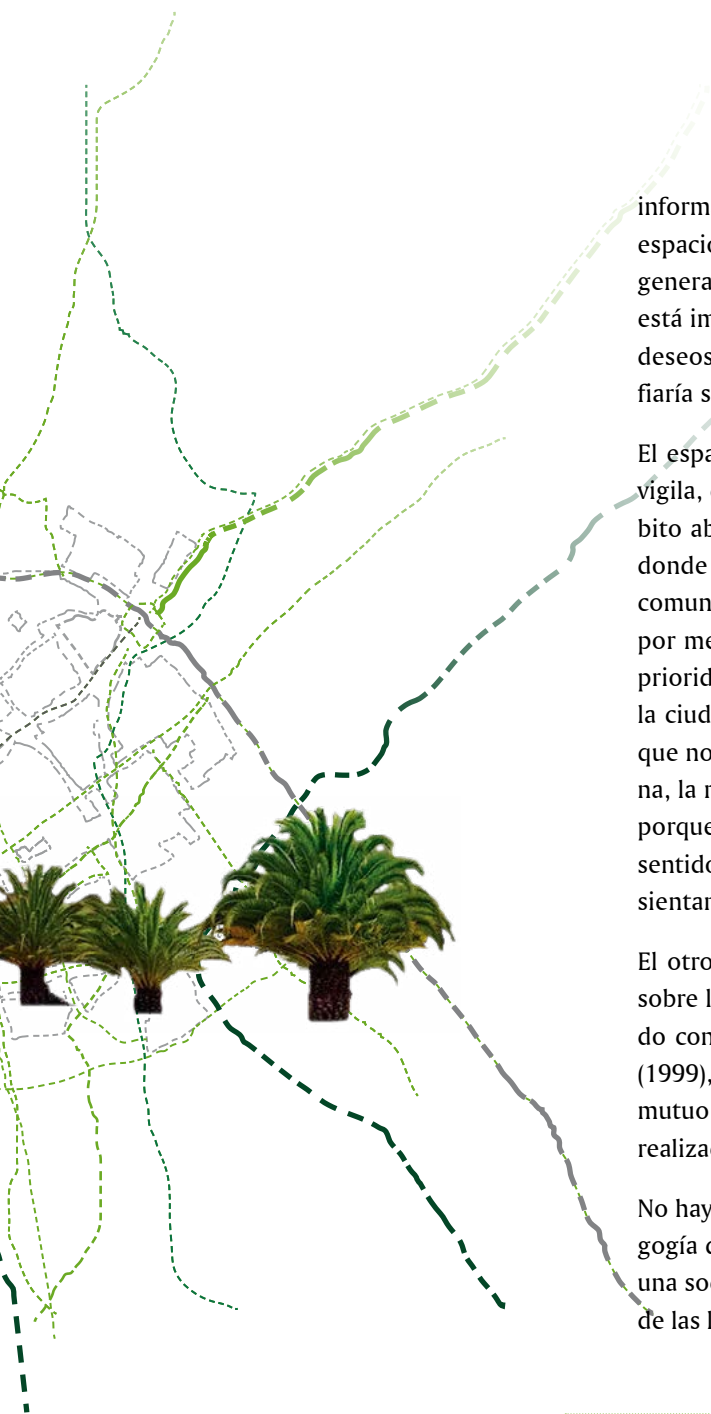
permeable y aparentemente de uso público, sobre los que se apoyaban los bloques de la arquitectura moderna, devino en múltiples espacios cerrados que daban cuenta de la pertenencia de cada uno de ellos, sin la tradicional continuidad de los lotes privados en las cuadras. El resultado, junto con las tipologías de conjuntos cerrados de vivienda y centros comerciales o “*malls*”, fue no solo la pérdida del concepto de espacios públicos, sino también la indiferencia ante sus usos, sus formas y sus significaciones comunitarias.

Traer a primer plano el discurso sobre lo público y rescatar el respeto por la convivencia en los espacios de la ciudad fue el primer gran logro de la política de cultura ciudadana de la administración Mockus. Para Jürgen Habermas (1994), la ciudad es el espacio donde lo común, la *cosa pública*, se materializa; esto quiere decir que la ciudad, como entidad social, se hace visible en los espacios colectivos. Así, esta visibilidad o materialización es la presentación de la imagen (de la ciudad, en este caso) por medio de la cual se hace posible la representación³¹.

Esta materialización de lo público y la idea de cultura ciudadana fueron los aspectos que conformaron el “espíritu del tiempo” en la década de 1990, y después de muchos años de olvido, en Bogotá se asumió que el espacio público no es ni el residuo de la construcción privada ni el ámbito ajeno considerado como tierra de nadie; por el contrario, es el espacio donde los ciudadanos tienen acceso en forma igualitaria a los bienes y servicios colectivos (Rodríguez, 2006), y es también el ámbito en el que se concreta la solidaridad colectiva, como resultado de la capacidad de ponerse en el lugar del otro, intercambiar y aceptar diferentes opiniones.

Vale la pena recordar que en la XV Trienal de Milán (1988-90), el teórico Marco Romano, en el artículo “Ciudadanos sin ciudad” (1987), base de la presentación italiana en esa muestra internacional, centra su reflexión en el antagonismo privado-colectivo en la ciudad y señala: “nunca la sociedad dispuso de tantos medios, de tanta

31 Vega, Amparo, en revista IIE-Ensayos. 1993-94. Instituto de Investigaciones Estéticas. Facultad de Artes. Universidad Nacional de Colombia.



información y tanto confort, como en ese momento, pero nunca dispuso de menos espacios colectivos”; además se pregunta: “¿qué legados urbanos dejará nuestra generación para las venideras?”. Concluye al señalar: “así como el deseo de amar está impreso en lo más profundo del alma, hasta encontrar su objeto; así están los deseos de las cosas colectivas a las que el hombre puede nombrar. Pero nadie confiaría su identidad en cosas colectivas sin raíces y sin futuro”.

El espacio público es el ámbito de la democracia, de la igualdad, desde donde se vigila, controla y critica a la autoridad. Hannah Arendt (2005) señaló que es un ámbito abierto e incluyente; Habermas completó esa definición al indicar que es allí donde se consolidan los cambios sociales, que son inherentes a lo simbólico y a la comunicación, que permite el entendimiento entre los miembros de la comunidad por medio de la deliberación para llegar a un consenso. Se entiende, entonces, la prioridad que tuvo el espacio público en la Alcaldía de Antanas Mockus: de pronto, la ciudad se encontró —se reencontró— con sus espacios y comenzó a entender que no son los sobrantes de las construcciones, sino que son el eje de la vida urbana, la razón de ser de la ciudad, por sus formas, usos y significaciones. Las formas, porque proveen la identidad de la ciudad y de sus habitantes; los usos, porque dan sentido a la vida urbana, y las significaciones, porque permiten que los habitantes se sientan parte de la ciudad, a la vez que esta hace parte de cada uno de ellos.

El otro pilar del gobierno de Mockus fue el lenguaje, base de los pactos sociales sobre los que fundamentó su pedagogía hacia el logro de consensos. Así, de acuerdo con los enunciados señalados por Habermas en *Teoría de la acción comunicativa* (1999), los consensos serían el resultado de la cooperación social, la solidaridad y el mutuo respeto entre los ciudadanos; todas categorías que encuentran su campo de realización en el espacio público urbano.

No hay duda respecto al énfasis en los valores tradicionales propuestos por la pedagogía de Antanas Mockus, comenzando por el significado de los pactos sociales en una sociedad como la bogotana, que en los últimos años había pasado del discurso de las luchas sociales y la salida colectiva, a un fuerte individualismo que pregonaba

la salida individual, una especie de “sálvense quien pueda”. Este comportamiento que progresivamente atomizaba los diferentes estratos de la sociedad capitalina se evidenciaba en la fragmentación del territorio urbano. Bogotá se rompía en incontables conjuntos de vivienda, barrios cerrados y centros comerciales o malls que intentaban recuperar en espacios privados las tradicionales actividades del centro de la ciudad; curiosamente, esto ocurría en forma simultánea con la reflexión sobre la ciudad tradicional que había nutrido el discurso en la década de 1980.

Pero detrás de los valores tradicionales que apuntaban a la convivencia ciudadana, en las propuestas de Mockus aparecía el pensamiento kantiano, ahora interpretado por medio de Habermas: esto confirma que el uso público de la razón permite juzgar y criticar los comportamientos de la autoridad.

Dos señalamientos de la semióloga búlgara Julia Kristeva, que articuló la semiótica con el psicoanálisis, merecen ser considerados antes de avanzar en la reflexión filosófica: el primero es inherente a ese ideal kantiano que permite juzgar los comportamientos de la autoridad desde la razón pública y que se acerca a la idea de transgresión a lo conocido, que Kristeva plantea en *Travesía de signos*: “el proceso de conformación del signo implica una instancia de trasgresión en la que el sujeto hablante cuestiona (trasgrede) las instituciones. La familia, el Estado y la religión por su carácter autoritario” (1985, p. 14). Desde este punto de vista, la actitud de Mockus es transgresora, intención que confirmará en sus referencias posteriores al filósofo francés Lyotard.

El segundo señalamiento de Kristeva se refiere a un nuevo modo de acercarse a la ciudad: el sujeto es parte activa en cualquier proceso; ya no se trataba de intervenir la ciudad desde la mirada distante de un urbanista-laboratorista, sino desde adentro de los procesos mismos; es decir, desde la vida en la ciudad, y ello puede ser interpretado como el paso de la ciudad cuantificada a la ciudad narrada. También Kristeva (1985) introdujo el concepto de práctica significativa, el proceso semiótico de la producción de signos complementado con el deseo; por eso, el objeto que pone en juego al deseo se diferencia del que satisface una necesidad: “el objeto

del deseo es un objeto alucinado, algo no hallado o perdido” (Pérgolis, 2008). Por último, más allá del significado de la ciudad, la significancia que propone Kristeva conduce al sentido; es decir, a algo más amplio y vivencial que la simple referencia a los elementos del lenguaje. Se puede concluir, entonces, que en todo signo subyace un deseo.

La Alcaldía de Mockus mostró una administración de la ciudad que supo atender tanto las necesidades de la comunidad, como la satisfacción de sus deseos, y produjo una nueva representación de Bogotá basada en esa satisfacción; esto dio lugar a un imaginario positivo: Bogotá, la ciudad fea y peligrosa, pasó a ser la ciudad anhelada, la ciudad deseada: *Bogotá coqueta*.

La ciudad cambia en cuanto cambian los comportamientos de sus habitantes, y esto se logra con *educación ciudadana*; pero a su vez, para que el proceso de educación sea aceptado y alcance los resultados esperados, se debe partir del imaginario. Esto significó trabajar en principio sobre el modo como los bogotanos representan su ciudad, imaginario que al ser reconocido y aceptado por los medios de comunicación, trascendió más allá de la ciudad y convirtió a Bogotá en paradigma de cultura ciudadana. Años después, en una conferencia dictada con el grupo Federici de la Universidad Nacional de Colombia³², Mockus lo definió así: “El objetivo del programa de cultura ciudadana es aumentar el cumplimiento voluntario de normas, aumentar la capacidad de celebrar y cumplir acuerdos, aumentar la comunicación y la solidaridad entre los ciudadanos, y esto es una formulación de la regulación cultural lo menos dependiente posible de cargas teóricas de ciencias sociales”. En un aparte anterior de esa misma conferencia se puede leer: “[...] las ciudades forman ciudadanos, sin quererlo, sin darse cuenta, indirectamente”.

Es curioso ver cómo la ciudad-horror se convirtió en muy poco tiempo en la ciudad-cultura, y mientras este reconocimiento internacional volvió al contexto bogotano, sus habitantes agregaron rasgos de orgullo y seguridad en sí mismos en la

32 Formación en cultura ciudadana: la experiencia bogotana (s. f.). Recuperado de <http://www.grupofederici.unal.edu.co/documentos/AntanasForoNalCompCiudad.pdf>

representación de la ciudad. No podía haber, en ese momento, un imaginario más receptivo para el discurso de la Alcaldía: los *actos del habla* en palabras de Habermas; los *juegos del lenguaje*, en las de Lyotard, hábilmente utilizados por Mockus para establecer las reglas del juego, se convirtieron en el eje articulador de la convivencia en Bogotá.

En la ciudad como red comunicacional, la información es la materia prima. Michel Serres observa que los personajes de la mitología contemporánea no son Atlas, símbolo de estabilidad; ni Hércules, artífice de los grandes trabajos; ni Prometeo, cuyo fuego transforma la materia; el personaje es Hermes, el mensajero de los pies alados. “Ahora vivimos en una inmensa mensajería —observa Serres—, en la que la mayoría trabajamos de mensajeros: soportamos menos cargas, encendemos menos fuegos, pero transportamos mensajes que, a veces, gobiernan los motores” (Serres, 1995a).

Serres observa también tres palabras que explican la anterior cita: *forma*, *trans-formación* e *in-formación*. La primera, se refiere a lo sólido, al tiempo reversible, a Atlas y a Hércules. La segunda, a Prometeo, cuyo fuego derrite el metal y es la imagen del cambio. La *información* es lo volátil, la materia prima de la ciudad de la comunicación, de la ciudad de la pluralidad.

En una Bogotá inmersa en el mundo de la comunicación, la información fue la materia prima; por ese motivo, el pensamiento de Lyotard fue fundamental en el programa de gobierno de Mockus, ya que para Lyotard el conocimiento se relaciona con el discurso, con el lenguaje y con los múltiples relatos; es decir, con los aspectos básicos de una sociedad de las comunicaciones.

La modernidad termina, indica Gianni Vattimo en *La sociedad transparente* (1990) cuando se evidencia que la historia no es algo unitario basado en grandes relatos; sino un conjunto de diferentes voces que cuentan diversos relatos concurrentes.

En la década de 1990, en Bogotá, cada día se oían nuevas voces de identidades diferentes y grupos minoritarios que participaban en la escena urbana. La Alcaldía se



hizo eco de esta pluralidad y convocó a numerosas investigaciones³³, las cuales se publicaron y dejaron ver los múltiples y diferentes aspectos de Bogotá que permanecían silenciados. De pronto, la ciudad dejó ver que más allá de la historia oficial existían otras igualmente válidas.

Lyotard mostró en *La condición posmoderna* (1989) que las verdades indiscutibles de la modernidad y sus grandes relatos pierden legitimidad, observación que en el medio bogotano de esa década, signado por el individualismo, parecía incluir el discurso sobre el consenso proclamado por Habermas ante una sociedad urbana heterogénea y fragmentada. Según Lyotard, el consenso “violenta la heterogeneidad, limita la creatividad y la invención que se hace en el disenso” (p. 11).

Los dos primeros capítulos de *La condición posmoderna* se refieren al saber y a la legitimación del saber en las sociedades contemporáneas, en un mundo que el autor señala como “postindustrial” y “posmoderno”, y concluye con una observación que explica la intención del proyecto de cultura ciudadana de Antanas Mockus: “La cuestión del saber en la edad de la informática es más que nunca una cuestión del gobierno” (Lyotard, 1989, p. 24). Lyotard centra la cuestión del saber en dos aspectos: la *investigación* y la *transmisión* de conocimientos; es decir, el proceso que lleva al conocimiento y su comunicación.

En el proceso comunicacional, basado en lo que el autor llama *juegos del lenguaje*, adquiere una gran importancia el concepto de contrato donde se establecen las reglas ya que sin ellas las jugadas serían arbitrarias (Lyotard, 1989). Estos aspectos fueron expresados muy claramente en la relación entre el gobierno de Antanas Mockus y los ciudadanos; eso facilitó la aceptación y comprensión de los mensajes, pero, fundamentalmente, creó un marco de confianza entre los “jugadores” de una ciudad acostumbrados a la desconfianza. Por último, Lyotard pone en evidencia que todo enunciado debe ser considerado como “una jugada hecha en el juego”.

Existen diferentes tipos de enunciados que definen particularidades de aceptación o rechazo en la comunicación: los enunciados *denotativos*, ponen a quien lo emite

33 El Observatorio de Cultura Ciudadana hizo numerosas convocatorias al respecto.

en una posición “sapiente” de obvia superioridad respecto de quien lo recibe, que puede aceptarlo o no, pero no admite discusión. Este tipo de mensajes fue el modo tradicional de comunicarse entre las instituciones y la comunidad, y la no aceptación por parte de la comunidad constituía una transgresión.

Los enunciados *performativos* tienen carácter informativo, no generan discusión ni requieren verificación: la comunidad lo recibe como una información que la ubica en un contexto. Dada la autoridad “sapiente” de quien emite el mensaje informativo, en este caso el gobierno de la ciudad, muchos mensajes enunciados por Antanas Mockus tuvieron carácter performativo y fueron bien recibidos y aceptados por la comunidad. Este tipo de mensaje constituyó la base del modelo comunicacional empleado por esta Alcaldía, que incluso convirtió en performativos algunos mensajes denotativos que no hubieran sido fácilmente aceptados por la comunidad bogotana, como el caso de señalamientos en el comportamiento en el espacio público o en el tráfico peatonal y vehicular: cruces por sendas peatonales, respeto al peatón y medidas de seguridad en la conducción de vehículos, de difícil aceptación en una sociedad individualista y desinformada como la bogotana de esos años (figura 30).

Los enunciados prescriptivos son órdenes, mandamientos o instrucciones, y son los mensajes de más difícil aceptación por las comunidades que históricamente han desconfiado de sus dirigentes y autoridades, a quienes siempre han visto como instancias represoras y arbitrarias que atentan contra el individualismo.

Visto este proyecto muchos años después y analizado en comparación con la siguiente Alcaldía, la de Enrique Peñalosa, se entiende la recordación que tienen aún hoy los mensajes de Mockus y la dificultad que tuvieron los enunciados de Peñalosa, que, aun sin serlo, sonaban prescriptivos.

“Con los juegos del lenguaje sucede algo fascinante: todos somos competentes, pero además todos podemos salir con lo inesperado, romper creativamente la regla, crear la nueva jugada o el nuevo juego [...]”, escribió Antanas Mockus en el *Magazín Dominical* del diario *El Espectador*. Así, más de veinte años después y en el contexto



Figura 30. Tarjetas ciudadanas de aprobación o desaprobación ante actitudes en el tránsito urbano. Se usaron entre los conductores de automóviles

Fuente: Alcaldía Mayor de Bogotá.

de toda la historia bogotana, se entiende la libertad y el sentido de la democracia que la ciudad vivió en esos años.

Vale la pena señalar el comentario con que Lyotard concluye el capítulo referente a este tema en *La condición posmoderna* en cual expresa que las jugadas del lenguaje establecen el lazo social, y vale la pena hacerlo mientras se observa la Alcaldía de Antanas Mockus, un momento en la historia de las ciudades colombianas en que, a partir de un programa basado en juegos del lenguaje, se logró la constitución de un verdadero lazo social.

Para Lyotard (y para Mockus en su discurso hacia Bogotá), el *acontecimiento* es el nudo de la reflexión, va más allá del significado, provee un excedente de sentido³⁴ que permite “contextualizar conocimientos y otras creaciones tomadas de otros contextos” (Lyotard, 1989, p. 21). De esta manera, se pueden establecer mecanismos comunicacionales en medio de una gran diversidad cultural, como la que se vivía

Figura 31. Pedagogía urbana por medio de mensajes performativos: mimos enseñan a utilizar los senderos peatonales en las esquinas

Fuente: Alcaldía Mayor de Bogotá.

“Mime in black hat and waistcoat dances on white background”. Autor: Vivash - Freepik.com

34 El *significado* surge de la interpretación de un signo (Pierce), de la relación epistemológica entre un significante (lo que la cosa es) y lo que conocemos de ella (significado). Permite un conocimiento por la forma: denotación; al relacionar ese conocimiento con otros conocimientos afines surge la connotación (de Saussure). El *sentido* aparece con las prácticas que se desarrollan con los significantes. La relación o práctica de los habitantes con el significante *ciudad* crea un horizonte de sentido. Algunos autores señalan que el sentido de la vida en una determinada ciudad aparece en la medida en que esa ciudad es capaz de satisfacer el deseo de sus habitantes.



en Bogotá en la década de los noventa. El acontecimiento es la jugada nueva que conduce a la reorganización de todo el juego, concluye Mockus (Lyotard, 1989, p. 21).

Contrario a lo que podría pensarse, es el disenso y no el consenso el productor de acontecimientos; por lo tanto, es también el disenso el generador de lugares, ya que más allá de los significados formales, el disenso se inscribe en un horizonte de sentido, es la escena en la que ocurren los acontecimientos. En la investigación *Bogotá fragmentada, cultura y espacio urbano a fines del siglo XX* (Pérgolis, 1998) se señaló el papel del acontecimiento en algunos espacios y construcciones de la ciudad: el estadio (El Campín) deviene lugar por el acontecimiento que constituye el partido de fútbol; el parque a su vez deviene lugar por el acontecimiento concierto (Rock al Parque) y, así sucesivamente, se observaron otros lugares (Pérgolis, 1998). El espacio genera una identidad que permite su reconocimiento; el lugar, por su parte, genera sentidos que permiten la apropiación.

La fragmentación del territorio como estructura de la ciudad fue una identidad de los años noventa en Bogotá, aunque desde años antes se estaba produciendo en otras partes del continente, tal vez siguiendo el ejemplo de la ciudad dispersa de la segunda posguerra en Estados Unidos; tal vez por facilidades económicas y constructivas de las empresas. Así, la tradicional ciudad construida *casa a casa* desaparecía ante la construcción “conjunto a conjunto”, situación que no se puede igualar con la expresión “barrio a barrio”, ya que este, como parte integrada de la ciudad, está basado en el espacio público, contiene diversas funciones (vivienda, comercio, producción, etc.) y, por lo general, está habitado por diversidades étnicas y sociales.

Por su parte, la idea de conjunto es la de un sector cerrado, privado, especializado funcionalmente y homogéneo, segregado económica y socialmente de la continuidad de la ciudad. Este proceso llevado a cabo por empresas constructoras convierte a la ciudad, que históricamente fue una construcción colectiva, en el resultado de acciones individuales, que no logran integrar a la comunidad por medio de la formación ciudadana: aquí, el “yo” como expresión de individualidad reemplaza al “nosotros” de la comunidad.



Figura 32. El espacio: un significado, una identidad. Estadio Nemesio Camacho El Campín

Fuente: Foto de Valentina Rincón L. (13 de agosto de 2016).



Figura 33. El lugar, un sentido. Estadio Nemesio Camacho El Campín

Fuente: Foto de Ángel Páez Calvo. (16 de diciembre de 2012).

Sin embargo, detrás de la ocupación de los conjuntos cerrados de vivienda y de las transformaciones de barrios abiertos en sectores cerrados hay un afán de identidad; en particular por estrato económico. De esta manera, los usuarios “se aseguran” una vecindad económica homogénea, al amparo de los conceptos de “seguridad” y “exclusividad”, hábilmente manejados por la publicidad del mercado de la construcción y la finca raíz. Pero esta tipología arquitectónico-urbana, basada en el temor al diferente, crea grietas sociales: el “otro” es diferente (no es de “los nuestros” del conjunto), por lo tanto, es peligroso, y la nueva tipología ofrece soluciones concretas: por una parte, aislarse y encerrarse, y por otra, controlar al diferente con equipos humanos y tecnológicos.

La ciudad se convierte, entonces, en un continuo de espacios cerrados y desaparece la idea de multiplicidad étnica, social y laboral, que fue su esencia. En el marco de la pedagogía de Mockus, la idea de *pluralidad* apunta a considerar que las diferencias, lejos de generar temores, deberían ser aspectos que enriquecen y deben ser incorporados en el propio mundo de los sentidos de la vida de cada uno, aunque la tradición muestra que pensar distinto ha sido —y es— casi un delito social.

En Bogotá, el espacio público ha sido el gran proveedor de representaciones para conformar el imaginario de la ciudad, y en especial la plaza —como en casi todas las fundaciones coloniales— fue la portadora de la imagen que identificó la ciudad. La plaza colonial, multifuncional, con el mercado, el rollo, la picota y el espacio para las fiestas representó a la Bogotá colonial; la plaza republicana, con su jardín enrejado, conformó otro imaginario: un espacio para la burguesía urbana, sin las funciones de la plaza de la Colonia, un ámbito para el paseo y el encuentro de una clase social, un espacio antes incluyente y después exclusivo.

El urbanismo moderno convirtió a la plaza en un plano duro; adujo que así había sido, pero este nuevo plano, carente de las funciones del espacio colonial, es un espacio vacío; falto de significado en sí mismo; le es aportado por el poder que lo rodea, que también le da sentido en el imaginario urbano. La modernidad en su afán funcionalista convirtió los parques barriales en espacios para el deporte y los cubrió

de canchas para diferentes juegos, otra forma de especializar funcionalmente un espacio social. Así, la ciudad perdió sus ámbitos tradicionales para el encuentro y los quitó también de las representaciones. El comercio y la especulación inmobiliaria encontraron en el centro comercial un espacio privado que intentó reemplazar el espacio público; sin duda, un reemplazo fácil para el vacío existente en el imaginario y una pérdida de bienes públicos en favor de los privados.

Pero con los programas de cultura ciudadana de la administración Mockus, la comunidad no solamente incorporó comportamientos y educación urbana, también comenzó a significar la ciudad y a tomar conciencia de las representaciones que nutrían el imaginario y generaban el sentido de pertenencia. Este cambio en la mentalidad de los ciudadanos fue entendido y capitalizado por la siguiente administración, la de Enrique Peñalosa, que asumió el gobierno de la ciudad en 1998 y la recuperación y significación del espacio público fue uno de sus programas bandera. Por este motivo, se señala al inicio de este capítulo que así como el imaginario opera sobre las formas de la ciudad, también se puede decir que las formas de la ciudad operan sobre el imaginario, ya que las obras físicas de esta administración generaron nuevas representaciones y un nuevo imaginario de bienestar y goce de vivir en la ciudad³⁵.

En la secuencia *formas-usos-significaciones* que se señaló en el comienzo de este capítulo, podemos ver que así como la alcaldía de Antanas Mockus trabajó sobre las significaciones y desde estas hacia los otros dos términos, la alcaldía de Peñalosa operó sobre las formas de la ciudad y, por medio de estas, lo hizo sobre los usos y las significaciones, mediante la creación de espacios públicos: parques, plazas y recorridos peatonales que crearon una nueva imagen de la ciudad, fácilmente representable y de inmediata incorporación al imaginario, junto con un fuerte sentido de bienestar.

En el aspecto social, el gobierno de Peñalosa actuó sobre la ampliación de la cobertura de servicios públicos, la desmarginalización de barrios que se incorporaron a la

35 La expresión "gocce de la ciudad" la encontramos por primera vez en una revista Cromos, de marzo de 1918, con motivo de la inauguración del Pasaje Hernández, espacio comercial en el centro de la ciudad. *Cromos* dijo en ese momento: "Un ejemplo de la nueva estética del confort, de la higiene y del goce de vivir en la ciudad."



ciudad por medio de su incorporación a los servicios básicos y el aumento de cupos educativos a través de un gran programa de construcción de nuevas escuelas y una red de bibliotecas. Esta intervención simultánea en la forma urbana y el aspecto social coinciden en una intención democrática en el acceso y el uso de los bienes públicos.

Al igual que a finales de los años cuarenta, cuando se decidió el fin del tranvía (que ocurrió en 1951), a fines del siglo XX, Bogotá optó nuevamente por el bus. El elevado costo de una línea de metro por la calle 80 condujo a la opción de un sistema más liviano, económico y de construcción más rápida. También se tenía la experiencia de la ‘troncal Caracas’, un corredor exclusivo para buses, de difícil funcionamiento, por la estructura anárquica de las empresas prestatarias del servicio y por el diseño de la obra, que la convirtió en insegura y peligrosa para los usuarios. Sin embargo, la troncal Caracas mostró que se podía elevar la velocidad comercial del transporte público con una adecuada infraestructura.

En 1995, durante la alcaldía de Mockus, se consiguió un préstamo del Banco Mundial para mejorar la deteriorada troncal y construir una nueva en la calle 80. Finalmente, el gobierno de Peñalosa logró convertir este proyecto en la primera línea de TransMilenio, que se inauguró en el 2000.

Figura 34. Recuperación del espacio público: Parque El Renacimiento, Bogotá

Fuente: Fotografía en la asignatura de *Percepción del espacio urbano*. Foto de Myriam Stella Díaz Osorio. (2013).





Figura 35. Recuperación y construcción del espacio público:
Parque Tercer Milenio, Bogotá
Fuente: Foto de Myriam Stella Díaz Osorio. (2011).



Figura 36. Biblioteca Virgilio Barco, Bogotá
Fuente: Foto de Germán Fuentes. (2014).



Figura 37. Biblioteca El Tintal, Bogotá
Fuente: Foto de Myriam Stella Díaz Osorio. (2014).



Figura 38. Bogotá, portal de Suba, una de las estaciones terminales de TransMilenio

Fuente: Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).



Figura 39. Bogotá, estación Suba-Av. Boyacá. Es-tación sobre puentes en intersecciones de vías

Fuente: Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).



Figura 40. Bogotá, avenida Suba-Calle 129

Fuente: Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).

TransMilenio S. A. es una empresa comercial e industrial del Estado en la que el 100% de las acciones pertenecen a instituciones públicas distritales, en tanto los servicios son operados por empresas constituidas como sociedades, a diferencia de las tradicionales entidades afiliadoras de propietarios de buses. El sistema está conformado por rutas troncales en las que operan buses articulados y biarticulados, y servicios alimentadores, atendidos por buses de un solo cuerpo. El sistema TransMilenio se reprodujo en otras ciudades colombianas y mostró la validez del sistema empresarial centralizado. Años después, TransMilenio pasó a formar parte del Sistema Integrado de Transporte Público, que reunió la movilidad colectiva de la ciudad en un único organismo, lo cual permitió la disolución de las viejas estructuras de transporte colectivo de la ciudad (Pérgolis & Valenzuela, 2007).



Figura 41. TransMilenio en la av. Suba con calle 127. Indudablemente, la imagen de los articulados rojos y su infraestructura hoy son parte del imaginario de Bogotá

Fuente: Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).

TransMilenio es considerado el gran logro de las administraciones de la última década del siglo XX en Bogotá, permitió una mejora en la velocidad de los desplazamientos pero también un notable enriquecimiento del espacio urbano, ya que el trazado de las rutas implica un rediseño urbano de los espacios por donde circula, con aceras y mobiliario apropiado.

El sistema TransMilenio, con sus buses articulados y su infraestructura, constituye una importante imagen que nutre las representaciones de Bogotá. En muy poco tiempo conformaron uno de los patrimonios de la ciudad y hoy está incorporado al imaginario de la ciudad en una ambigua relación de afecto y rechazo a TransMilenio (figuras 38-42).



Figura 42. TransMilenio en la av. Suba con av. Boyacá

Fuente: Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).

Conclusiones a partir de imágenes: ¿Por qué en Bogotá, a pesar de tantas propuestas teóricas, siguen vigentes la arquitectura y el urbanismo del movimiento moderno?

Del montón de fotografías, escogemos dos. Con ellas comenzamos a dar forma a la idea de este texto; ambas pertenecen a uno de los más importantes libros que se publicaron sobre Bogotá, que, notablemente, es también uno de los más olvidados: *Bogotá, estructura y principales servicios públicos* (Sanz de Santamaría et al., 1978) editado por la Cámara de Comercio de Bogotá, con motivo de su primer centenario, en 1978. Una de esas fotos muestra la Plaza de Bolívar en 1949; la otra es una imagen de la carrera séptima en los años setenta. Ambas reflejan el espíritu de aquellas épocas, pero también coinciden con la representación que los bogotanos tenían de su ciudad en esos momentos.

La imagen que cierra el texto muestra una *ciclovía* en una avenida bogotana y es otra imagen que retrata el sentir de los habitantes en otro momento y en otra Bogotá, más de cincuenta años después de las anteriores; también, esta foto hace parte de las representaciones que se tienen de la ciudad y de la vida en ella. Miremos el entorno, miremos las personas en unas y en otras fotografías, miremos también los cuerpos y las vestimentas; independientemente de que unas fotos (figuras 43 y 44)



Figura 43. Vista general de la plaza de Bolívar en 1949
Fuente: *Bogotá. Estructura y principales servicios públicos.* (1978). p. 195.



Figura 44. Carrera séptima en la década de 1970
Fuente: *Bogotá. Estructura y principales servicios públicos.* (1978).

coincidan con horarios laborales y la otra con un momento de esparcimiento (figura 45), que una sea en colores y las otras en blanco y negro; entre las dos primeras fotos y la última media una sensación de libertad que es difícil de explicar.

¿Qué pasó en esos cincuenta años? Miremos las imágenes de otros momentos, escogidas para estas conclusiones: los edificios del conjunto habitacional Centro Urbano Antonio Nariño (figuras 46 a y b), paradigma de la arquitectura y el urbanismo moderno en el Bogotá de los años cincuenta. Esas fotos nos permiten entender el deseo de modernidad que siempre estuvo presente en el inconsciente bogotano y la capacidad de este urbanismo para satisfacerlo y conformar un imaginario complejo, expresado en el sentimiento ambiguo de sentirse inmerso —y satisfecho— en un medio moderno, aunque personalmente se esté aferrado a la tradición.

Algo parecido observamos en las transformaciones de la Plaza de Bolívar. La reforma del arquitecto Alberto Manrique Martín, de 1926, acabó con la vieja plaza-parque de fines del siglo XIX y creó el espacio anhelado por la modernidad bogotana: la plaza de las cuatro fuentes, la plaza *cachaca*, como las gabardinas de sus habitantes, como los tranvías cerrados *Lorenzas*, que llegaron en 1938 con el IV Centenario, como el *septimazo*. Pero el resultado, muy notorio en las imágenes, estaba más cercano al neoclasicismo que a la modernidad. En el imaginario bogotano de aquellos años, la representación de modernidad se confunde con las imágenes clásicas de la Europa imperial. Pero en la foto

Figura 45. Ciclovía dominical en la carrera séptima de Bogotá

Fuente: a. "Bikers in Bogota, Colombia". Autor: holgs (Stock image). (2016). b. "Bogota, Colombia - Ciclovía". Autor: Devasahayam Chandra Dhas. (2014).



a



b



Figura 46. a y b. Conjunto residencial Centro Urbano Antonio Nariño, Bogotá, 1952. Bloques aislados sobre el plano verde de una “supermanzana”

Fuente: a y b. Fotos de Juan Carlos Pérpolis.

de la carrera séptima en los años setenta no hay confusiones ni dudas: allí vibra la ciudad moderna, construida sobre las tipologías de los espacios tradicionales (la calle paramentada y continua), con su arquitectura reciente y los andenes repletos de peatones.

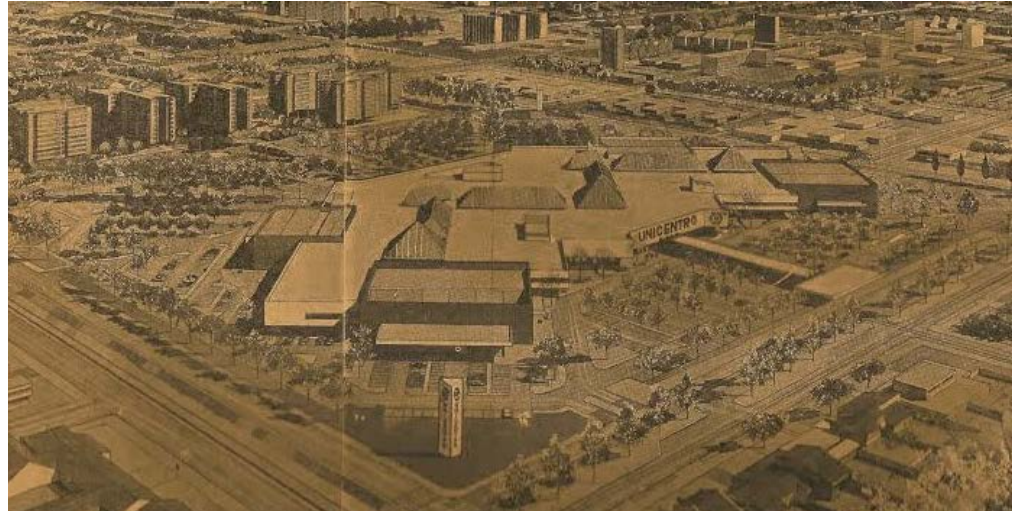
Sin embargo, detrás de las imágenes modernas del Centro Urbano Antonio Nariño y su propuesta hacia un nuevo modo de vida para los bogotanos había otras novedades: era el fin de la construcción de la ciudad “predio a predio” en favor de los grandes proyectos y era también el fin del arquitecto —u otro profesional— constructor de la vivienda individual, “la casa”, que, como las letras que conforman los párrafos, conformaron también, una a una, el texto urbano. La arquitectura de clientes individuales produjo sus últimos —y excelentes— ejemplos en los barrios Chicó y Country, en Bogotá, pero fueron las grandes obras las que cambiaron el imaginario de la capital.

“Es hora de adquirir una vivienda con portería y vigilancia privada, mejores condiciones y servicios: todo cerca, con citófono de cada apartamento a la portería y planta eléctrica propia”, señalaba una publicidad de *finca raíz* a inicios de la década de 1970. La idea del barrio de viviendas cerrado fue un éxito comercial, apoyado en la imagen de “seguridad” y en la “exclusividad”, que permeó el gusto de los bogotanos. La idea del movimiento moderno que proponía súper manzanas con edificios aislados sobre un plano neutro, como el conjunto Centro Urbano Antonio Nariño, se articuló con la imagen de las extensas periferias de casas rodeadas de jardines en las ciudades norteamericanas.

En 1976 se inauguró Unicentro, el siguiente ejemplo que traemos a estas conclusiones por medio de dos imágenes: una perspectiva de conjunto que muestra el gran espacio urbano que comprende el *mall* y la urbanización que lo rodea. La otra imagen deja ver el protagonismo del automóvil en los espacios que rodean al edificio. Unicentro fue el primer centro comercial desarrollado sobre el concepto de *mall* en Bogotá: “Desde mañana usted podrá disfrutar el placer de comprar, de divertirse y de vivir con seguridad”, señalaba la publicidad que reunía en una sola frase el ideal de “ciudad dentro de la ciudad”, del economista canadiense Lauchlin Currie. El eco-

Figura 47. Unicentro inauguró la era de los *malls* en Bogotá

Fuente: Fotografía Revista *Escala* N.º 87. p. 15.



nomista fue asesor en varias oportunidades del Gobierno nacional y la Alcaldía de Bogotá, con la idea de seguridad, eje de las campañas para imponer un modelo de ciudad basada en sectores cerrados, en la exclusión y en la rentabilidad que ofrece la construcción seriada y repetitiva.

En ese momento no se alcanzó a dimensionar el profundo cambio que se producía en las representaciones y en los nuevos imaginarios que se consolidaban. Desaparecía una ciudad de parques y plazas públicas, de encuentros en el centro, allí donde estaba todo lo que la ciudad podía ofrecer: cultura, identidad, esparcimiento, y en el horizonte se asomaba la nueva ciudad de espacios privados que intentaban reemplazar los espacios públicos, al amparo del atractivo del consumo.

Sin embargo, a pesar de la importante conceptualización teórica que se generó en las décadas de 1980 y 1990, y del discurso a favor de la ciudad anterior al movimiento moderno, a sus espacios y significados de uso tradicionales en esos años, la construcción y la finca raíz siguieron atados a los principios del movimiento moderno, y la ciudad continuó su expansión por medio de conjuntos cerrados de viviendas y centros comerciales o *malls*.

Detrás de este gusto popular masivo, que alcanzó a los diferentes estratos socioeconómicos, existe una publicidad que exaltó la “seguridad” como atractivo para un público anhelante de exclusividad. Junto con este proceso que conti-



Figura 48. Unicentro: fachada principal

Fuente: Fotografía Revista *Escala* N.º 87. p. 8.



Figura 49. Barranquilla, la ciudad del Caribe: torres aisladas en espacios enrejados y conjuntos cerrados, en un contexto dominado por la vialidad y los almacenes de grandes superficies

Fuente: Foto de Juan Carlos Pérpolis. (2016).



Figura 50. Bogotá, la ciudad del altiplano: torres aisladas, espacios enrejados y estacionamientos (Conjunto residencial en Suba)

Fuente: Foto de Clara Inés Rodríguez Ibarra. (2016).



a



b

Figura 51. a y b. Medellín y Bucaramanga: torres aisladas y almacenes de grandes superficies

Fuente: a y b. Fotos de Clara Inés Rodríguez Ibarra. (2014).

núa, aún hoy, transformando las ciudades colombianas con imágenes muy parecidas en todas ellas, hay que considerar los ambiciosos intereses económicos, la especulación inmobiliaria y el facilismo de las empresas constructoras que subyace detrás de las nuevas imágenes urbanas, tan cercanas a las de la arquitectura moderna de los años cincuenta y sesenta, aunque tan diferentes en su pensamiento arquitectónico e ideología.

Ante esta realidad, es evidente que los planteamientos formales del movimiento moderno continúan vigentes hasta nuestros días; sin embargo, el contenido social de aquellas propuestas de los maestros modernos, de la Carta de Atenas y de los arquitectos colombianos de fines de los años cuarenta ya no están presentes; en cambio, se acentuaron la segregación social y el individualismo.

Las últimas fotografías escogidas para estas conclusiones corresponden a los conjuntos residenciales que se construyen en la actualidad. Intencionalmente escogimos contextos muy diferentes: Bogotá, Barranquilla, Medellín y Bucaramanga, con la intención de señalar que el actual imaginario de *confort* —quisimos utilizar la palabra empleada por la revista *Cromos* de 1918— y las representaciones de sus habitantes se asemejan asombrosamente en todas las ciudades, aun en aquellas de contextos, clima y paisaje cultural más diversos. Sin duda, es un logro de la publicidad y una

muestra de su influencia en el imaginario. Es evidente la identidad “moderna” de estos proyectos, ya que responden tanto a los planteamientos de aquel movimiento (independencia de las partes y definición de los bloques “aislados”), como a las posibilidades sanitaristas de “aire, luz y sol” para todos... pero no es lo mismo.

Pero si miramos con cuidado las imágenes de estos proyectos, vamos a descubrir algunos gestos, algunos detalles que los diferencian de aquellos de los maestros modernos: en primer lugar, encontramos la ambición económica, que borra la pasión por la arquitectura que vivieron los arquitectos del movimiento moderno. La segregación de esta arquitectura encerrada entre rejas que la aíslan del continuo de la ciudad evidencia una intención excluyente, a diferencia de los objetivos de igualdad y democracia de los espacios urbanos que exaltaban los maestros modernos y se expresaban en los recorridos abiertos, entre los bloques y en el verde de espacios públicos continuos.

Otros dos aspectos llaman la atención en estas fotografías, uno es propio de la arquitectura y el otro lo encontramos en el planteamiento urbanístico que los contiene: por una parte, la excesiva cercanía de los bloques, en algunos proyectos, dificulta la privacidad de los apartamentos, y por otra, la falta de ciudad que los envuelve, ya que parecen rodeados por “tierras de nadie”, destinadas a la circulación vehicular y al comercio en grandes superficies.

Por último, queremos mencionar la ingenua ironía de los nombres seductores que utiliza la finca raíz, referencias a la naturaleza y al “verde”, color que no aparece ni en los automóviles estacionados, que son los verdaderos protagonistas de los espacios comunes en muchos proyectos, junto con las rejas que encierran los conjuntos y crean una ilusoria sensación de seguridad al interior, aunque olvidan la solitaria e insegura “ciudad” que crean en el exterior.

Vale la pena, entonces, para cerrar este texto, traer una vez más la frase de Marco Romano, citada en capítulos anteriores: “Jamás la sociedad dispuso de tantas posibilidades para construir viviendas y nunca los miembros de esa sociedad tuvieron tantas facilidades para acceder a la vivienda propia, pero al mismo tiempo, nunca la sociedad tuvo menos ciudad” (Romano, 1987).

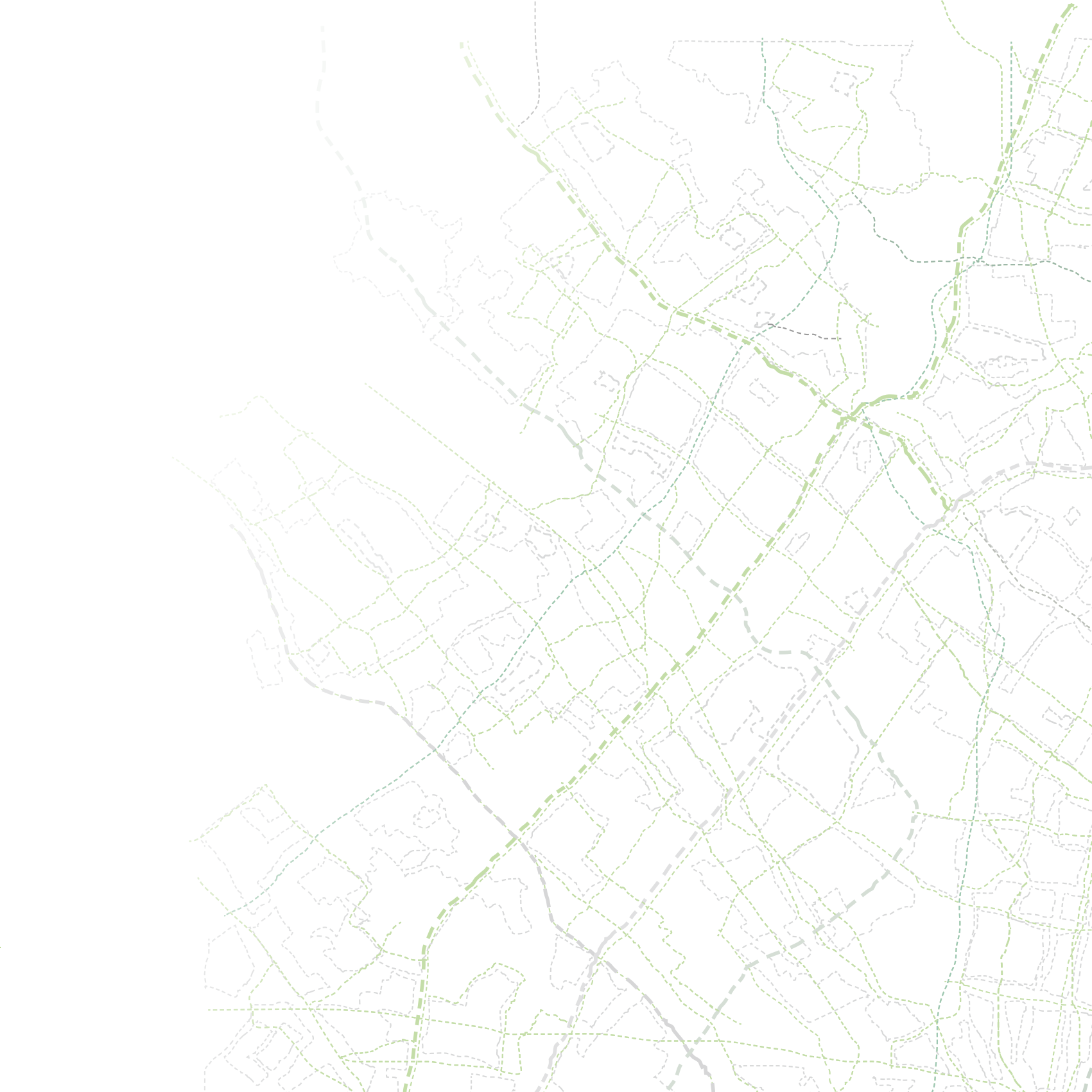


Referencias

- Arango, S. (1989) *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós: Barcelona.
- Augé, M. (1993). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Aymonino, C. (1981). *El significado de las ciudades*. Madrid: Blume.
- Bacon, E. (1976). *Design of cities*. London: Penguin Books.
- Banham, R. (1979). *Guía de la arquitectura moderna*. Barcelona: Blume.
- Baudrillard, J. (1981). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Benevolo, L. (1974a). El movimiento moderno, las condiciones de partida. En *Historia de la arquitectura moderna* (Cap. XII). Barcelona: Gustavo Gili.
- Benevolo, L. (1974b). La formación del movimiento moderno. En: *Historia de la arquitectura moderna* (Cap. XIII). Barcelona: Gustavo Gili.
- Benjamin, W. (1987). *Infancia en Berlín, hacia 1900*. Madrid: Alfaguara.
- Buck-Morss, S. (1995). *Dialéctica de la mirada*. Madrid: La Balsa de Medusa.
- Calabrese, O. (1989). *La era neobarroca*. Madrid: Cátedra.
- Calvino, I. (1984). *Las ciudades invisibles*. Buenos Aires: Mino-tauro.
- Calvino, I. (1990). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela.
- Calvino, I. (1993). *Marcovaldo*. Barcelona: La Magrana.
- Cavafis, C. (1996). *Poemas*. Barcelona: Seix Barral.
- Cullen, G. (1978). *El paisaje urbano*. Barcelona: Blume.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos.
- Derrida, J. (1967). *La escritura y la diferencia*. Madrid: Anthropos.
- Eisenman, P. (1984). *El fin de lo clásico, el fin del comienzo, el fin del fin*. España: Arquitecturas Bis.
- Ferrante, E. (2016). *La amiga estupenda*. Bogotá: Penguin Random House.
- García Márquez, G. (1978). *De viaje por los países socialistas*. Bogotá: La Oveja Negra.
- Gwathmey, C., Graves, M., Eisenman, P., Hejduk, J., & Meier, R. (1982). *Five architects*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Habermas, J. (1994). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Habermas, J. (1999). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Hawley, A. (1966). *Ecología humana*. Madrid: Tecnos.
- Hernández Rodríguez, C. E. (2013). *Leyendo a Jane Jacobs: escuchando al centro de la ciudad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jacobs, J. (1961). *The death and life of great American cities*. New York: Random House.

- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Jencks, C. (1980). *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Krier, R. (1981). *El espacio urbano – proyectos de Stuttgart*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Kristeva, J. (1969). *Semiótica*. Madrid: Espiral.
- Kristeva, J. (1976-77). Lo Vreal. En: *Seminario Verdad y verosimilitud del texto psicótico*. París: Hospital de la Ciudad Universitaria.
- Kristeva, J. (1981). *El texto de la novela*. Barcelona: Lumen.
- Kristeva, J. (1985). Práctica significativa y modo de producción. En *Travesía de signos*. Madrid: Aurora.
- La carta de Atenas* (1957). El urbanismo de los CIAM. Buenos Aires: Contémpora.
- Le Corbusier. (1978). *Hacia una arquitectura*. Buenos Aires: Poseidón.
- Lynch, K. (1959). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- Lyotard, J.-F. (1979). *Discurso y figura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Lyotard, J.-F. (1989). *La condición posmoderna*. México: Rei.
- Maffesoli, M. (2004). *El tiempo de las tribus*. México: Siglo XXI.
- Mangifesta, C. (1998). *La mirada en el umbral. Psicoanálisis y artes visuales*. Buenos Aires: Tiempo Sur.
- Mockus, A. (1988). *Representar y disponer*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mondragón, H., & Lanusa, F. (2008). El intrincado juego de la identidad. Para una arqueología de la arquitectura colombiana. *Revista de Arquitectura* (3), 2-15.
- Norberg-Schulz, C. (1974). *Significato nell'architettura occidentale*. Milán: Electa.
- Pamuk, O. (2006). *Estambul, ciudad y recuerdos*. Bogotá: Mondadori.
- Pamuk, O. (2010). *El museo de la inocencia*. Bogotá: Mondadori.
- Pérgolis, J. C. (1985). Ideología y forma en la arquitectura del siglo XX. Ponencia publicada en el libro *Aspectos de la cultura del siglo XX*. Bogotá: Facultad de Artes, CIDAR-Universidad Nacional de Colombia.
- Pérgolis, J. C. (1986a). *Sobre lo clásico en la arquitectura*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Pérgolis, J. C. (1986b). Testimonio, X Bienal Colombiana de Arquitectura. En *Marco teórico* (p. 7,8). Bogotá: Ed. Escala.
- Pérgolis, J. C. (1998). *Bogotá fragmentada. Cultura y espacio urbano a fine del siglo XX*. Bogotá: TM Editores.
- Pérgolis, J. C. (2000). *Estación Plaza de Bolívar*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Pérgolis, J. C. (2008). *Ciudad deseada: La ciudad y su plaza vistas desde la semiótica del deseo*. Buenos Aires: Nobuko.
- Pérgolis, J. C., & Moreno, H. D. (2010). *La capacidad comunicante del espacio*. Bogotá: Universidad Católica de Colombia.
- Pérgolis, J. C., & Rodríguez-Ibarra, C. I. (2013). El espíritu del tiempo en las ciudades y en sus libros. *Revista de Arquitectura*, 15(1), 33-43. doi:<http://dx.doi.org/10.14718/RevArq.2013.15.1.4>

- Pérgolis, J. C., & Valenzuela, J. (2007). *El libro de los buses de Bogotá*. Bogotá: Universidad Católica de Colombia y Universidad del Rosario.
- Pérgolis, J. C., Solarte, M., & Moreno, D. (2005). *INS Televisión*. Bogotá
- Pevsner, N. (1957). *Esquema de la arquitectura europea*. Buenos Aires: Infinito.
- Pevsner, N. (1957). *Pioneros del diseño moderno: De William Morris a Walter Gropius*. Buenos Aires: Infinito.
- Piaget, J. (1971). *Epistemología del espacio*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Ramírez Cely, C. (2016). *Las transformaciones urbanas de Bogotá: sentido e identidad en la década de 1990* (Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, Argentina).
- Revista Proa Nº3 (Octubre 1946). Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/proa003.pdf>
- Rodríguez, G. D. (2006). Dimensión pública del espacio público hoy. En *Espacio Público, encuentro de multitudes*. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Romano, M. (1987). *Cittadini senza città en le città del mondo e il futuro delle metrópoli*. Milano: Electa Editrice.
- Rossi, A. (1976). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Rowe, C., & Koetller, F. (1981). *Ciudad Collage*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Salat, S., & Labbè, F. (1987). *La strada del virtuale en le città del mondo e il futuro delle metrópoli*. Milano: Electa Editrice.
- Salat, S., & Labbè, F. (1988) Le Strade del virtuale. En *XVII Triennale di Milano, Le città del mondo e il futuro delle metrópoli*. Milano: Electa Editrice.
- Samper, G. (1997). *Recinto urbano: la humanización de la ciudad*. Bogotá: Escala.
- Sanz de Santamaría, C., González, A., Castaño, Y., Martínez, C., Rodríguez, R., Obregón, R., ...Medellín, C. (1978). *Bogotá Estructura y principales servicios públicos*. Bogotá: Cámara de Comercio de Bogotá.
- Sarlo, B. (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel.
- Serres, M. (1995a). *Atlas*. Madrid: Cátedra.
- Serres, M. (1995b). Prolongaciones. Propagaciones. En *Atlas*. Madrid: Ed. Cátedra.
- Tschumi, B. (1982). *Themes for the Manhattan Transcripts*. London: AA Files.
- Vattimo, G. (1990). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós-ICE.
- Venturi, R. (1974). *Complejidad y contradicción en arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Vidal, T. et al. (2004). Un modelo de apropiación del espacio construido. En *Medio ambiente y comportamiento humano*. Barcelona: Resma.





Editado por la Universidad Católica de Colombia en marzo de 2017,
impreso en papel propalibros de 75 g., en tipografía Amerigo BT, tamaño 10
pts y Helvética Neue LT Std.

Publicación digital
Hipertexto Ltda.

Impreso por:
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.


Sapientia aedificavit sibi domum

Bogotá, D. C., Colombia

En esta colección se presentan los resultados de las investigaciones sobre el espacio urbano en relación con los fenómenos sociales, realizadas por el grupo Hábitat sustentable, diseño integrativo y complejidad (Anterior CEMA, Cultura, espacio y medioambiente urbano) de la Universidad Católica de Colombia, Facultad de Diseño. Los temas de análisis corresponden a aspectos de la historia, el patrimonio cultural y físico, la estructura formal y ambiental de las ciudades y el territorio; vistos también desde los imaginarios y representaciones sociales como manifestación de la experiencia y la vivencia ciudadana. La colección aporta elementos teóricos para una comprensión integrada del fenómeno urbano -cada vez más complejo en sus interrelaciones- y aboga por la construcción colectiva de la ciudad, no solo desde la idea del planificador o urbanista sino también desde la experiencia y necesidades del ciudadano.

Otros títulos de la colección:

- La plaza: el centro de la ciudad
- Ciudad, forma y ciudadano
- El libro de los buses de Bogotá (1ª y 2ª edición)
- Enlaces. Ciudad y fiesta
- El deseo de modernidad en la ciudad republicana.
Bogotá, Cartagena, Medellín, Barranquilla y Ciénaga



Existe una estrecha relación entre las formas del espacio urbano con los usos y significados que los ciudadanos dan a esos espacios: Cómo los representan en su vida diaria, cómo los relatan, cómo es la ciudad en la imaginación de sus habitantes, eso es lo que hoy llamamos “el imaginario”.

Entre 1950 y fines del siglo XX, Bogotá y las ciudades colombianas vivieron profundos cambios; este libro intenta mirar cómo cambiaron esas ciudades y cómo cambió la representación que de ellas tuvieron sus habitantes en los diferentes momentos.

